DOCE CUENTOS

GANADORES Y FINALISTAS DEL

IV CONCURSO DE CUENTO PARA JÓVENES

Andrés Caicedo

2025

GEUP
GRUPO DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

FILCALI 2025
FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE CALI
COLOMBIA - PAÍS HOMENAJEADO

FUNDACIÓN PREMIO SPIWAK
CIUDAD DE CALI

Red de Bibliotecas Públicas de Cali

ALCALDÍA DE SANTIAGO DE CALI

DOCE CUENTOS

GANADORES Y FINALISTAS DEL

IV CONCURSO DE CUENTO PARA JÓVENES

Andrés Caicedo

2025

DOCE CUENTOS

GANADORES Y FINALISTAS DEL IV CONCURSO DE CUENTO PARA JÓVENES

Andrés Caicedo

2025

GEUP
GRUPO DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DEL PACÍFICO

FILCALI 2025
FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE CALI
COLOMBIA - PAÍS HOMENAJEADO

FUNDACIÓN PREMIO SPIWAK
CIUDAD DE CALI

Red de Bibliotecas Públicas de Cali

ALCALDÍA DE SANTIAGO DE CALI

DOCE CUENTOS
Ganadores y finalistas del IV Concurso de CUENTO para JÓVENES
Andrés Caicedo
2025

© **Autores**
Isabela Cardona Patiño
Isabella Romero Castaño
Daniel Daza Cuellar
Miguel Ángel Vidal Hernández
Gabriela Enríquez Gómez
Laura María Vidarte Gómez
Saric Loraine Díaz Blanco
Emmanuel Rodríguez Giraldo
Sara Paulina Londoño Trujillo
María Paula Salazar Sánchez
Juan Felipe Posada Hoyos
Miguel Ángel Román Franco

© Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico Colombiano

© Fundación Spiwak

© Secretaría de Cultura de la Alcaldía de Santiago de Cali

© Universidad Autónoma de Occidente

© Universidad Antonio Nariño

© Pontificia Universidad Javeriana Cali

Ciudad y fecha de la primera edición: Santiago de Cali, octubre 2025

ISBN impreso: 978-958-619-226-2
ISBN PDF: 978-958-619-227-9
ISBN ePub: 978-958-619-228-6

Gestión editorial

Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo

Corrección de estilo y diseño portada

Compilación: Mary Ladino

Universidad Autónoma de Occidente

Dirección de arte: Victoria Concha Ávila - La Agencia UAO

Diagramación y diseño: Gabriel Hernando Guzmán - La Agencia UAO

Jefe de Divulgación de la Ciencia, la Tecnología y la Innovación: José Julián Serrano Q.

Coordinación Editorial: Angélica María Bohórquez

Universidad Antonio Nariño

Arte finalización de archivos para impresión, impresión y depósito legal

Directora fondo editorial: Lorena Ruiz Serna

Pontificia Universidad Javeriana Cali

Coordinadora del Sello Editorial Javeriano: Claudia Lorena González

Impresión y depósito legal

Impresión: Xpress Estudio Gráfico y digital SAS

Doce cuentos: ganadores y finalistas del Cuarto Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo, 2025. – Cali : Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico Colombiano ; Fundación Spiwak ; Secretaría de Cultura de la Alcaldía de Santiago de Cali; Universidad Autónoma de Occidente ; Universidad Antonio Nariño; Pontificia Universidad Javeriana Cali, 2025. 223 páginas ; 24 cm.

ISBN (PDF) 978-958-619-226-2

ISBN (EPUB) 978-958-619-228-6

ISBN impreso 978-958-619-227-9

1. Cuentos colombianos – Siglo XXI.

2. Literatura juvenil colombiana.

3. Concursos literarios – Cali (Colombia).

CDD 863.44

Las universidades coeditoras de esta edición son vigiladas por Mineducación.

Geup, es una red académica de la Corporación para la Integración y Desarrollo de la Educación Superior en el Sur Occidente Colombiano – CIDESCO.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito del autor y de los editores.

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000).

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

CONTE

Categoría A (15 a 18 años)

15 **Cuento: Los Ojos del Ñato.**
Autor: Miguel Ángel Román Franco
Roldanillo, Valle del Cauca
Primer Lugar.

27 **Cuento: La fe de los tristes**
Autor: Emmanuel Rodríguez Giraldo
Medellín, Antioquia
Segundo Lugar.

45 **Cuento: El museo de los corazones**
Autora: Sara Paulina Londoño Trujillo
La Merced, Caldas
Tercer Lugar.

65 **Cuento:** Un jardín de huesos
Autora: María Paula Salazar
Cali, Valle del Cauca
Finalista

99 **Cuento:** Carta desde la Vía al Retiro
Autor: Juan Felipe Posada Hoyos
Cali, Valle del Cauca
Finalista

NIDO

Categoría B (19 a 25 años)

113 **Cuento: Los pelos**
Autora: Isabela Cardona Patiño
Medellín, Antioquia
Primer Lugar.

131 **Cuento: C4T**
Autora: Isabella Romero Castaño
Cali, Valle del Cauca
Segundo Lugar.

147 **Cuento: Agua que cae**
Autor: Daniel Daza Cuéllar
Popayán, Cauca
Tercer Lugar.

157 **Cuento:** Beto
Autor: Miguel Ángel Vidal
Cali, Valle del Cauca
Finalista

167 **Cuento:** Desaparecida
Autora: Gabriela Enríquez
Cali, Valle del Cauca
Finalista

177 **Cuento:** Ella es una delicia de ver
Autora: Laura Vidarte
Cali, Valle del Cauca
Finalista

205 **Cuento:** Hojas al viento
Autora: Saric Loraine Díaz Blanco
Lorica, Córdoba

Presentación

En nuestra ciudad de Santiago Cali, nació en 2017, el Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo, una iniciativa de las hermanas Caicedo Estela para conmemorar los cuarenta años de la primera edición de ¡Que viva la música!, la obra que inmortalizó a uno de los autores más intensos y emblemáticos de la literatura colombiana del siglo XX. Desde entonces, este concurso, que forma parte esencial de la Feria Internacional del Libro de Cali, se ha consolidado como un espacio para descubrir, acompañar y celebrar las nuevas voces de la narrativa colombiana.

Su realización ha sido posible gracias al compromiso de la Alcaldía de Santiago de Cali, a través de su Secretaría de Cultura, junto a la Red de Bibliotecas Públicas de Cali y la Fundación Spiwak, entidades que reconocen en la palabra escrita un vehículo para el pensamiento, la sensibilidad y la transformación social.

El concurso no solo promueve la creación literaria entre los jóvenes, sino que se erige como una plataforma educativa de calidad en torno a la lectoescritura. La edición y publicación de las obras ganadoras, a cargo del Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico Colombiano (GEUP), ha garantizado un nivel editorial excepcional y una circulación que expande la lectura más allá de los libros, convirtiéndose en un símbolo del tejido cultural que la Feria Internacional del Libro de Cali impulsa año tras año, en el marco de una ciudad que se piensa y se narra desde sus letras.

El Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo contempla dos categorías:

Categoría A: jóvenes de 15 a 18 años. Categoría B: jóvenes de 19 a 25 años. En cada categoría se premian tres obras.

A lo largo de sus cuatro ediciones, hemos recibido 2.316 cuentos inéditos, testimonio de una juventud que escribe para afirmarse, para entender el mundo y para transformarlo.

Además, el concurso ha llevado la creación literaria a los territorios a través de sus talleres de escritura creativa, dirigidos a los jóvenes de la Categoría A en municipios del Valle del Cauca y del Cauca. Más de 1.260 participantes de Buenaventura, Buga, Caicedonia, Cali, Candelaria, Cartago, Jamundí, Palmira, Roldanillo, Santander de Quilichao, Tuluá, Yumbo y Zarzal, han hecho parte de esta experiencia que siembra palabras y despierta vocaciones.

Esta publicación reúne las seis obras ganadoras del IV Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo, junto a seis cuentos finalistas seleccionados por los jurados, configurando un mosaico diverso de estilos, voces y miradas que reflejan la riqueza creativa de una generación.

La Feria Internacional del Libro de Cali, la familia Caicedo Estela, la Alcaldía de Santiago de Cali, la Red de Bibliotecas Públicas de Cali, el Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico Colombiano (GEUP) y la Fundación Spiwak, expresamos un profundo agradecimiento a todos los participantes, y celebramos a los ganadores que, con su talento, siguen dando forma a la ciudad literaria que somos.

Santiago de Cali, octubre 2025.

IV Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo

Categoría A

(15 a 18 años)

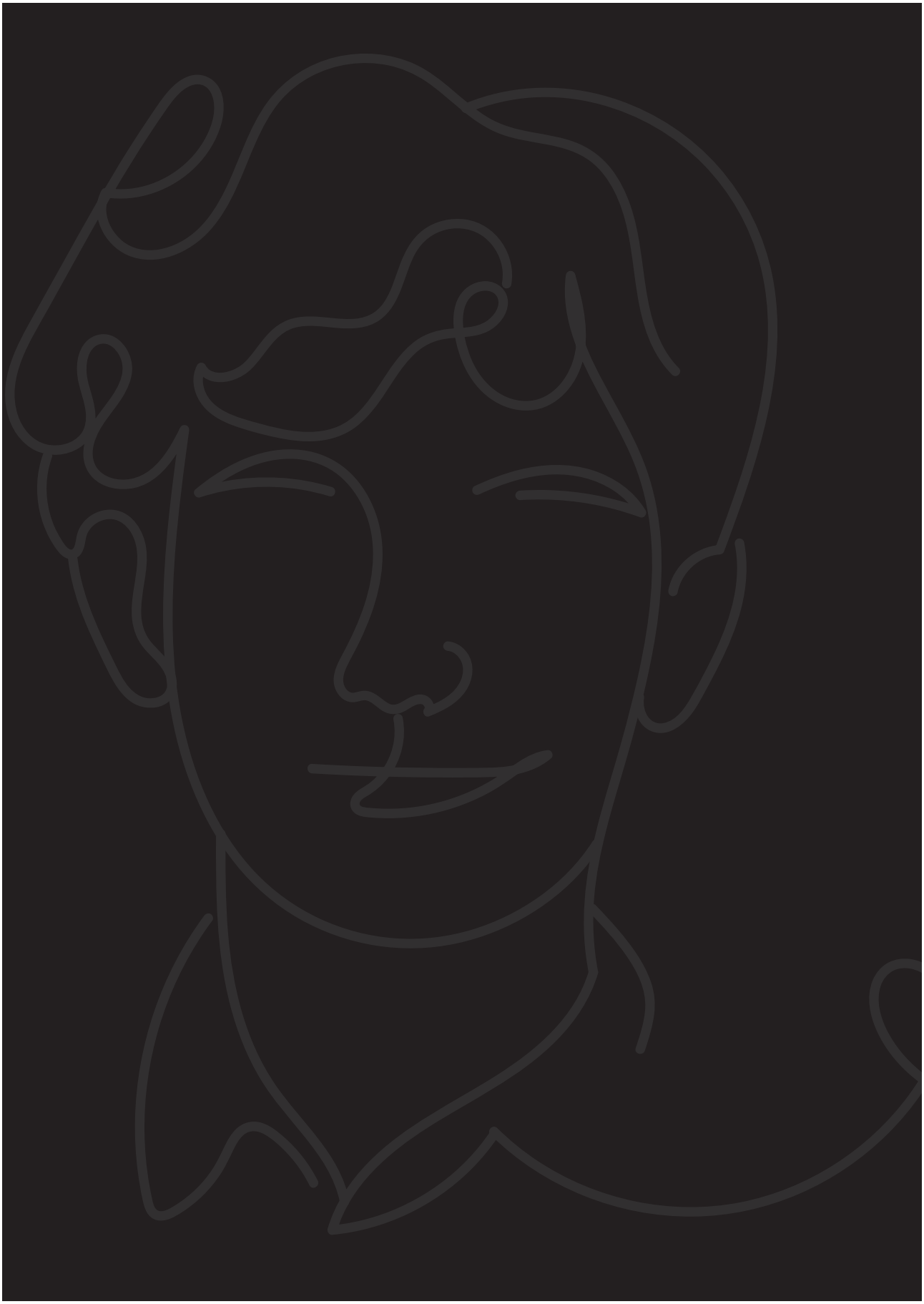
Cuento: Los Ojos del Ñato.
Autor: Miguel Ángel Román Franco
Primer Lugar.

Cuento: La fe de los tristes
Autor: Emmanuel Rodríguez Giraldo
Segundo Lugar.

Cuento: El museo de los corazones
Autora: Sara Paulina Londoño Trujillo
Tercer Lugar.

Cuento: Un jardín de huesos
Autora: María Paula Salazar
Finalista

Cuento: Carta desde la Vía al Retiro
Autor: Juan Felipe Posada Hoyos
Finalista



Los ojos del ñato

Autor: Miguel Ángel Román Franco
Roldanillo, Valle del Cauca

Primer lugar

Los ojos de Ñato tiene una trama bastante única que se descubre en la relectura. El fantasma que fuma es un buen detalle, su atmósfera es interesante, el subtexto llama la atención. El cura, su rabia y su petición suscitan emoción. Se aprecia un trabajo ambicioso en el manejo del lenguaje y los recursos estéticos.

Los ojos del Ñato

Miguel Ángel Román Franco

Cuando empezaron a bailar la primera pieza de tango, el obispo ya estaba muerto.

Cada paso que daban era como ver sus cuerpos fundidos; cada vez que sus tacones sonaban, era una gota de sangre que brotaba del cuerpo del monseñor, era el puñal entrando y saliendo.

Al fondo de la sala, en una mesa redonda, estabas tú, Federico; en tus manos reposaban los Poemas completos de Porfirio Barba Jacob. Cada verso que leías ya se te hacía conocido.

¿Por qué pasaba esto?

Aún no lo entiendes; tampoco comprendes por qué estás en un bar de mala muerte, por qué te estás poniendo ebrio tomando aguardiente a las once de la noche y, peor aún, no entiendes por qué ella tenía que estar en esa cama.

Piensas: ¿De seguro ella también está tomando? Es probable, Federico.

En ese bar solo había cuatro mesas ocupadas, un bombillo que colgaba del techo y un gato persa. Había una pareja en cada una de las tres mesas. La mayoría de personas se levantaban únicamente para verlos bailar. Siempre que todos iban a ver el espectáculo, entraba el Ñato: un gato persa con los colmillos salidos —uno más largo que otro—; su pelaje y sus ojos, con forma de canicas, lo volvían inconfundible ante todo el pueblo.

Todos los domingos permanecía en la iglesia, y ya cuando caía la noche iba a buscarte, Federico, para pasearse entre tus escuálidas piernas. Pero hoy —sí, hoy— fue diferente.

Los que bailaban apretaban más sus manos para confirmarse que estaban juntos. Mantenían su mirada fija, se concentraban en mirarse mutuamente, porque su cuerpo ya sabía cómo moverse. Al escuchar el tango y ver el arrabal reunido, sus cuerpos se unificaban en una melodía de Piazzolla.

Esa misma pareja que estás viendo mientras tratas de concentrarte en los poemas nunca llegaba con intenciones de bailar. Tomaban hasta que se les acababa el dinero. Cuando Don Guillermo se levantaba tambaleándose de un lado a otro, todos los presentes sabían que ya llegaba el espectáculo.

Todo el pueblo estaba enterado de que esa pareja, esos maestros del tango, lo bailaban como si fueran nativos argentinos. Esa misma pareja tenía dos hijos —aún no estoy seguro si los recuerdas—. Se sabía que el dinero que conseguían era para seguir tomando.

¿Y cómo lo conseguían? Sencillo: bailando tango mientras el arrabal los veía.

La noche seguía el mismo rumbo de los días anteriores: la zona de tolerancia vacía, las prostitutas yendo a la tienda mientras contaban unas monedas. Todo silencioso, excepto por el sonido del tango.

Todo transcurría normal en el bar; solo había algo distinto: el comportamiento del Ñato, que presentía lo que pasaría esa noche. Tú, Federico, notabas su desespero. Ya te habías dado por vencido en tratar de concentrarte en los poemas. Te quedaste mirando al gato y viste cómo su pelaje se encrespaba. Verlo así te erizó la piel.

Dejaste el libro sobre la mesa, al lado de una botella de aguardiente casi terminada. Estiraste la mano derecha hacia el Ñato para consentirlo, pero cuando llegabas a sus bigotes, te lanzó un zarpazo. Te alcanzó el dedo índice, y empezó a brotar una delgada línea roja donde su garra había pasado.

Te agarraste el dedo, confundido, porque el Ñato nunca había sido agresivo contigo. Al hacerlo, el gato se escabulló entre la multitud; lo viste alejarse.

Lo que empezó como una pequeña línea roja ahora se adueñaba de los costados de tu dedo y comenzaba a formarse una gota de sangre.

—Cada que araña, es porque alguien murió —escuchaste detrás de ti.

Cuando volteaste, viste un hombre recostado en la pared con un cigarro en la mano. La escasa luz no te dejaba distinguir bien su rostro; lo único visible era la llama del cigarrillo. Te quedaste callado, tratando de identificar quién era, sin éxito. Quisiste hablarle, pero su voz te interrumpió.

—Tuvo que haber sido el obispo.

Hubo silencio después de esa frase, roto por un largo aplauso para la pareja “del tango”, como los llamaban. Cada vez que terminaban de bailar era como verlos salir de un trance. Les daban una copa de aguardiente para recargar energía antes de la siguiente pieza.

Al fondo, los parlantes empezaron a expulsar una melodía llamada El choclo. El hombre que estaba junto a la mesa del fondo se dirigió hacia la multitud, y tú lo seguiste con la mirada hasta perderlo entre el arrabal.

Decidiste abrir el libro otra vez, mientras te metías el dedo a la boca para estancar la sangre. Te incomodaba el sabor a hierro. Casualidad o destino, cuando lo abriste estaba en ese poema que te sabías de memoria y no entendías por qué. Lo cerraste y decidiste servirte un trago mientras los veías bailar.

El aguardiente ya bajaba por tu esófago cuando pensaste que era hora de irte. Te levantaste de esa vieja mesa, agarraste el libro, sacaste la billetera para dejar unos pesos. Sin embargo, justo cuando ibas a salir, viste que un hombre se sentaba en la mesa.

Era tan joven que el mesero lo miró con detenimiento, dispuesto a pedirle la cédula. Su rostro te resultó familiar. Arriba de sus labios apuntaba un claro y delgado bozo. No te miró. Tú lo observabas mientras él miraba fijo la pared, esperando al mesero. Llevaba chaqueta negra, zapatos finos, pantalón negro como tus ojos.

Te volviste a sentar. Ya no sabías qué estaban bailando ni qué melodía sonaba; solo sabías de la culpa que cargaba en sus ojos.

Volteaste a buscar al Ñato para refugiarte en su mirada. Lo viste en la esquina, fijo en algo: en él. Trata de ignorar tu presencia, y tú lo sabes.

¿Qué te pasa, Federico? te preguntas mientras te hundes en ese rostro. El tiempo se estanca entre tus manos sudorosas. El libro se empapa de tu desesperación.

¿Quién era él? Se te hacía desconocido... ¿o no?

El Ñato mira fijamente a los dos hombres del fondo. Se dirige con cautela entre los bailarines, pasa entre las piernas de la barriada. Ves cómo el mesero se acerca, con el Ñato detrás de sus pies.

El mesero dice algo ininteligible; no logras entenderlo, concentrado como estás en el joven. Solo alcanzas a identificar la última palabra:

—¿Qué desea el señor cura?

La palabra quedó resonando. Tu mente se hundió en lo incomprensible.

Alzaste la mirada hacia el mozo y luego al joven. Ya sabías dónde lo habías visto, Federico: ese cura era el del pueblo. Hijo de una de las mejores familias del Valle. Lo habías visto en la iglesia, o quizá en otra parte.

Alguien te contó una vez de su hazaña: sacar presos de la cárcel para ponerlos a trabajar en la primera piscina del pueblo.

Él volteó a mirarte.

Y de sus pálidos labios se escuchó:

—Yo le recé —resonó.

Iba en su Volkswagen escarabajo rojo, el único en la región. Mientras conducía, notó cómo la noche se pintaba en el cielo y el sol se apresuraba a esconderse tras los cerros. A través de sus gafas negras recordaba la charla con el obispo, un golpe al ego.

El obispo lo había mandado llamar por la labor que hacía.

Viajó del pueblo hacia Cartago para asistir al llamado. Al entrar a la oficina, no pudo evitar mirar dos lomos verdes que decían La Comedia humana de Balzac. El obispo no se inmutó con su llegada; siguió escribiendo, lento y pulcro.

Cuando alzó la cabeza para verlo, frunció el ceño, se quitó las gafas y le indicó con un gesto que se sentara y cerrara la puerta.

El obispo pensaba: ¿Cómo una persona tan joven puede ser párroco?

Y el cura se preguntaba: ¿Cómo un obispo puede leer a Balzac?

El obispo habló primero:

—Hagamos esto más corto, Fabián. Lo mandé a llamar para que cancele la construcción de las piscinas en... —buscó un papel al lado de una pequeña reproducción de la Virgen— ...la vereda El Pie.

Cuando terminó, se puso las gafas y siguió escribiendo. El silencio era sofocante; se escuchaba hasta cómo las tejas se dilataban por el calor.

El cura dijo:

—No.

Ese "no" fue tan contundente que el obispo dejó de escribir.

Soltó la pluma, se quitó las gafas y respondió:

—¿Te estás rebelando contra la autoridad de Dios en la tierra? ¿No sabes que ese proyecto tuyo va contra la misión de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana? Puede que sea tu dinero, sí, pero cuando esas piscinas estén listas, tú mismo mancharás el nombre de Dios. ¡Fomentarás el desnudismo, la prostitución!

Sacó su pañuelo y se secó la frente.

El cura lo miraba en silencio.

El obispo tragó saliva y continuó:

—¿Qué pensarán en el Vaticano cuando se enteren? ¿No entiendes que puedes manchar el nombre de nuestro Señor

Jesucristo? ¡La Santísima Trinidad, la Virgen, los santos... Dios mío, los santos! ¡No le da vergüenza, cura Fabián!

Cada palabra aumentaba su cólera.

El joven cura se levantó, cargando la mirada del obispo y sus palabras.

El calor y el sudor pasaron a segundo plano. Lo miró a través de sus gafas oscuras, se dio la bendición y dijo:

—Por más razones que me dé, señor obispo, la piscina, al final de este mes, estará terminada.

Abrió la puerta de madera y salió.

Ya faltaban dos cuadras para llegar a la iglesia. A las seis de la tarde, los niños y jóvenes ya cenaban. Cuando escuchaban el Volkswagen del cura Fabián, se asomaban por las ventanas para verlo pasar.

Apagó el auto, subió las escaleras mirando el suelo, porque no se sentía digno de alzar la vista hacia la casa de Dios.

El Ñato dormía en el rincón de siempre. Cuando abría sus grandes ojos de canicas, lo primero que veía era la estatua de la Virgen María.

Las láminas del techo anunciaban las primeras gotas de lluvia.

El cura entró y, al ver a la Virgen, se arrodilló. Avanzó de rodillas, como un condenado. Cada baldosa laceraba su piel. Cuando la tuvo enfrente, dijo entre sollozos:

—Virgencita, patroncita... solo un favor, solo uno: que se muera el obispo.

El Ñato lo observaba.

Las gotas golpeaban más fuerte el techo.

—Le recé.

Solo escuchaste esa frase.

Todo el ruido del salón desapareció. Volteaste para ver si el arrabal seguía allí y viste a Don Guillermo bailar con su esposa.

El mesero estaba de pie, esperando que alguien hablara.

El cura fue el primero:

—Una media.

El mesero anotó y luego te miró.

—¿Y el dueño del local? —preguntaste.

El mesero frunció el ceño.

—¿Cuál dueño? Si el único que hubo aquí murió hace seis años de cáncer de pulmón. Ahora quien dirige este sitio es una señora apodada “la Mona”.

Hubo silencio. El mesero se fue a traer el pedido del cura.

Tú seguías inmerso en ti, tratando de descifrar por qué ese hombre miraba solo la pared.

Cuando el mesero volvió a limpiar la mesa, el sudor le corría por el bigote.

De lo más recóndito de tu alma, mientras ponías el libro de poemas sobre la mesa, le susurraste al cura:

—¿Y usted... a quién le rezó?

Él te miró como quien ve un espanto y respondió:

—Como que a la Santa Muerte.

Volvió a mirar la pared.

Cada paso que daban era como ver sus cuerpos fundidos.

Al fondo de la sala solo estabas tú y el cura, Federico.

El trance del baile fue interrumpido por una llegada.

Un hombre entró corriendo y cayó arrodillado en el portón. Todo quedó en silencio.

Los bailarines salieron de su hipnosis; tú, Federico, de tu angustia.

El cura siguió mirando la pared, mientras por su mejilla rodaba una lágrima.

La bombilla escuálida alcanzó a iluminar el rostro del recién llegado.

Respiraba con dificultad. Alzó la vista, buscó a Don Guillermo y dijo entre jadeos:

—Don Guillermo... —silencio, sollozo— ...su hijo...

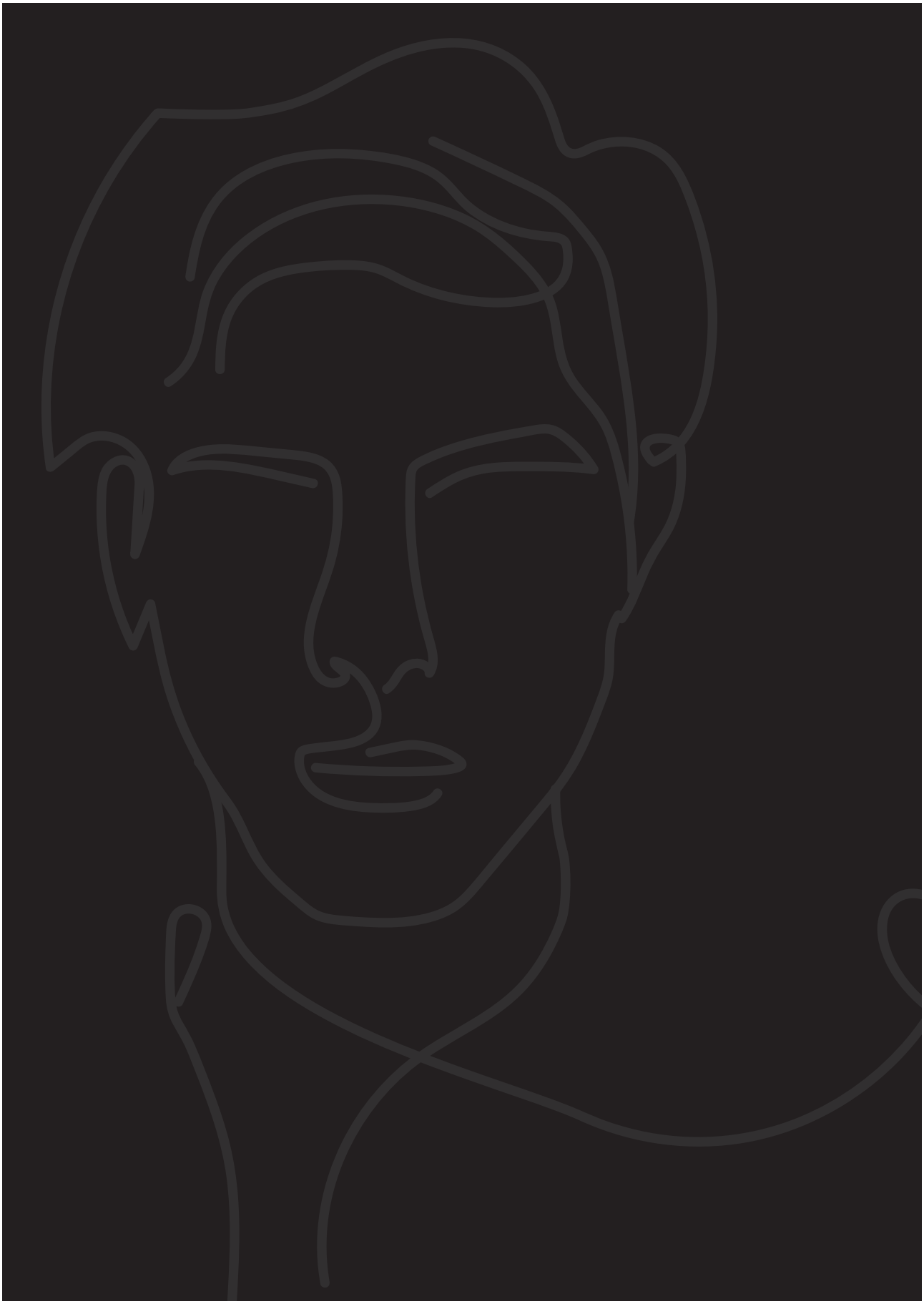
Don Guillermo lo miraba fijo, el sudor corriendo por su frente.

—Su hijo Chacato asesinó al obispo. —Hizo una pausa, respiró y añadió—: Lo apuñaló.

De la otra mejilla del cura escurría otra lágrima.

Y al fondo, el cigarro del dueño se consumía.

Roldanillo, 3 de febrero de 2025



La fe de los tristes

Autor: Emmanuel Rodríguez Giraldo
Medellín, Antioquia

Segundo lugar

La fe de los tristes es un relato conmovedor y crítico sobre la vulnerabilidad, la soledad y el precio de aferrarse a la ilusión de no estar sola. Puede leerse con interés sostenido de principio a fin. El lector quiere saber qué pasa con Berenice, causa curiosidad. Emplea un lenguaje sencillo y la trama se entiende. Es simpático y su personaje principal es original.

La fe de los tristes

Emmanuel Rodríguez Giraldo

El lumbago le daba ganas de cercenarse el cuerpo.

Berenice se levantó entre "ayayays" y buscó en el gabinete del baño alguna medicina. Se metió un puñado de analgésicos en la boca y los pasó con saliva.

Antes de volver a la cama miró el reloj: eran las tres de la mañana.

—¡Ah! —se lamentó.

Ya ni la melatonina, la lavanda o el té de manzanilla le quitaban el insomnio.

Cuando empezó a volverse vieja, también empezó a resignarse poco a poco: primero el amor —ya ningún hombre la miraba con deseo, ni siquiera se acercaban a ella para tener una conversación; nadie la esperaba, nadie la escuchaba—. Después siguió la belleza: el espejo no fue el único testigo de las arrugas, las canas, las manchas y todas las otras pequeñas señales que revelaban la cercanía de la muerte.

Siguieron las ocho horas de sueño, el trabajo y la salud. Todavía le faltaba resignarse a la soledad de la viudez.

Encendió el televisor y esperó quieta en la cama a que su dolor terminara.

Novelas repetidas, noticias sin importancia, la misa, el rosario, y en esos canales que uno ni siquiera sabe que existen, una mujer barajando las cartas.

—¡Tú! ¡Sí, tú! Veo el amor cerca... veo a un hombre en tu vida, veo compañía, veo su cariño.

Es un buen hombre, más joven que tú... sí, es bien parecido y muy inteligente. Él te ama, él realmente te quiere, él te habla con la verdad y debes confiar en él. Será tu refugio, será tu corazón.

Despídete de la soledad en la que te has sumergido. La baraja te augura fortuna... llama a este número para más información.

Berenice se volcó al teléfono, se puso torpemente las gafas y marcó los números coloridos que aparecían en la pantalla.

—¿Aló? ¿Aló?

—Buenas noches, mi señora... se comunica con La Casa del Tarot. ¿Le interesan nuestros servicios?

—Vi en la televisión —inició Berenice— una lectura sobre el amor, una lectura para mí.

—Sí, señora, ¿le gustaría profundizar?

—Por favor.

—Permítame compartirle los costos.

Cuando el despertador sonó, a las ocho de la mañana, Berenice ya llevaba varias horas de complicadas transacciones bancarias por el celular y placenteras lecturas de cartas por teléfono: el hombre joven que iba a quererla estaba cerca, iba a conseguir el trabajo de profesora que había estado esperando, y lo mejor, su salud iba a mejorar pronto con una medicación natural que La Casa del Tarot vendía.

Aliviada, feliz, extática, tranquila y agradecida, Berenice se levantó de la cama y, con la lentitud que caracteriza a la vejez, se preparó para el día.

Fue una mañana corta y una tarde agitada: pasó horas haciendo más pagos complicados por el celular, preguntando fechas y escribiendo textos para definir el día en que le iba a llegar el medicamento milagroso. Le quedaba poco de la pensión de su difunto esposo, pero se contentó con pensar que desde el cielo a él le alegraría verla mucho más saludable.

Llegó la noche igual que todas las otras noches: haciendo la comida, preparando las pastillas del otro día, rezándole a algunos santos y recordando los días en que no le dolía el cuerpo.

Solamente los relojes en la casa demostraban el paso del tiempo. Para Berenice, los días se fundían uno en otro, y le costaba distinguir si el dolor de espalda había sucedido el martes o el jueves, si había desayunado arepas el lunes o el viernes.

Ansiosamente revisaba el celular para preguntar por el estado de su medicación, y aunque todas las madrugadas veía el programa de La Casa del Tarot, ya nadie le contestaba las llamadas.

Algunas semanas después, con una esperanza que no se sentía capaz de perder, se arregló, tomó dos buses y llegó hasta la escuela donde había enviado su hoja de vida.

El día era caluroso, con un sol intenso que le daba náuseas y con un dolor de espalda que era una punción que hacía eco por todo su cuerpo.

Entró a la recepción:

—Buenas tardes, Berenice de Sarmiento, mucho gusto.

—Buenas tardes, doña Berenice, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hace algunas semanas me llamaron para una entrevista como maestra, ¿podría...?

—¿Para qué puesto?

—Maestra de religión y ética.

—Qué pena, doña Berenice, en ese puesto ya contratamos a otro joven.

—Muchas gracias —sonrió Berenice. A su edad, ya no era útil llorar.

Tomó dos buses inundados de gente y llegó a su casa pasadas las siete de la noche, ya muy después de la hora de la pastilla y de la cena.

El dolor de espalda la mantuvo amarrada a la cama, y aprovechando el sufrimiento se permitió derramar algunas lágrimas.

Los días volvieron a difuminarse en una pesada niebla de confusión. Ya se había resignado también a ese sentimiento, y cuando se despertaba en las madrugadas se quedaba sumida en la oscuridad hasta los primeros rayos del sol.

Berenice salió una mañana a comprar cosas para el almuerzo —a comprar huevos en vez de carne, porque ya le quedaba cada vez menos de la pensión del mes— y, recorriendo lentamente las cuadras descuidadas, recibió la sonrisa de un joven con panfletos en la mano.

—Buenos días —saludó ella.

—Buenos días, doña, ¿le interesa?

—El hombre le tendió uno de los volantes.

—¿Qué es? —preguntó mientras lo tomaba.

—Vamos a abrir una nueva iglesia por el barrio: La Iglesia de Nuestro Salvador en Occidente.

—Soy católica.

—Nosotros también —sonrió el muchacho.

—¿Seguro?

—Si le interesa, puedo pasar por su casa para explicarle mejor todo.

—Me gustaría —asintió ella—. Vivo en esa casa de allá —y señaló con el índice el apartamento al final de la cuadra.

La niebla de los días se disipó ligeramente cuando cerró la puerta tras ella. Al otro día tocaron el timbre.

—Buenas tardes —sonrió el joven afuera cuando Berenice lo miró desde el balcón.

Con la esperanza reavivada, abrió la puerta, preparó café, alistó panes, galletas, calentó el almuerzo, echó hielo al jugo y, antes de volver a la sala, se peinó la cabellera blanca.

—En La Iglesia de Nuestro Salvador en Occidente buscamos llevar las almas más tristes y solas al regazo de Dios, nuestro Señor.

Berenice se santiguó.

—Este mundo se pudre poco a poco, y la gente de bien, así como usted —el joven sonrió intensamente—, no debería perderse en las sendas infernales de esta tierra. Usted se merece algo mejor… a alguien mejor. Usted se merece el cielo, el paraíso. Usted se merece un hombre que la ame, que la quiera. Dígame, ¿está casada?

—Soy viuda —respondió ella, mientras le ofrecía la merienda que había preparado.

—En el paraíso tendrá a su esposo de vuelta, y mientras tanto aquí, en la tierra, se merece el cariño de todos los hermanos y hermanas de la iglesia. Aquí se merece comida deliciosa, buena salud, tranquilidad y descanso.

—¿Está usted seguro de que en la iglesia voy a encontrar eso?

El hombre continuó con un discurso largo y elaborado, lleno de palabras que Berenice no entendía con el cerebro pero sí con el alma, palabras que le hacían hervir la sangre y le revolvían el espíritu. Poco a poco lo siguió en un viaje mental en dirección a la alegría máxima en esta tierra y en la que estaba por venir.

El mundo iba a terminarse pronto, sí, iba a terminarse muy pronto, y ella tenía que unirse a la iglesia para salvar su cuerpo y su alma.

Al párroco de la iglesia de Santa Lucía le pareció extraño cuando una de las feligresas más devotas que había conocido empezó a faltar a la misa dominical. Pero en sus muchos años como sacerdote había visto a una gran cantidad de mujeres ancianas morir de repente y empezar a asistir, en cambio, a la eucaristía celestial. Por lo tanto, rezó un padrenuestro y no pensó más en el asunto.

Por su lado, aunque Berenice extrañaba la arquitectura familiar de la iglesia a la que había asistido toda su vida, se sentía más plena cada domingo en la casucha donde su joven efebo predicaba la palabra y recogía la limosna obligatoria.

Después del evento, ella se quedaba a su lado y se escabullía con él a un departamento aledaño para disipar las nieblas de la vejez y recordar la pasión que la consumía cuando era más joven, todo en virtud de rebalancear las energías.

Tantos años en la iglesia de Santa Lucía y nunca había experimentado el éxtasis que sentía cuando el muchacho le susurraba promesas de amor, intensas fantasías y peligrosas ideas.

Uno de esos domingos Berenice se dejó tocar por el amor de Dios, pero a la hora de pagar su limosna no sacó ni la monedera del bolso ni los billetes del bolsillo.

—Querido —saludó ella al pastor cuando ya todos los hermanos y hermanas se habían ido.

Él no cambió la expresión seria que tenía y continuó guardando su Biblia y sus apuntes en una maleta.

—Querido hermano, ¿pasa algo?

—La Iglesia de Nuestro Salvador en Occidente te acogió, te amó, te buscó, te llenó, ¡te salvó! ¿Y a ti no te importa dejarla morir en la pobreza y la inmundicia? Nunca pensé que fueras una mujer desagradecida.

—Hermano, pero…

—¿Pero qué, Berenice? ¿No tienes ni cincuenta mil pesos? ¿Crees que la salvación vale menos que eso? No, mujer, vale más… ¡vale una casa, vale un carro, vale mucho más! Yo aquí soy comprensivo y solamente les pido míseros cincuenta mil, pero está bien, ¡está todo bien!

Ella no supo qué responder. Solo susurró un doloroso "adiós" y salió cabizbaja del templo.

¿La salvación tenía precio?

Esa noche no cerró el ojo, y en cambio se hacía la pregunta una y otra vez:¿cuánto valía la salvación? Recordó cómo su joven predicador le había alzado la voz; pensó en lo mucho que ella lo había hecho sufrir con sus acciones; pensó en lo vacía que se sentía cuando iba a la iglesia de Santa Lucía; pensó en la poca gente a la que realmente le importaba; pensó en sus hijos fuera del país —habían pasado meses desde la última llamada—; pensó en su esposo muerto y todas las amantes que él había tenido en vida… Ni siquiera cuando ella era joven y vivaz a él le importaba.

¿Cuánto valía la salvación? ¿Cuánto valía? ¿Cuánto valía? ¿Cuánto valía?

¿Y cuánto estaba dispuesta a pagar ella?

A primera hora de la mañana, Berenice estaba en la puerta de la prendería con un bonito y viejo reloj por el que le dieron doscientos mil pesos.

Fueron cuatro semanas en el paraíso terrenal, y cuando recibió el dinero de la pensión, pudo alargar su estancia.

Crecía la congregación, y el joven pastor empezó a ser solicitado por más y más feligreses. Cumpliendo su misión divina, pasaba largos ratos con cada uno de ellos en el departamento aledaño al templo.

—¿Ya no te interesa mi salvación? —le reclamó Berenice un domingo.

—¿Cómo puedes pensar eso? Lamentablemente todos los fieles me necesitan también, Berenice, pero tú fuiste la primera.

—No puedo creerte —se lamentó ella.

—Ven, Berenice, ven.

Los dos se encerraron en una habitación y, tras ritos, oraciones y ruegos, el joven le dio un té de color extraño.

—La verdadera comunión: la sangre del Salvador.

Ella lo miró con los ojos llorosos.

—Bébelo y únete a mí en nuestro Señor. Sé una conmigo, sé yo, seamos nosotros, seámoslo todo.

Con firmeza, él le tomó la mano y la llevó a beber.

—No le he contado a nadie, pero Dios me ha pedido hacer más grande el templo… tal vez irnos de esta ciudad y buscar más fieles. La hora final está cada vez más cerca.

El líquido se deslizó por la garganta de Berenice, y apenas unos minutos después sentía la totalidad de su cuerpo desconectado de este mundo. El joven la besó y le susurró en el idioma de los ángeles; ella se dejó llevar por la sensación y empezó a ver luces, colores y formas a su alrededor. El muchacho no mentía: Berenice veía a Dios, veía el cielo.

Con ligereza y la convicción de la salvación inminente, ella sonrió y asintió.

—¿Vendrás conmigo, amor? ¿Vas a venir?

—¿A dónde vamos? Yo iré, sí, yo iré —nunca en su vida había sentido Berenice tal alegría.

—Vamos al cielo, amor, vamos hacia Dios.

Desde ese día Berenice se volvió su otra mitad, o al menos él le decía eso.

Ella esperaba en la puerta cada vez que su joven pastor se reunía con alguna feligresa. Temía que las mujeres abusaran de su honestidad y dulzura, temía aún más que los hombres quisieran robarle o matarlo. Ser el "Enviado de la Verdad" era una misión complicada, pero ella se sentía en deuda con el hombre que le había devuelto la vida entre besos y profecías.

Berenice arreglaba el templo para las festividades, le preparaba la comida al pastor y se encargaba de repartir la verdadera comunión: el té de la sangre de Dios, cada domingo durante el servicio.

Lentamente su rol en la comunidad creció. Todos los feligreses la conocían y la buscaban; todos le preguntaban cuándo iba a estar disponible el pastor y cuándo podían ir a visitarlo.

Una joven rubia, en particular, estaba muy interesada en pasar largas horas de oración solitaria junto al Enviado

de la Verdad. A Berenice no le gustaba para nada, pero él la tranquilizaba al recordarle que su misión en la tierra era guiar a todas las almas.

Pero ¿qué guía necesitaba esa muchacha? Todavía era joven y hermosa; todavía podía encontrar otra iglesia, otro dios.

Una tarde, vestida con las telas vaporosas y las capas delgadas que el pastor le había recomendado usar, el hombre se acercó a su oído y le pidió que lo siguiera.

Mansa y alegre, bebiendo suavemente el té de la sangre de Dios, caminó junto a él hacia un departamento lujosamente decorado.

—Encontré un nuevo templo —dijo el joven emocionado.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios!

—¡Bendito sea, Berenice! El templo es perfecto, ¡es perfecto!

—¿Dónde está?

El pastor le mostró imágenes, le habló de avenidas, carreteras y kilómetros, pero por el efecto del té sagrado, Berenice ya no pensaba en conceptos humanos. Así que sonrió, asintió y preguntó:

—¿Cuándo nos vamos?

El hombre adquirió una mirada grave, y ella gimió de dolor al notar su preocupación.

—¡Bendito sea Dios, Berenice! Tú ya no piensas en esas ideas estúpidas: tu cuerpo y tu mente son las más puras de esta congregación, y por eso eres santa.

Pero en el mundo oscuro en el que vivimos es necesario llevar a cabo transacciones, dar dinero y firmar papeles. Tenemos dos días para pagar el sitio o lo vamos a perder.

En el trance del té, Berenice solo se permitía asentir sin entender. La alegraba saber que era santa, que era amada, que era pura.

—¿Puedes firmar esto? —El joven pastor deslizó una hoja frente a ella.

—¿Qué es?

—Es natural —titubeó el hombre—. Es el último paso para la purificación: debes darle tus bienes materiales a nuestro Señor en agradecimiento por salvarte y darte su sangre.

—¿Mi casa? —Berenice intentó disipar la niebla mental del té—. Mi casa es para mis hijos.

—¿Los que no te visitan hace cuatro años?

¿O los que te llaman una vez al mes? Berenice, ¿quién te salvó? ¡Fui yo! ¡Fue Dios! No ellos, nunca ellos.

—Pero mi casa… —dijo ella apacible, confiada de que su joven pastor tendría piedad.

—Está bien, Berenice, está bien: quédate con tu casa, dásela a tus hijos y ¡vete de esta iglesia!

La mujer cayó al suelo y empezó a llorar desconsoladamente. El efecto del té no se había acabado; por el contrario, era más intenso y agresivo. Sentía que el dolor la consumía y amenazaba con destrozar su cuerpo. Empezó a ver luces y colores incontrolables, empezó a escuchar gritos y a sentir su piel ardiendo con el calor del infierno. Y a su lado, el joven pastor le gritaba:

—¡Vete, vete, vete, vete, vete, vete!

Berenice se levantó del suelo con las lágrimas nublando las alucinaciones a su alrededor, y torpemente tomó el lapicero que el pastor le ofrecía y firmó.

Solo con un abrazo del joven pudo volver a sentirse tranquila, y entonces lloró larga y tendidamente en sus brazos mientras él acariciaba su cabello blanco.

—Perdóname, Berenice, perdóname.

Ella solo respondía con llanto.

—El miedo me ganó. ¿Qué hubiera pasado si perdíamos la iglesia? No te lo había dicho, pero el día está muy cerca... Dios ya viene.

Para la otra mañana, Berenice ya tenía toda su vida empacada en dos cajas. Iba a vivir con el pastor hasta que se fueran a la iglesia definitiva.

El doloroso momento que había vivido empezó a desvanecerse de su memoria con cada comunión de té divino.

Los servicios se hicieron más largos y extáticos; la comunidad era cada vez más grande, y el pastor acumulaba en su oficina papeles extraños, contratos, joyas y fajos de billetes.

¿Cuál era el precio de la salvación? se volvió a preguntar Berenice en un momento de lucidez.

El primer lunes del siguiente mes, la congregación abandonó la ciudad en una santa peregrinación. El té divino abundaba; todos en una sobredosis de amor por Dios, fe, alegría y confianza. Era la última vez que iban a ver esa ciudad. Era el principio del fin: así empezaba el camino al cielo.

Berenice —al lado de su maestro— miraba con melancolía lo que dejaba atrás, con ira a la rubia sentada a la derecha del pastor, y con esperanza al "Enviado de la Verdad", que le había abierto las puertas de su iglesia y ahora le abriría las del paraíso.

Los efectos sagrados del té hicieron el viaje ameno y placentero, y en cuanto la ciudad quedó fuera de su vista, Berenice olvidó el malestar y decidió evitar los celos y el enojo, y en cambio entregarse —si es que aún faltaban partes de ella por entregar— al maestro.

La nueva iglesia era una casa enorme en la cima de una colina. Había verjas altas y filosas rodeando la propiedad, amplias zonas de cultivo, animales de granja, cientos de habitaciones y una cruz gigante en medio de una pequeña plaza de piedra caliza.

El Enviado le reveló que desde allí iban a ser llevados al cielo.

A la comunidad no le costó mucho adaptarse a su nueva vida. Los servicios religiosos y la comunión con el té eran cada vez más frecuentes, así como las largas predicaciones donde el pastor revelaba sus visiones místicas acerca del fin de los tiempos y los colores del rostro de Dios.

Todos, incluyendo a Berenice, empezaron a olvidar la suciedad de sus cuerpos y a enfocarse más y más en la belleza de sus almas.

Algunos incidentes e intentos de huida fueron tiernamente suprimidos por el pastor. Dios le había dicho que esa era la cantidad exacta de hombres, mujeres y niños que iban a salvarse, y de faltar uno o sumarse otro, todo habría sido en vano.

Esa visión lo volvió nervioso. Dio bebidas abortivas a algunas feligresas, prohibió cualquier juego violento entre los niños, y finalmente llegó al extremo de separar las habitaciones de hombres y mujeres.

Berenice —presionada por el Enviado— se volvió una mujer dura: daba órdenes, imponía castigos, interpretaba visiones y forzaba a beber el té consagrado a todos

aquellos que decían sentirse mal al tomarlo. ¿Cuál era el precio de la salvación? Ese era el precio.

Durante las frías noches dormía a los pies de su maestro, y todas las mañanas llegaba a su habitación con el desayuno. Él la tomaba de la cintura y le susurraba un "gracias" al oído. Como ella era de las pocas feligresas que ya no podía tener hijos, el Enviado se restringía a satisfacer su santo deseo con su cuerpo.

Un día, de entre tantos, una mujer apareció embarazada.

Berenice temió que la congregación fuera a destruir la iglesia. El odio se exhalaba como humo, y de no haber sido por la intervención del maestro, las mujeres habrían matado a la pecadora.

—¡Es suyo! ¡Es suyo! —aterrada y jadeante, la mujer señaló al maestro.

La congregación estalló en gritos.

—¡Ingrata! ¡Maldita! Dios te ha abandonado, eres una sucia, eres la polución de este mundo, desgraciada, ¡desgraciada!

Abrumada por el ruido y por el odio —y recordando que ella era muy pura como para infectarse de tales emociones—, Berenice entró a su habitación y se quedó rezando hasta muy entrada la madrugada, cuando su maestro entró y le besó la cabeza.

—Berenice, querida mía… hija mía.

Ella lo miró con la seguridad de quien ha hecho lo correcto para salvar un alma maldita.

—Dios vendrá, Dios vendrá.

Ella siguió rezando y dio gracias por la vejez: dio gracias por su útero infértil y por un maestro que la amaba.

A la mañana siguiente entró a la habitación con el desayuno y vio al hombre entre las sábanas con la rubia.

Encerrada en un baño, otra vez alucinando y sintiendo el calor del infierno en su piel, se preguntó si podía escapar, si su apartamento todavía existía, si sus hijos se habían dado cuenta de su ausencia, si la iglesia de Santa Lucía la recibiría, si la existencia del cielo era cierta y si la salvación realmente costaba tanto.

Berenice cerró los ojos y trató de fingir que no había pasado nada, trató de seguir confiando en el fin inminente y en el cielo próximo, en el maestro que la había salvado y en el té que bebía todos los días con la fe inquebrantable de que se trataba de la sangre de Dios.

Unas pocas semanas después, ella y muchas otras personas se despertaron con el ruido de sirenas de la Policía.

Algunos cayeron de rodillas y agradecieron la llegada de Dios; otros —como ella— salieron a preguntar qué había sucedido.

—¿Quién es el dueño de este predio? —cuestionó un policía.

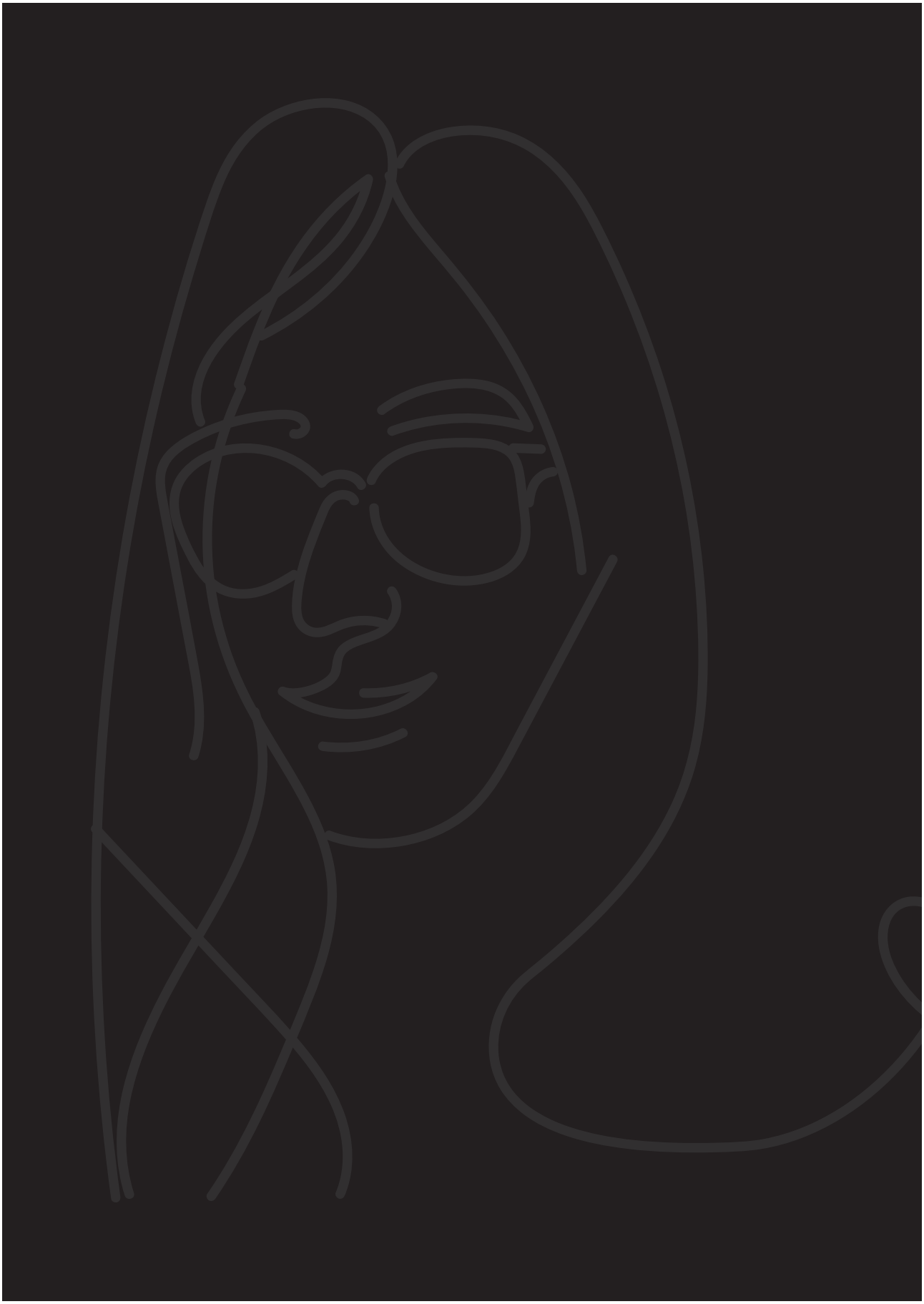
—El Enviado de la Verdad —dijo Berenice.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

Nadie supo dónde: nadie supo ni la ciudad, ni el país, ni qué había hecho con el dinero de sus fieles, ni de dónde había sacado tanta cantidad de psicodélicos en forma líquida.

La Policía le preguntó a Berenice —que, según toda la congregación, era la más cercana al maestro— cómo se llamaba aquel hombre.

Apenas ahí se dio cuenta de que no lo sabía.



El Museo de los Corazones

Autora: Sara Paulina Londoño
La Merced, Caldas

Tercer lugar

El museo de los corazones es un relato conmovedor que transforma la fragilidad de la vida en una metáfora luminosa sobre el cuidado y la empatía. Está bien escrito, y el concepto del lugar fantástico en el que transcurre es insólito.

El museo de los corazones

Sara Paulina Londoño Trujillo

Alba vivía en una casa pequeña, con paredes que guardaban el olor del pan tostado por las mañanas y ventanas que crujían con cada soplo del viento.

Desde el patio se veía el pueblo entero, con sus tejados torcidos y calles empedradas que parecían susurrar secretos antiguos. Allí pasaba las tardes, entre juegos y dibujos que nunca terminaba.

Tenía un hermano mayor, Julián, que la molestaba con bromas pesadas y, después, como disculpa, le ofrecía pedazos de pan con mantequilla aún tibios.

A veces la hacía enojar tanto que juraba no volver a hablarle, pero siempre terminaban reconciliándose entre risas.

Y tenía a Clara, su amiga inseparable, con quien compartía secretos bajo un árbol torcido del patio.

Ese árbol, aunque parecía marchito, era su refugio: lo escuchaba todo, las peleas tontas, las confesiones a media voz y las carcajadas que estallaban.

A Alba le gustaba abrazar.

No sabía explicar por qué, pero lo hacía.

Al rodear a su madre, cansada al regresar del trabajo, sentía cómo el pecho de ella se movía lento, como un arrullo que calma.

Al apretarse contra su padre, en medio de sus enojos, descubría que su corazón golpeaba fuerte al principio, hasta que poco a poco se rendía y se aquietaba.

Con Clara era distinto:

al abrazarla en medio de una carcajada, el corazón parecía saltar y reír dentro de su pecho, desordenado y feliz.

Pero una tarde de otoño, mientras las hojas caían, algo cambió.

Alba sintió que su corazón no seguía el compás.

Se cansaba rápido, se agitaba sin motivo, se quedaba atrás como un caminante rezagado.

Al principio fueron mareos breves; luego, fatigas largas.

Pronto, hasta correr con Clara o subir al árbol con Julián se volvió imposible.

Los médicos hablaban en voz baja con palabras complicadas.

Su madre lloraba en silencio cuando creía que nadie la veía.

Alba, en cambio, escuchaba lo único que entendía:

su corazón estaba enfermo.

Muy enfermo.

Las noches se hicieron más largas.

Acostada de lado, con la mirada fija en el techo, escuchaba su pecho como quien escucha un tambor roto.

A veces parecía detenerse, y ella contenía la respiración con miedo de que no volviera.

Otras veces latía con tanta fuerza que le costaba dormir.

Una de esas noches, Alba se acostó sintiendo un cansancio extraño,

como si todo su cuerpo pesara más de lo normal.

El cuarto estaba en silencio, salvo por el crujir leve de la madera del techo y el respirar de su hermano en la habitación de al lado.

Cerró los ojos y, como siempre hacía, intentó escuchar su propio corazón para dormirse tranquila.

Pero algo ocurrió.

El latido, ese golpecito fiel que siempre la acompañaba, se detuvo.

No por un instante breve, sino por un segundo demasiado largo.

Un segundo tan largo que pareció un abismo.

Alba abrió los ojos de golpe.

El silencio era tan grande que dolía.

Los muebles del cuarto se deshicieron como cartón mojado.

La cama se dobló sobre sí misma.

El techo se derrumbó sin ruido.

Todo desaparecía como si nunca hubiera sido real.

El corazón volvió a latir y, con un golpe brusco, la arrojó hacia otro lugar.

Ya no estaba en su cama, ni en su casa, ni en el mundo que conocía.

Caminaba sobre un suelo de cristal que vibraba con cada paso.

El aire tenía sabor metálico, como cuando uno se muerde el labio.

Y muy arriba, donde debería estar el cielo, había un firmamento lleno de relojes suspendidos, todos rotos, todos detenidos en horas distintas.

Alba dio un paso.

El eco sonó demasiado fuerte, como si caminara dentro de un corazón gigante.

Frente a ella se abrían pasillos interminables, torcidos y oscuros.

Cada pasillo susurraba algo distinto: risas lejanas, sollozos, secretos.

Sintió miedo, pero también una curiosidad que la empujaba hacia adelante.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz baja

El eco repitió su voz una y otra vez, deformada, como si el lugar se burlara suavemente.

Alba entendió que había llegado a un sitio imposible.

Un sitio donde el tiempo estaba roto,

donde los latidos se guardaban como tesoros,

y donde su silencio no era un final, sino una puerta.

Caminó con cuidado.

El suelo de cristal parecía frágil, pero al mismo tiempo firme, como si la quisiera sostener.

A cada lado había vitrinas.

Dentro de ellas descansaban corazones.

Unos del tamaño de una cereza, otros grandes como calabazas.

Algunos brillaban en rojo vivo; otros, azul pálido.

Había corazones con cicatrices, con pequeños parches, con remiendos torcidos.

Cada vitrina tenía una plaquita con un nombre y un número de latidos por minuto.

Alba se detuvo frente a uno que, con cada latido, soltaba una risa de niño.

No pudo evitar sonreír.

Unos pasos más allá, otro corazón chisporroteaba con destellos, como si bailara en una fiesta.

El lugar era hermoso, pero también extraño.

Había vitrinas polvorientas, con corazones dormidos hacía tanto que parecían olvidados.

Otros la miraban en silencio, como si guardaran secretos imposibles.

Entonces lo entendió:

el lugar definitivamente parecía un museo,

pero de corazones.

El sitio donde se guardaban todos los corazones del mundo.

Se llevó la mano al pecho.

No escuchó nada.

Solo un vacío frío.

En ese instante comprendió por qué estaba allí:

su corazón estaba en una de esas vitrinas.

Y debía encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Lo encontraría y le pediría que siguiera latiendo.

Que era fuerte.

Que era capaz.

El corazón de su madre brilló y saltó elegantemente fuera del soporte,

como si soltar una vitrina fuera lo más natural del mundo.

Rebotó en el vidrio, dejó una huella tibia

y se acercó a la niña con una luz suave, como de lámpara de noche.

—Mamá —susurró Alba—, ¿eres tú?

El corazón dio tres latidos lentos y dulces.

La niña entendió.

—¿Me ayudas a encontrar mi corazón?

—Claro que sí, mi amor —respondió su madre, feliz.

De repente, algo cambió en el aire.

Una sombra se movió detrás de las vitrinas,

larga y silenciosa, observándola sin revelar su forma.

Los guardianes estaban cerca.

No se mostraban del todo,

pero la niña sintió sus ojos invisibles,

el tic-tac de sus pupilas girando al revés,

y un escalofrío le recorrió la espalda.

—No tengas miedo —susurró el corazón de su madre—.

Estoy contigo.

Alba sonrió mientras escuchaba los latidos del corazón que tenía al lado.

Cada latido le daba valor,

y cada valor era un paso más hacia su propio corazón.

Al caminar, el pasillo parecía responder a sus emociones.

Los corazones a su alrededor empezaron a latir más fuerte,

como si la energía de su madre se extendiera a todos ellos.

Algunos murmuraban palabras tiernas y cómplices:

—Cuídala…

—No temas…

Alba sintió que, por primera vez desde que había llegado,

podía respirar sin que el miedo la ahogara.

Y aunque las sombras de los guardianes se movían,

silenciosas y amenazantes, no pudieron con la fe que tenía.

Ahora, con su madre, se sentía capaz de todo.

—Vamos —susurró la niña—.

Tenemos que encontrarlo.

El corazón de su madre dio un pulso firme

y juntas continuaron por el pasillo.

Giraron por un arco brillante y la luz cambió: cálida, como un amanecer atrapado en una burbuja.

Los latidos aquí no eran firmes ni tristes,

sino saltarines, chispeantes, llenos de música.

—¡Ja-ja-ja! ¡Ji-ji-ji! —reían los corazones,

golpeándose suavemente contra las vitrinas.

Su madre flotaba a su lado, tranquila pero vigilante,

marcando un ritmo constante para que Alba no se perdiera

en aquella explosión de alegría.

Entonces, un corazón pequeño, rosa y familiar,

saltó frente a ella al pasar por su vitrina,

lanzando destellos de luz.

Sus latidos eran alegres y constantes.

—¡Clara! —susurró Alba, con los ojos brillantes—. ¡Eres tú!

El corazón de Clara giró sobre sí mismo, risueño.

Alba rio, y por primera vez desde que entró al museo,

su risa se mezcló con la de un corazón amigo.

—¡Ven! —dijo Clara, girando y lanzando chispas—.

¡Tengo un secreto que contarte!

Alba se sentó frente a la vitrina, escuchando sus susurros.

Cada historia le subía por el pecho como un cosquilleo cálido.

Con cada risa, Alba notó algo nuevo:

la alegría de Clara no se quedaba en ella;

se movía,

se colaba por todo el pasillo,

tocando a los otros corazones.

Pero entonces,

el sonido de llaves y bastones golpeando el piso resonó.

Los guardias aparecieron:

altos, delgados, vestidos de negro a rayas,

con chaquetas de botones viejos.

Llevaban máscaras de porcelana agrietada

y, en lugar de ojos, pequeños relojes que giraban al revés.

—Prohibido tocar las vitrinas —dijo uno.

—Prohibida la emoción —añadió otro.

—Prohibidas las niñas —gritó un tercero,

que tropezó con su propio bastón y cayó con estrépito.

Su máscara rodó y golpeó una vitrina.

El guardia torpe se puso de pie, rojo hasta las orejas invisibles.

—Ese es Romualdo —murmuró el corazón de Clara—. Siempre se cae.

—Alto ahí —dijo el jefe—.

Nadie toca un corazón sin permiso del Curador.

La niña tragó saliva.

El corazón de su madre tembló, nervioso.

—No quiero robar nada —dijo Alba—.

Solo quiero pedirle al mío que siga latiendo.

—Los corazones siguen reglas —respondió el guardia.

—¿Y si mi deseo es vivir? —susurró ella.

El guardia no contestó.

Hizo un gesto,

y los demás empezaron a avanzar.

Alba y su madre huyeron,

burlando a los guardias.

Los corazones rieron, cómplices,

iluminando su camino.

Mientras corrían, Alba sintió algo nuevo:

la risa de todos esos corazones no solo la divertía, también la fortalecía.

La hacía más valiente.

Más ligera.

Esa alegría también podía proteger.

También podía sanar.

Avanzaron por un arco oscuro. La luz era fría, como si el sol hubiera olvidado ese pasillo.

Las vitrinas mostraban corazones agrietados:

algunos apagados, otros palpando con dolor.

Al acercarse, uno suspiró:

—Hace tiempo que nadie se acerca…

Alba apoyó la mano en el vidrio.

Sintió un frío que se le metió por la palma, un dolor que vibraba como recuerdo. Cada grieta contaba una historia:

amores perdidos, secretos guardados,

silencios demasiado largos.

Sin embargo, en medio de esa tristeza,

todos seguían latiendo.

Lento, pero vivos.

—No estás solo —pensó Alba.

Y siguió tocando vitrina tras vitrina,

como quien acaricia ausencias.

Los corazones lloraban luz,

susurraban nombres, promesas,

sueños que no alcanzaron a cumplirse.

De pronto, un ruido torpe.

Romualdo, intentando lucirse,

saltó y cayó esposado a sí mismo.

Los corazones rieron.

Incluso el de la madre soltó un latido cómplice.

Pero los pasos graves del jefe resonaron.

Alba tomó aire.

Corrió.

Tras despedirse de los corazones,

entró en un corredor donde la luz caía como seda.

Las vitrinas estaban calladas.

Los corazones dentro no reían ni lloraban:

simplemente latían, constantes,

como si dijeran:

“Estamos aquí, aunque nadie lo note.”

Entonces lo vio:

una sala silenciosa,

sin libros, solo cajas de música.

Al abrir una,

sonó un latido pequeño,

seguido de la risa de un bebé.

—No te distraigas —dijo una voz.

Un hombre alto, pálido,

con abrigo de engranajes y guantes de tela negra,

apareció entre las sombras.

—Soy el Curador.

Cuido los corazones de los descuidados…

y de los cuidadosos, que a veces también los pierden.

—No vengo a perder nada —dijo Alba—.

Vengo a recuperar el mío.

—Aquí no se recupera.

Aquí se aprende.

¿Qué le dirías, si lo vieras?

Alba se llevó la mano al pecho vacío.

—Le diría: no te rindas; todavía no hemos visto suficientes amaneceres.

El Curador asintió.

—Hermoso.

Pero el amor no cambia las reglas.

Y la primera regla es no tocar.

—¿Ni aunque se esté apagando?

—Menos aún.

El corazón de su madre latió fuerte.

El Curador suspiró.

—Devuélvete a tu vitrina.

El corazón se elevó, desafiante.

La niña aprovechó y corrió.

Romualdo la siguió,

jadeando,

hasta que su bastón se atoró en un peldaño

y abrió una puerta secreta.

—Gracias —le dijo ella.

—¿Gracias?... ah... de nada —murmuró él.

Alba entró.

Una sala llena de hebras de luz unía pares de corazones.

—La sala de las afinidades —susurró una voz.

Amores. Coincidencias. Vidas que laten juntas.

En el centro lo vio:

un corazón pálido, con latido breve.

La plaquita tenía dos números.

El primero coincidía con el suyo.

—¿Soy yo? —susurró.

La hebra de su corazón se unía a otro,

más pequeño aún,

latiente como un pajarito herido.

El Curador apareció.

—Ese niño está en un hospital.

Tu corazón y el suyo se encontraron.

Se cuidan.

Alba tragó saliva.

—¿Y si toco el mío?

—Podrías salvarte... o apagarlo. Nadie sabe.

—¿Y si no toco nada?

—Seguirán igual, hasta que uno se canse.

La niña cerró los ojos.

—Quiero vivir… pero no quiero que nadie muera por mí.

El Curador sonrió triste.

—Si todos pensaran así, este museo sería menos triste.

—Entonces, ¿qué hago?

—Yo cuido vitrinas. Tú cuidas decisiones.

Romualdo, en la puerta, se quedó inmóvil.

Alba acercó la mano al vidrio.

Su corazón la reconoció.

Latió fuerte.

El del niño lo imitó.

—Hola —dijo ella—. Soy yo. No te apagues.

El museo entero bajó la luz, escuchando

Abrió la vitrina.

El corazón salió temblando,

se posó en sus manos,

y dejó una marca tibia como un sol.

—Tranquilo —susurró—. Estoy aquí.

No hubo magia.

Solo el sonido de dos latidos torpes que aprendían a bailar.

El Curador sonrió por primera vez.

—Has cambiado una regla.

—¿Ya no está prohibido? —preguntó Romualdo.

—Todo lo importante lo estuvo alguna vez —respondió él.

Los guardias llegaron,

pero el jefe se quitó el sombrero,

como ante un milagro.

—Vámonos —dijo el Curador—.

Nadie roba un corazón cuando promete cuidarlo.

El corazón de su madre acarició la frente de Alba y volvió a su vitrina.

—Nos vemos en casa —susurró la niña.

Despertó en su cama.

Afuera, las nubes parecían recién lavadas.

Escuchó su pecho:

tum… tum… tum-tum.

A veces el ritmo se enredaba, como si el corazón aprendiera un baile nuevo.

La niña rio bajito.

Desde ese día,

cuando corría y se cansaba,

ya no se asustaba.

Ponía la mano en el pecho y recordaba la hebra de luz que la unía a ese otro corazón.

A veces, en mitad de la noche,

su corazón hacía un latido travieso que sonaba a carcajada.

Ella respondía con una cosquilla.

Nunca supo si el museo quedaba en un sueño,

en otra ciudad o detrás de todas las paredes del mundo.

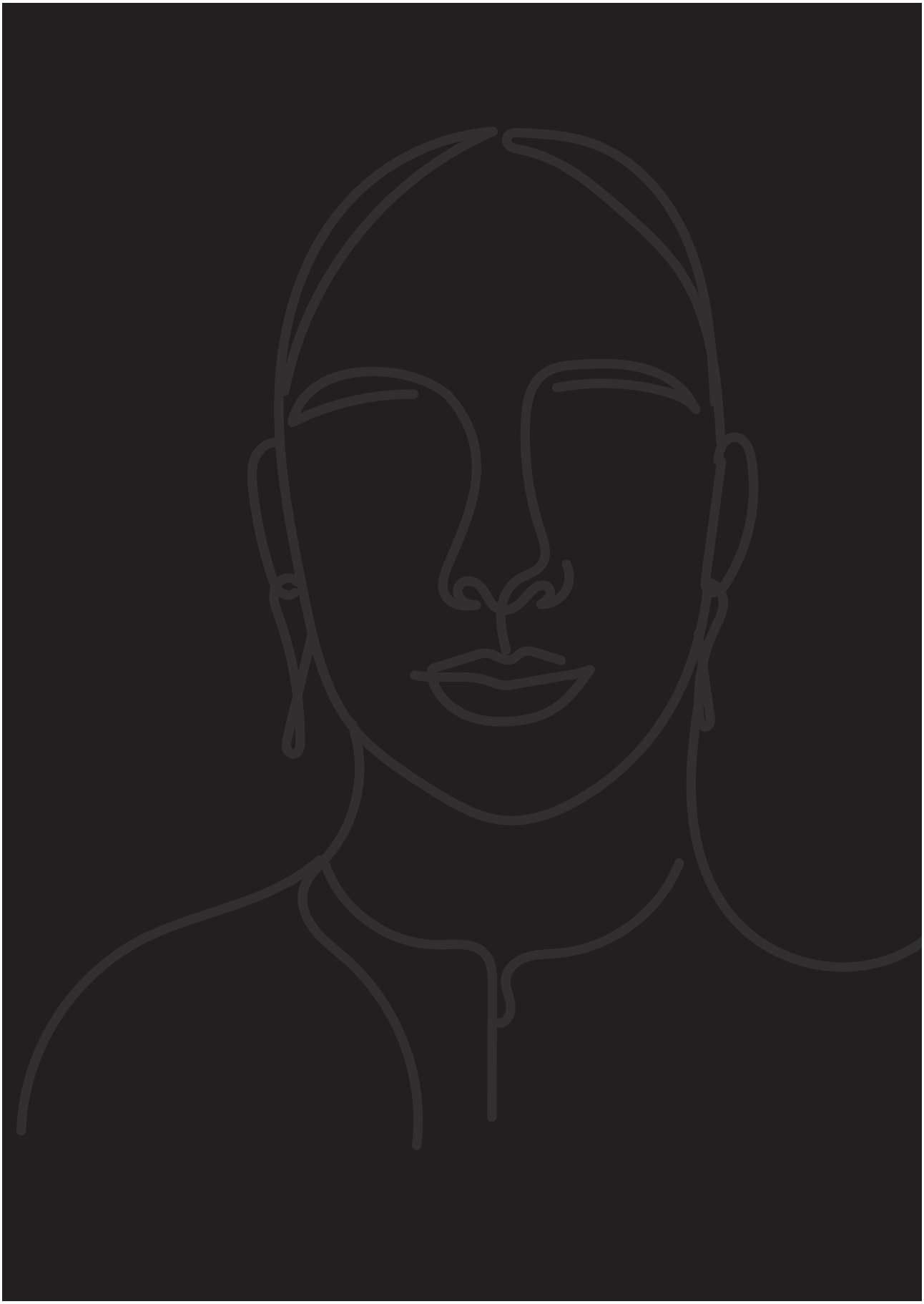
Pero, de vez en cuando, escuchaba una música de latidos.

Y sonreía.

Porque entendió que no hace falta ser especial para vivir algo extraordinario.

Basta con escuchar.

Y cuidar.



Un Jardín de Huesos

Autora: María Paula Salazar Sánchez
Cali, Valle del Cauca

Finalista

Un Jardín de Huesos

María Paula Salazar Sánchez

Lunes para recordarte

El camino hacia el pueblo seguía igual. El mismo asfalto gastado, los mismos baches obligaban a reducir la velocidad, las mismas casas pequeñas desperdigadas antes de llegar al centro… pero algo se sentía distinto.

Quizá era yo, o era el tiempo. Tal vez era que, después de tantos años, regresaba con la sensación de que nada me esperaba, como si nunca me hubiera marchado.

A lo lejos, antes incluso de reconocer el caserío, apareció ella: la Casa de Torres.

Sus torres recortaban el cielo grisáceo como cuchillas. La vi con un vuelco en el estómago, como si se tratara de un recuerdo que regresaba demasiado pronto, sin que pudiera prepararme.

Me detuve frente a su portón, con las manos aún en el volante. El coche vibraba levemente por el motor encendido, pero yo no hacía nada. Simplemente miraba.

El jardín seguía allí: flores desvaídas, de colores indefinidos, como si hubieran sido pintadas con un pincel mojado en agua sucia. Crecían torcidas, débiles, y, sin embargo, parecían sobrevivir contra todo.

Nunca nadie supo decir cómo se llamaban; esas flores parecían existir solo para ese lugar, para esa casa.

Un silencio absoluto lo envolvía todo. Ni grillos, ni pájaros, ni viento. Solo un aire detenido, pesado, que se pegaba a la piel.

La hierba baja y húmeda, los charcos de barro cubriendo el sendero, el portón oxidado cubierto de enredaderas secas… todo parecía llevar allí desde antes de que yo naciera.

Y las torres, inclinadas hacia mí, parecían asegurarse de que no olvidara que estaba de vuelta.

Al bajar del auto, los tacones se hundieron en el barro y un escalofrío me recorrió la espalda. Cerré los ojos un instante y, por unos segundos, volví a tener catorce años.

—Mira —le había dicho a León, señalando una de aquellas flores blancas.

Él me miró sin entender, con esa expresión de fastidio que usaba siempre que me detenía en detalles sin importancia.

Siguió adelante sin responder. Me quedé atrás con la flor arrancada en la mano, pero al final la dejé caer en el pasto y corrí tras él hacia el portón.

Éramos inseparables entonces, aunque discutíamos por todo.

Y, sin embargo, la última vez que lo vi fue diferente.

Tuvimos una fuerte discusión justo antes de que yo partiera a Estados Unidos.

Una pelea absurda, tan pequeña como las cosas que terminan arruinando lo más grande. Desde aquel día no volvimos a hablar.

Ni mensajes, ni llamadas; durante años solo nos quedó el silencio.

Al ver el jardín, el pasto, las flores... supe que debía buscarlo. Que debía decirle que ya estaba todo bien, que podíamos olvidar esa pelea idiota. Que podíamos volver aquí, juntos, y reírnos de lo estúpidos que habíamos sido.

Una ráfaga de viento cruzó de pronto el campo. Todo el lugar estaba conteniendo la respiración y, de repente, la soltó de golpe.

Las flores se movieron apenas, como despertando de un sueño profundo.

Inspiré hondo y, cuando volví al coche, puse en marcha el motor observando el cielo oscurecer anormalmente rápido; tenía que volver, a ver a mamá.

Mientras me acercaba al pueblo, me descubrí comparando cada rincón con los recuerdos en mi memoria: las calles estaban casi iguales, aunque más angostas de lo que recordaba.

Las fachadas descascaradas seguían allí, con los colores apagados, como si el tiempo hubiera borrado cualquier intento de alegría.

Las tiendas pequeñas donde comprábamos dulces de niños aún estaban abiertas, ahora con carteles oxidados y vitrinas polvorientas. Los mismos postes torcidos, los mismos perros callejeros.

Todo permanecía, y al mismo tiempo, todo era distinto.

El pueblo era igual, pero yo ya no.

Me pregunté si mi madre seguía yendo a misa cada domingo, si aún cocinaba las sopas espesas que llenaban la casa de olor a cilantro.

Imaginé que sí, puesto que el tiempo aquí parecía resistirse a moverse.

Mientras manejaba, tuve la sensación extraña de que el pueblo entero estaba detenido en una especie de espera silenciosa, como si aguardara que alguien regresara.

Doblé en la calle donde crecimos León y yo, y el corazón me apretó al ver la vieja casa.

Aún en pie, desgastada: la fachada descascarada, el jardín delantero invadido por maleza, las ventanas cubiertas por cortinas descoloridas…

Respiré hondo y toqué el timbre.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió con un chirrido desesperado.

—¿León?

La voz de mi madre era una mezcla de alivio y miedo, los ojos brillantes con un atisbo de ilusión.

El corazón me dio un vuelco al verla después de tanto tiempo.

—No, mamá… soy yo.

Ella parpadeó, como si le costara reconocerme.

Cuando por fin me vio, se llevó la mano a la boca y se apoyó en el marco de la puerta para no perder el equilibrio.

—Olivia —susurró. Y entonces, con una voz que nunca le había escuchado, añadió—:

Pensé que era tu hermano.

Entré rápido para sostenerla. Había envejecido más de lo que esperaba.

Sus manos temblaban cuando me acarició la mejilla. La llevé hasta la sala; se dejó caer en el primer sillón que encontró, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Por qué creíste que era León?

Intenté sonreír para quitarle dramatismo, pero cuando levantó la vista vi a una mujer vencida.

—Porque él… —respiró hondo, la voz al borde del llanto—. Hace meses no sé nada de él. Nadie sabe nada.

Las palabras cayeron entre nosotras como una piedra.

Sentí que el silencio del jardín de la Casa de Torres me había seguido hasta allí, llenando el estar por completo.

Me quedé muda. Ella aún tenía la vista fija en el suelo.

De pronto, bajo nuestros pies, había un abismo abierto, imposible de cerrar.

Quise consolarla, decirle que no pasaba nada, pero las palabras se me quedaron atoradas en la garganta.

Lo único que percibía con claridad era el nudo áspero subiendo desde mi pecho, cargado de reproches hacia mí misma.

¿Tantos años sin escribirle, sin marcarle una llamada, sin un correo?

¿Y ahora tenía que enterarme así, en un susurro lleno de derrota, de que había desaparecido?

Me levanté. Ella extendió la mano para detenerme.

—No te vayas así —me pidió, apenas un ruego.

Pero yo ya estaba cerrando la puerta tras de mí, sin mirarla siquiera.

La rabia y la culpa me ardían más que sus ojos cansados.

Conduje sin rumbo fijo, con las lágrimas nublándome el camino.

No quería pensar, pero todo en mí era pensamiento: las últimas palabras que le dije a León, el portazo antes de marcharme, la forma en que lo borré de mi vida como si hacerlo fuera a aliviar algo.

La sensación de que había sido yo quien lo empujó hacia su desaparición no desaparecía.

Y mientras conducía con el pecho apretado, tampoco me di cuenta de a dónde iba… hasta que aquellas torres se levantaron de nuevo frente a mí, negras contra el cielo nocturno.

La Casa de Torres se alzó, imponente.

Apagué el motor y salí del auto. Crucé el portón oxidado y me dejé caer en el pasto húmedo del jardín.

Las lágrimas salieron sin mi permiso.

Lloré hasta sentirme vacía, hasta que el pecho me dolió de tanto contener aire.

El silencio era tan espeso que podía escuchar mi propia respiración, rota y desigual.

Y en medio de ese silencio, una voz emergió, nítida, imposible:

—Fui un imbécil… ¿por qué tenía que gritarle así?

Me incorporé con un sobresalto, el corazón golpeando en mi pecho.

Miré alrededor. Nada. Solo la casa, inerte.

Volví a recostarme, temblando. Cerré los ojos, segura de que había sido mi imaginación.

Pero la voz regresó, quebrada, susurrante:

—Ella tenía razón… quería ayudar. Y yo… yo solo pensé en mí.

El aire se me quedó atascado en la garganta.

Era él. No un recuerdo, ni mi voz interna. Era León, confesándose a la noche, como si nunca hubiera dejado de estar allí.

Me llevé las manos al rostro, aterrada, y susurré:

—León…

Pero el silencio volvió a tragárselo todo.

¿Cuántos martes sin oír tu voz?

Un leve golpeteo en el vidrio fue lo que me hizo abrir los ojos esa mañana.

Al mirar a través de la ventana, un uniformado se cruzó en mi vista.

Me incorporé en el asiento y, luego de apartar unos mechones rebeldes tras mis orejas, bajé el cristal.

—Buenos días —saludó el hombre.

—Buenos días —le respondí, todavía con la voz áspera.

El oficial inclinó la cabeza, curioso.

—¿Está todo bien? La vieron estacionada aquí desde anoche.

Sentí un calor incómodo en la cara. No iba a decirle que me había quedado dormida luego de llorar como una niña toda la noche.

—Sí, todo bien. Solo… necesitaba aire.

El policía asintió, aunque no parecía muy convencido —con justa razón—.

Dio un par de golpecitos amables en la chapa del auto y se alejó hacia la patrulla, estacionada a unos metros.

Me quedé quieta, observando cómo se alejaba. Entonces, escuché otra vez:

—No debí dejarla ir…

Me aferré al volante con fuerza; si me soltaba, podría arrancarme la vida.

Negué con la cabeza varias veces, como si eso pudiera hacer que aquella voz ya no volviera a hablar, aunque no estaba muy segura de si realmente era León.

Miré por el espejo retrovisor, buscando a alguien en mi asiento trasero; esa voz tenía que venir de algún lado.

—¿Volverá? No. De seguro está…

Aparté las manos del volante y las llevé a los costados de la cabeza para cubrir mis orejas.

Me repetía una y otra vez que era solo una voz en mi mente, que solo me sentía culpable, pero no sabía si realmente quería creer eso.

—Cállate, cállate… —me escuché susurrar, casi en una súplica.

Pero la voz insistió:

—Cada martes esperaba. Cada martes…

Me estremecí. El retrovisor me devolvía mi propio reflejo: las ojeras hundidas, los labios resecos, el cabello enredado.

Tenía la mirada de una desconocida.

Tragué saliva y abrí la puerta de golpe. El aire de la mañana estaba helado, con olor a tierra húmeda.

Caminé unos pasos fuera del auto, buscando cualquier señal humana, cualquier ruido. Nada.

El pueblo entero contenía la respiración a lo lejos.

—Si ella vuelve… todo estará bien.

Me giré hacia la Casa de Torres. La voz venía de allí, lo sabía. No de dentro del auto, no de mi cabeza. Venía de ese maldito jardín.

Me abracé a mí misma y corrí al auto.

Encendí el motor con las manos fuera de control.

Conduje a casa sin mirar atrás, sentía que si lo hacía, algo podría atraparme.

—Tienes que dejar de divagar, Olivia —me regañé, furiosa por alguna razón.

Con la mirada fija en la carretera frente a mí, que se extendía eterna y gris, murmuré:

—Tienes que…

Di un volantazo por reflejo, saliendo del camino y acabando en el campo contiguo a la carretera.

Congelada, apretaba con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

El motor rugía bajo mis pies, pero no me moví.

Al mirar atrás por el espejo no había nada. Mi respiración era un jadeo, como si hubiera corrido kilómetros. Las lágrimas me ahogaban la visión.

—Siempre fuiste tú quien me sostuvo…

Regresó la voz. Más clara. Más cerca.

De algún modo, estaba en ese jardín.

Un sollozo se me escapó antes de poder contenerlo.

Golpeé el volante con la frente, una, dos, tres veces, hasta que el dolor físico me detuvo.

Con las manos temblorosas y la vista aún borrosa, arranqué.

Volví al camino, los neumáticos rechinando contra la grava húmeda.

El volante resbalaba bajo mis manos sudorosas.

Pisé el acelerador; necesitaba volver a casa, aunque fuera solo para convencerme de que todo esto era producto de mi mente.

Y cuando doblé por la avenida principal y la fachada vieja de la casa apareció a lo lejos, algo en mí se quebró.

La casa parecía mirarme con los mismos ojos cansados de mi madre. Con los mismos ojos cansados que me devolvían la mirada en el reflejo del espejo retrovisor.

Frené de golpe frente al jardín. Me quedé quieta, respirando pesado, mirando la ventana de la habitación de León en el segundo piso.

Como si desde allí alguien me estuviera observando.

Bajé del auto. Las piernas débiles, lágrimas secas en las mejillas y el corazón casi en la boca.

Tomé aire antes de acercarme a la puerta con pasos tambaleantes.

El invitado en la mesa

Mi madre abrió la puerta antes de que tocara el timbre.

Parecía haber estado esperándome. Había adivinado que volvería.

No parecía preocupada por mi ausencia durante toda la noche y parte de la mañana.

Supongo que pensó que necesitaba espacio, y que volvería cuando estuviera lista.

Volví, pero no estaba lista.

El olor a cilantro y a guiso espeso escapó desde la cocina, golpeándome de lleno en el estómago.

—Llegaste justo a tiempo —dijo, forzando una sonrisa que no le alcanzaba a los ojos.

La seguí hasta la cocina con una sonrisa pequeña, triste. No esperaba encontrar a nadie más.

Por eso me paralicé en la entrada cuando lo vi de pie, con las mangas de la camisa remangadas mientras picaba algo con el ceño fruncido.

Por un instante creí que estaba viendo un fantasma.

—¿Joan? —mi voz salió más débil de lo que quería.

Él levantó la mirada. La misma expresión contenida de siempre.

Sonrió breve, cortés, una sonrisa que no llegaba a los ojos.

—Olivia —dijo, como si no hubieran pasado años.

Mi madre se adelantó enseguida, como si quisiera rellenar el silencio denso que se había instalado en la cocina.

—Joan ha estado viniendo a ayudarme desde que tu hermano… —se interrumpió, la voz quebrada, antes de recomponerse— Desde hace unos meses.

Él se limpió las manos con un trapo y se giró hacia mí.

Su mirada me recorrió como quien inspecciona una herida que no termina de cerrar.

—Has cambiado —murmuró.

No supe qué responder. Mi cuerpo quería retroceder, pero mis pies estaban clavados al suelo.

Nunca me había agradado. Solía estar todo el tiempo en casa antes de que yo me marchara.

Antes de todo… esto.

¿Cómo se atrevía a venir aquí, a intentar cubrir el papel de León?

—Claro que sí —zanjé, cerrando las manos en puños—. Al parecer tú no.

No tenía las pruebas, pero algo me decía que seguía siendo el mismo cretino de siempre.

—Bien —dijo mi madre, sonriendo mientras echaba el picadillo a la olla y nos empujaba fuera de la cocina—. Siéntense y esperen, traeré la comida en un momento.

Me resigné, sentándome en una de las sillas del comedor.

Esperaba que Joan se sentara lejos, pero se acomodó justo a mi lado izquierdo, inundándome con un olor a cigarro que no recordaba en él.

Al parecer había cambiado, sí: se había vuelto aún más despreciable.

—Tu mamá dijo que volviste ayer en la tarde… ¿Dónde estabas? Sé que procesar lo que le pasó a…

—No te atrevas —lo señalé con el dedo índice, cuidando que mi madre no me viera—. No te atrevas a hablar de mi hermano.

La mano oculta bajo la mesa volvió a cerrarse en dos puños.

—Puede que fueran los mejores amigos, puede que él te amara como me amaba a mí —añadí.

Su mirada me atravesó como una flecha al oír la última frase.

Tomé aire, sintiendo el nudo en la garganta.

—Pero que no se te ocurra, ni por un momento, hablar de él. Porque yo soy su hermana, y tú no tienes ningún derecho.

Joan se mantuvo en silencio, inmóvil.

—Yo… lo siento —murmuró al fin.

Asentí, más en agradecimiento por su silencio que por su disculpa, que sonaba hueca.

Tomé el móvil del bolsillo y miré la hora: 11:59 a.m.

Y entonces, cuando el reloj marcó las doce en punto, mi madre se acercó con los platos de comida.

—¡Está listo! —exclamó con una emoción casi infantil.

Sonreí, culpable por disfrutar de un almuerzo con ella después de tantos años, sin saber si León aún seguía respirando en alguna parte.

Puso más platos sobre la mesa y, finalmente, se sentó frente a nosotros.

Empezamos a comer.

O más bien, ellos comían. Yo solo removía la sopa con la cuchara.

El hambre me había abandonado hacía rato.

—¿Recuerdas, Ollie? —preguntó de pronto, mirándome con una sonrisa nostálgica.

Alcé la vista, confundida.

—¿Qué?

—No has tocado tu sopa.

Su voz pasó de alegre a preocupada en un instante. Joan dejó la cuchara a un lado.

—Es... —traté de sonreír—. Compré algo en el camino, estoy llena.

—Bien —respondió con un tono poco convencido.

Ella se levantó y Joan la imitó, empezando a recoger la mesa.

No me dejaron tocar ni un cubierto. Tal vez por eso me sentí tan inútil.

—Voy a darme una ducha —avisé, poniéndome de pie.

No estaba segura de que me hubieran escuchado, y mucho menos de que les importara.

El aire de la tarde estaba cargado de humedad cuando crucé la puerta principal.

Caminé deprisa hacia el auto; necesitaba una muda de ropa de la maleta.

Quería salir un rato, respirar lejos de esas paredes.

Pero un portazo a mi espalda me hizo girar: Joan cerraba la puerta con calma, como si sellara algo detrás de él.

Avanzó hacia mí con pasos tranquilos, demasiado tranquilos.

—¿Por qué le mentiste a tu madre? —preguntó.

—¿Qué? —fruncí el ceño.

—No has comido nada desde que llegaste —dijo, inclinándose hacia mí—. Dijiste que estabas llena, pero no has probado bocado.

Solté la manija del auto.

—Eso no es asunto tuyo.

Él sonrió, esa media sonrisa suya que siempre me pareció condescendiente.

—Claro que lo es. Puedes contarme lo que quieras, Olivia. Entiendo lo que sientes por tu hermano.

Sentí un nudo en la garganta.

—No sabes nada.

—Sé más de lo que crees —su voz bajó de tono—. Ya sabes cómo era León: tú lo protegías, y él se escudaba en ti. No iba a soportar la vida por mucho tiempo.

El ardor me subió al rostro.

La bofetada salió antes de que pudiera detenerme. El golpe resonó en el aire.

Joan apretó la mandíbula, sin apartar los ojos de mí.

—No vuelvas a poner el nombre de mi hermano en tu sucia boca —escupí, temblando.

Abrí la puerta del auto y me encerré sin mirarlo.

El motor rugió al instante, ahogando cualquier palabra suya.

Mientras me alejaba del jardín, marqué a mi madre.

—Mamá… voy a quedarme en un hotel esta noche. Mañana me iré.

Ella guardó silencio al otro lado de la línea.

—Está bien —murmuró con voz apagada.

Colgué antes de sentirme más culpable.

Mentira: no pensaba marcharme.

Una habitación, por favor

El recepcionista me sonrió con esa amabilidad automática que se entrena detrás de un mostrador.

—Una habitación, por favor —pedí, intentando sonar tranquila.

La llave cayó en mi mano con un pequeño tintineo. Piso tres, habitación 307. Subí con mi maleta ligera y el corazón pesado.

Los primeros momentos fueron un alivio: el olor a sábanas recién lavadas, el aire frío del climatizador, un lugar neutro, sin recuerdos. Cerré la puerta y me prometí a mí misma que solo sería por un par de noches.

Ese día en el hotel pasó entre caminatas sin rumbo, una visita rápida a la librería del centro y un café demasiado amargo. Casi logré engañarme con la idea de que estaba sola.

Casi.

La ilusión se rompió al salir del hotel: un auto oscuro estacionado frente a la entrada me hizo sentir observada.

No le di importancia, pero lo volví a ver más tarde, a media cuadra de la cafetería. La coincidencia me pinchó como una aguja en la nuca.

De noche apenas dormí.

Y a la mañana siguiente, al volver con una bolsa de compras, el guardia del hotel me detuvo:

—Señorita… —dijo en voz baja—. Ayer un joven estuvo preguntando por usted. Ojos muy oscuros, piel clara… pecas.

No tuve que pensarlo mucho. Sabía exactamente de quién hablaba: Joan.

El aire se espesó con sus palabras.

Apenas logré agradecerle antes de subir corriendo a mi habitación. Cerré la puerta con doble seguro y me quedé un buen rato con la espalda apoyada en ella, respirando entrecortado.

Tomé el celular con las manos sudorosas. Busqué su nombre en mis contactos. No pensé antes de marcar.

Contestó rápido, casi como si hubiera estado esperando mi llamada.

—Olivia… —su voz sonó demasiado ligera—. Qué sorpresa.

—Necesito hablar contigo. Esta noche.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Está bien. Te invito a cenar. Elige el lugar.

Acepté. No me importaba la cena ni el lugar. Lo que quería era verlo de frente y preguntarle por qué demonios me seguía.

El restaurante estaba medio vacío cuando llegué. Joan se levantó al verme, con esa cortesía que siempre le quedaba como un disfraz.

—Olivia… —su sonrisa era casi demasiado amplia—. Te ves cansada.

—Lo estoy —respondí, cortante, y me senté frente a él.

Un camarero se acercó enseguida, pero pedí lo primero que vi sin mirarlo. Joan pidió lo mismo que yo.

El silencio nos envolvió hasta que no aguanté más.

—¿Por qué me sigues? —solté, sin rodeos.

Él no se sorprendió. Al contrario, se inclinó sobre la mesa, como si hubiera estado esperando que se lo preguntara.

—Porque no quiero que te pase nada —su voz fue suave, casi un susurro—. Porque te amo, Olivia.

El golpe fue directo, brutal. El oxígeno parecía haberse vuelto tóxico de repente.

—No… —negué, con un hilo de voz—. No puedes decir eso.

—¿Por qué no? —se encogió de hombros, con una calma que me erizó la piel—. Toda mi vida lo he sabido. León lo sabía. Tú también lo sabías, aunque fingieras no notarlo.

Sentí el corazón martillear en las sienes.

—Joan… mi hermano desapareció —escupí las palabras que quemaban en mi pecho. Por un momento, decirlo pareció hacerlo más real.

Él se detuvo un segundo. Me sostuvo la mirada con una intensidad oscura, casi peligrosa.

—¿Y eso qué importa? —dijo al fin, con una frialdad que me dejó helada.

—¡Era tu mejor amigo! —mi voz temblaba, de furia y miedo.

Joan apoyó los codos en la mesa y sonrió con un gesto que no reconocí.

—Era. Pasado. ¿Sabes lo que pensé cuando se fue? Que por fin tenía una oportunidad. Que dejarías de mirarme como el amigo de tu hermano y empezarías a mirarme diferente.

—Eres escoria… una basura insignificante. Aléjate —dije entre dientes, temiendo perder el control. Me levanté de golpe, empujando la silla hacia atrás.

Él no se movió. Solo me observó, con esa sonrisa ladeada, como si supiera algo que yo no.

Me giré antes de perder la calma y me marché. No miré atrás, ni siquiera cuando sentí su mirada clavada en mi espalda.

Encontrar el tesoro

Subí directo a la habitación. Cerré la puerta con un golpe y caminé sin rumbo.

El silencio del cuarto era asfixiante. El aire olía a desinfectante barato y a humedad vieja, pero no me importó.

Me dejé caer en la cama, aún con la ropa puesta.

No podía sacarme sus palabras de la cabeza: ¿Y eso qué importa?

Me ardieron los ojos. ¿Cómo podía decir algo así? ¿Cómo podía borrar de un plumazo a mi hermano, como si su existencia no hubiera valido nada?

Intenté detener el torrente de pensamientos, pero cuanto más los rechazaba, más fuerte regresaban:

¿Dónde estás, León? ¿De verdad te fuiste por voluntad propia? ¿O alguien te obligó?

¿Lo sabía Joan?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Joan… él siempre estuvo demasiado cerca. Demasiado pendiente.

Y ahora, demasiado ansioso por ocupar el lugar de alguien que ya no estaba.

Me levanté y cerré las cortinas, asegurándome de que no quedara ni una rendija abierta.

Revisé el pestillo de la puerta dos veces, tres.

Abrí el clóset, el baño, incluso miré debajo de la cama. Ridículo, pero no podía evitarlo.

Me tumbé otra vez, pero no conseguía dormir.

Cada sonido del hotel —un golpe lejano de tuberías, unas risas apagadas en el pasillo— me hacía girar la cabeza hacia la puerta, esperando… ¿qué?

La culpa y el miedo se mezclaban en mi pecho, espesos.

Me senté al borde de la cama, temblando.

No sabía si llorar, gritar o salir corriendo.

Lo único que sabía era que la voz de León, aquella que había escuchado en la Casa de Torres, no era un simple recuerdo.

Él estaba allí. De algún modo, estaba allí.

Y si tenía la certeza de algo en esta vida, era de que León seguía vivo.

Y yo tenía que volver.

Tenía que encontrarlo.

Después de horas dando vueltas en mi habitación —preguntándome qué relación tenía ese jardín y la Casa de Torres con la desaparición de León, cuestionándome

si realmente escuchaba su voz o si era mi mente jugando conmigo, pensando que tal vez ya me había vuelto loca—, al fin me calcé unas botas negras y me puse un abrigo.

Salí del hotel.

Le pedí al guardia de la entrada que me consiguiera un taxi en la parte trasera del edificio; debía evitar a toda costa que Joan me siguiera.

Él le había hecho algo a León.

Tenía algo que ver con su desaparición.

Y yo lo sabía.

Estaba más que segura de eso.

Prohibido fumar

El conductor me dejó frente al portón de la Casa de Torres.

Después de que le pagué, se marchó.

Me quedé ahí, sola. Eso creía. Eso esperaba.

Tomé la linterna que acababa de comprar y la encendí para ver con claridad.

Eran las cuatro de la mañana, y la oscuridad parecía consumirlo todo del portón en adelante.

La mansión, más que una construcción antigua y abandonada, parecía una silueta recortada en la noche.

Absorbía toda la luz de la luna. No tenía forma.

Avancé un paso. El barro húmedo se pegó a mis botas con un sonido desagradable.

El aire olía a tierra mojada, pero también a algo más: humo.

Me detuve.

Sí, era humo de cigarrillo.

El haz de la linterna barrió los bordes

oxidados del portón. Allí, casi ocultas entre la hierba húmeda, vi dos colillas recientes.

Se me heló la sangre.

Joan nunca fumaba, o por lo menos no recordaba haberlo visto nunca con un cigarro en la boca. Pero últimamente siempre olía a cigarro. Era un olor nuevo en él, ajeno.

Cualquiera podía fumar, sí, pero sería una casualidad muy conveniente.

Y, sin embargo, ahí estaba la prueba, justo en la entrada del lugar.

Apreté la linterna con más fuerza.

—Prohibido fumar… —susurré para mí misma.

Tal vez porque ese hábito se me antojaba detestable.

Hice una mueca de asco, pisando las colillas al tiempo que abría el portón.

Un chirrido metálico desgarró el silencio.

Contuve la respiración.

Nada. Solo el sonido de mi propio corazón golpeando en los oídos.

Crucé al otro lado. El jardín me recibió como una boca abierta, húmeda y sofocante.

Las flores blancas brillaban en la penumbra, moviéndose con la brisa.

Cada paso se hundía en el barro, arrancando un chasquido pastoso.

—Te dije que te alejaras de ella.

Me detuve en seco.

El aire cambió; más denso, cargado de algo que no podía ver.

Entonces lo escuché de nuevo: la voz de León.

—¡Deja de meterte en esto!

Su voz sonaba ahogada, furiosa, como cuando estaba al borde de perder la paciencia.

—¡Ella no tenía la culpa!

Sentí que me temblaban las manos; la linterna oscilaba y las sombras parecían moverse

El sonido de un golpe seco me heló la sangre. Luego otro.

El jadeo de mi hermano resonaba como si estuviera peleando justo frente a mí, aunque no había nadie.

Cerré los ojos con fuerza, y casi lo vi: su silueta doblada hacia adelante, los puños en alto, el rostro lleno de rabia y desesperación.

—¡No vuelvas a nombrarla!

Yo quería hablarle, responder, pero mi garganta estaba cerrada.

Solo podía escuchar.

Mi corazón se encogió ante aquel recuerdo que el jardín me estaba vomitando encima.

Y entonces, su voz desgarrada:

—¡Joan!

Abrí los ojos de golpe, con un nudo en la garganta.

El nombre reverberaba en mi pecho como un trueno imposible de acallar.

Joan.

Era él. Todo el tiempo había sido él: las colillas en el portón, la mirada envenenada, sus palabras en la mesa.

Mi hermano había peleado con él. Por mí.

Inspiré con violencia, como si hubiera estado conteniendo la respiración demasiado tiempo.

Avancé hacia la entrada principal de la Casa de Torres con la linterna temblando en mi mano y los pies pesados.

Cada ventana parecía un ojo vacío, apuntándome en la oscuridad.

La puerta cedió más fácil de lo que pensé, con un crujido largo, húmedo.

El olor a madera podrida me golpeó apenas crucé el umbral.

Dentro, el aire era más denso, más frío, como si hubiera entrado en otro mundo.

Apunté la linterna al suelo: polvo, hojas secas, huellas. No eran antiguas.

El haz de luz barrió las paredes, desnudando cuadros torcidos, muebles cubiertos por sábanas sucias y una hilera de retratos familiares que me devolvían rostros de miradas vacías.

Seguí avanzando; el piso crujía bajo mis botas.

Entonces vi una más: una colilla aplastada junto a una mesa. Me agaché y la toqué con la punta de los dedos. Había más.

Dos, tres, cinco… distribuidas como un rastro por la sala.

Mi estómago se revolvió.

Alguien había estado aquí.

Alguien seguía viniendo.

La linterna se desvió hacia un muro desconchado, y el aire se me congeló en la garganta.

Manchas oscuras, trazos secos que descendían hacia el suelo: sangre.

No de hace décadas.

No como cabría esperar en un lugar abandonado.

No. Era reciente. Meses, quizá semanas.

Pasé saliva al realizar la situación. ¿Y si todo lo que había sospechado era cierto?

¿Y si Joan no solo sabía lo que había pasado con León, sino que lo había traído aquí?

Me mordí el labio, encajando piezas imposibles: las colillas, el olor a cigarro en su ropa, su indiferencia, sus palabras en la cena… la sangre.

La casa se estremeció con el sonido de la puerta principal abriéndose una vez más.

Apagué la linterna rápidamente y me agazapé detrás de un mueble, conteniendo la respiración.

Los pasos resonaban firmes en el suelo de madera, avanzando como si conocieran cada rincón.

—Debería cambiar esas cuerdas —dijo una voz familiar y desagradable—. Ya no aguantan más… aunque él tampoco aguantará mucho más.

El corazón me latía tan fuerte que temí que incluso Joan pudiera escucharlo.

Luego, el chasquido de un encendedor. Un olor a tabaco quemado inundó el aire.

No había duda.

Él tenía a León.

Si no hacía algo ahora, jamás sabría qué había sido de mi hermano.

Tomé aire, conteniendo el miedo que me recorría como electricidad.

Él estaba allí, a unos pasos de encontrarme y arrebatarme la verdad.

Lo observé entre las sombras.

Más alto, más fuerte que yo. Si intentaba atacarlo de frente, perdería.

Pero si era astuta…

Apreté los dientes y avancé despacio, sin pensarlo demasiado.

Con un golpe seco intenté embestirlo por la espalda. Fallé.

Él reaccionó como una bestia. Su brazo atrapó el mío en un segundo y la linterna rodó por el suelo.

—¡¿Olivia?! —gruñó, los ojos inyectados de furia—. ¡¿Qué demonios haces aquí?!

—¡Suéltame! —luché con todas mis fuerzas, pero su agarre era de hierro.

Estaba paralizada frente a él, temblando.

Bajé la mirada, como si en el suelo pudiera encontrar todas las respuestas.

—Nunca entiendes… —escupió, apretándome más fuerte—. Él se lo buscó.

¡Tú te lo buscaste al volver!

El miedo me consumía, pero también una rabia hirviente.

Me sacudí, intenté patearlo, morderlo, cualquier cosa.

Hasta que mis dedos chocaron con algo frío: un jarrón enorme, olvidado sobre una mesa.

Con un grito ahogado, logré liberarme, lo levanté con ambas manos y lo estrellé contra su cabeza.

El sonido fue seco, apagado. Joan soltó un gruñido, tambaleándose. Intentó alcanzarme, sus manos se cerraron en el aire… y entonces cayó al suelo, inmóvil.

Me quedé viendo su cuerpo a mis pies, el corazón en la boca, el pecho ardiendo.

De rodillas, revisé sus bolsillos a tientas, con el miedo de que abriera los ojos.

Un manojo de llaves tintineó en mi palma.

—Por favor… —murmuré sin saber si se lo pedía a él, a León o a la casa entera.

Me incorporé, recogí la linterna y avancé entre las sombras.

El sótano

Cada habitación parecía repetirse: un cuadro torcido, un mueble cubierto, otra colilla en el suelo.

¿Ya había pasado por ahí?

El aire se volvió pastoso, casi irrespirable.

Sentía que las paredes se cerraban, que los techos bajaban sobre mí.

Seguí un corredor estrecho hasta llegar a una puerta más baja que las demás, oculta tras un biombo apolillado.

Probé la primera llave. Nada. La segunda, la tercera.

Un chasquido metálico me hizo contener la respiración.

La puerta se abrió con un crujido largo y un aliento helado subió desde la oscuridad.

Sentía que la casa entera me tragaría, pero bajé el primer escalón.

Cada peldaño crujía como un lamento.

La linterna temblaba en mi mano, iluminando paredes de piedra húmeda, cubiertas de moho.

Entonces lo vi: una silla en el centro del cuarto, bajo un rayo pálido que entraba por una pequeña luceta.

Y en ella…

—León… —la palabra se me quebró en los labios.

Estaba atado, la cabeza ladeada, el cabello castaño pegado al rostro sucio.

Su piel pálida ahora casi transparente bajo los golpes.

Corrí hacia él, dejando caer las llaves al suelo.

—¡León! ¡León, soy yo! —toqué su rostro con las manos temblorosas.

Sus párpados se alzaron apenas.

Sus ojos, tan parecidos a los míos, me buscaron en la penumbra.

—¿Olivia…? —su voz era un hilo roto, pero real, vivo.

Un sollozo se me escapó mientras luchaba con los nudos de las cuerdas, tirando con desesperación, hasta que por fin cedieron.

—Perdóname, León… perdóname por haberte dejado —lloraba, liberando sus muñecas enrojecidas, apretando sus manos heladas—. Estoy aquí, ya está, estoy aquí…

Él intentó sonreír, pero solo logró dejar escapar una lágrima muda.

Lo ayudé a ponerse de pie, sin entender por qué su cuerpo pesaba tanto; tal vez era que yo me sentía muy débil.

Lo arrastré conmigo escaleras arriba; cada crujido era un recordatorio de que Joan podía despertar en cualquier momento.

Al empujar la puerta, el aire frío de la madrugada me golpeó el rostro, y luego de salir al jardín —que nos recibió con su humedad densa—, estaban esas flores blancas brillando como testigos de todo.

Apenas pude marcar el número de emergencias.

—Una ambulancia… y una patrulla… por favor… a la Casa de Torres —titubeé.

No sé cuánto tiempo pasó desde que colgué la llamada, pero las sirenas se escuchaban ya cerca.

Pronto vi dos patrullas y una ambulancia atravesar el portón y detenerse en el jardín, rodeándonos a León y a mí.

Solté el aire que ni siquiera sabía que había estado conteniendo.

—Estamos bien —le susurré a León, con un hilo de voz.

Un oficial se colocó a mi lado mientras un paramédico sostenía a mi hermano.

Entonces, desde la mansión, apareció Joan.

La sangre seca en su frente lo hacía ver aún más grotesco; avanzaba tambaleante, pero lo peor fue esa sonrisa torcida que me heló por dentro.

—Tranquilos —murmuró, levantando las manos—. Yo no hice nada...

El policía junto a mí llevó la mano a su funda, pero fui más rápida.

No sé cómo lo hice, pero mis dedos se cerraron sobre el arma y la arranqué de su cinturón.

Joan seguía sonriendo, con las manos en alto.

Tenía que...

—¡Olivia, mírame! —gritó León, casi arrancándose de los brazos del paramédico—. ¡No dispares!

...Matarlo.

Mi mundo explotó en un segundo: dos detonaciones resonaron a mi espalda.

Un ardor insoportable me atravesó el pecho; el arma se me resbaló de las manos.

Caí de rodillas y sentí a León caer conmigo, sus ojos encontrando los míos, tan cerca que podía contar cada pestaña bajo la suciedad que lo cubría.

—Perdóname… —susurré, apenas respirando, dejándome caer sobre el pasto húmedo.

Cada flor, desde allí, parecía crecer más y más, como si la tierra quisiera tragarme y volverme una de ellas.

—No hay nada que perdonar —me dijo con voz quebrada, lágrimas en los ojos, negando con la cabeza—. Al final… me encontraste.

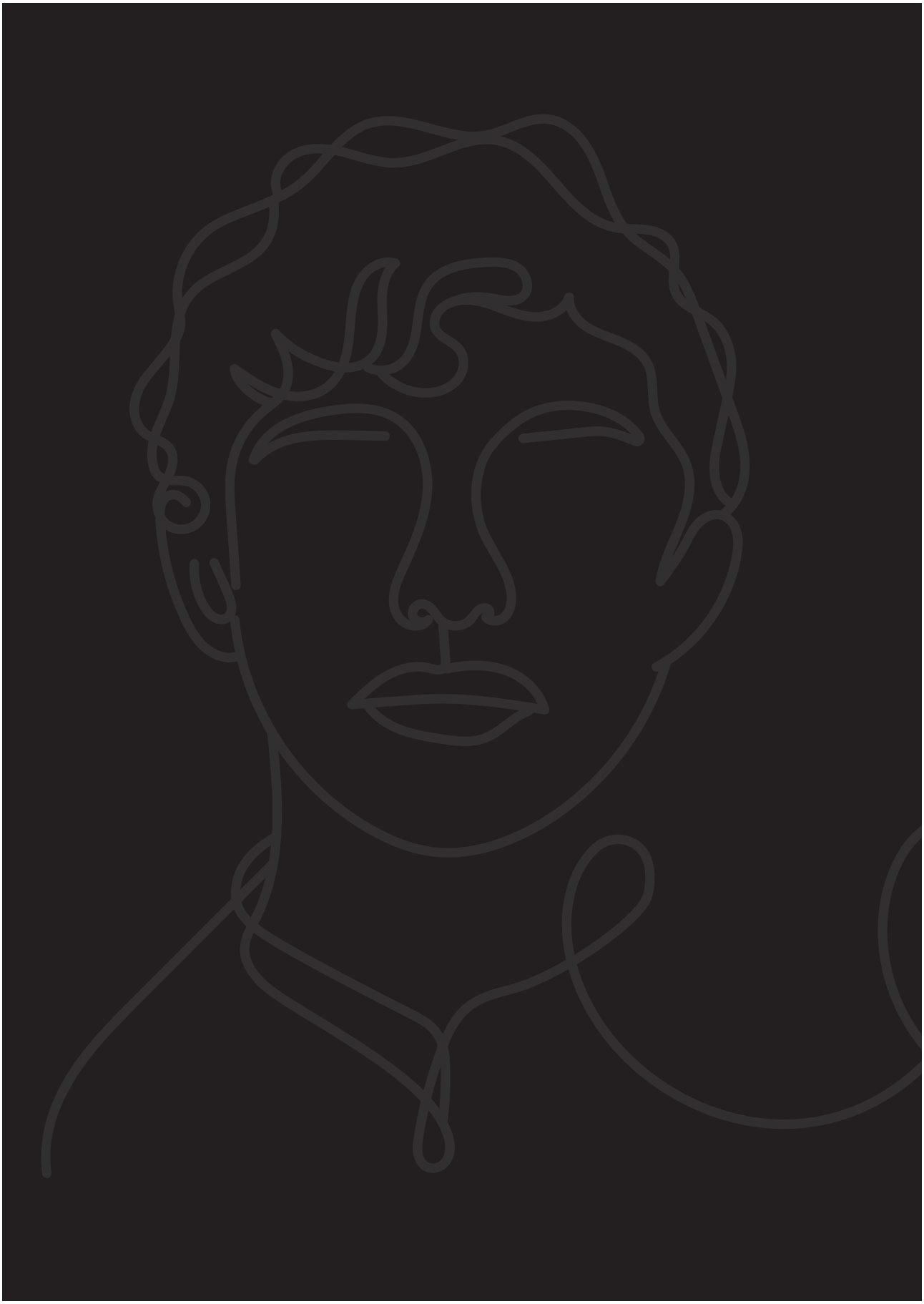
Casi podía sentir las flores elevarse a mi alrededor. Sonreí.

Abrí la boca, miré fijamente los ojos claros de León y, con un último aliento, que casi pareció prestado, le dije:

—Te amo.

Y la oscuridad se lo tragó todo.

FIN



Carta desde la vía al Retiro

Autor: Juan Felipe Posada Hoyos
Cali, Valle del Cauca

Finalista

Carta desde la vía al Retiro

Juan Felipe Posada Hoyos

Querida *María*,

Le escribo para decir que, en contra de nuestra cláusula, ya no necesito el piso. No es por la renta; ambos sabemos que no hay oferta más barata para un extranjero en estas zonas de Madrid. Y sé que tu amistad ha sido más que sincera, pero la vida de un estudiante es dura, y más en la Politécnica; entre sus edificios inmensos de ladrillo descubierto y sus frías paredes, salones y pasillos llenos hasta la corona de españoles, moros y migrantes. No se entiende nada en sus bullicios, ni se busca consolación en sus silencios, pues hasta en ellos existe ese aire que permea la soledad de tal forma que le llega a uno hasta la vértebra. Y fuera de esos bloques, en los pocos lugares que se les busca llamar «verdes» en la infinidad eterna del concreto capitalino, es la misma historia. Se me hacen tan desoladores que a veces empiezo a alucinar golpeteos entre sus rejas. Todos se componen de lo mesmo, fuentes de agua que solo sirven como recordatorio del eterno vacío existente; pasto perlado, fruto del descuido de cualquiera que se haga llamar dueño de estos espacios, no importa si es de renombre o un jardinero: árboles que no dan frutos

ni hojas, pero llenan el espacio de rojos sombreros con puntos blancos y algún que otro marrón, iguales a los que usan los escritores de prensa en un día cualquiera del laburo. He de decir que, si bien su amarillismo nato se me hace despreciable, el periódico que lo contiene es bueno para quitar la frialdad del piso en el invierno. Capaz deje unos en el suelo.

Junto a los periódicos, si es que no la boto, te encontrarás una botella de vino, un *Merlot* mendocino que decidí comprar a ciegas tanto por su precio como por su gusto refinado, solamente aquellos con buen gusto puede apreciarlo. Siempre ha sido así todo lo que ha salido del sur; Gardel no se escucha en toda calle o todo café, si no en los rincones donde el silencio vale más que las palabras y el esplendor más que el brillo solo. Ay, *Marie,* que falta me hará encontrarnos en aquella esquina por la Ríos Rosas y perdernos en cenaderos oscuros para escuchar la buena música, dejar que el jazz guíe inconscientemente el movimiento de nuestros tenedores mientras estamos juntos sin estarnos simplemente coexistiendo en el mismo espacio, en la misma mesa, con los mismos platos, pero sin decirnos nada. Así es que vivimos ambos, sumidos en nuestros propios pensamientos inertes que parece ser inútil intentar ignorar entre el agobio y los sonidos generalizados del metro y la polis alrededor nuestro. Era solo en esos espacios y en nuestros pisos donde parecíamos poder relajarnos y alejarnos del otro mundo, tomando un mate o un café amargo para tu gusto —que igual te bajabas por que eras terca e ignorabas mis súplicas de dejarme echarte una cucharada de azúcar—. Sí, *Maria,* definitivamente la voy a extrañar.

No sé si recordás ya hace unos meses, debió haber sido cerca de septiembre, cuando viniste al piso a tomarnos unos mates y hablar de la vida. La negra noche, solamente interrumpida por unos foquillos que salían

de las ventanas de otras habitaciones en el edificio de al frente, iluminaba nuestra conversación a esas horas. Hablando estuvimos sobre tu viaje a Buenos Aires y cómo el subterráneo no se podría comparar con el nuestro. Cómo en tu vuelo de regreso conociste a aquel portugués que se robó unas risas tuyas con un poco de elocuencia y chistes malos que no entendías, pero fingías hacerlo solo para hablarle. Eran tan fáciles esos tiempos, en donde solamente hacía falta unas hierbas y el silencio de lo extraño desaparecer para poder sumirnos en lo que otras personas llaman paz diaria —bueno, me estoy saliendo del tema—.

Poco después de que te fueras aquel día, escuché un sonido desde el ventanal de la sala, ese que es el único en todo el edificio sin tener balcón inmediato, siempre encontré curiosa esa decisión artística. El sonido parecía venir desde afuera, donde debería estar ese balcón fantasma, se volvía cada vez más fuerte, buscando romper el cristal si era necesario, para entrar y hacerse con lo que fuera que buscaba encontrar. El sonido, replicándose con la misma constancia que un péndulo —*tock tock rash*— se repetía en una melodía que perfectamente podríamos haber escuchado en Stravinski; caótica, con voces y respuestas en un escenario que solo podría ser descrito como el infierno mismo.

Me levanté de mi silla rojiza e hice mi camino hacia el balcón fantasma que se posaba frente a mí, mis manos temblaban con terror, el monoambiente blanco solo se enfriaba con cada paso que daba hacia adelante, hacia lo que fuera que estuviera afuera, tocando el cristal, esperando una respuesta. Sostuve un suspiro en la faringe antes de con mi mano tomar las cortinas que separaban mi inocencia de la negrura de la noche que se encontraba al otro lado de las paredes. Suspiré, finalmente tomando el coraje necesario y empujé la tela

al lado, permitiéndome la visión hacia el espacio exterior. Listo para enfrentarme a la bestia de pesadillas que podría encontrarme en esa eterna nochedumbre, miré finalmente al frente para encontrar aquella criatura: una gata; debería pesar menos de un kilo, una bolsa de azúcar podría pesar lo mismo; *preta*, solo sus ojos amarillentos sobresalían entre las luces que se divisaban abajo nuestro. Posicionada inmediatamente igual a donde yo, lo único que nos dividía era esa ventana que abríamos nosotros para que el aire entre cuando llegaba verano. Abrí la puertecita que se interponía entre su pelaje y mi mano. Ahí estaba ella, jugando con el cristal haciendo ese ruido hediondo que me metió un susto de inframundo solo unos minutos antes, frisando el cielo como si fuera su hogar, frente a mí.

Apenas abrí me acerqué a tocarla, se alejaba cada vez que intentaba sentir su pelaje, cada movimiento mío daba uno suyo en respuesta, un intercambio que se traducía a una versión satírica de un tango uruguayo. Me movía hacia ella, me acercaba, se alejaba y se repetía. Sus ojos aperlados, aguados y redondos seguían la rojiza piel de mis manos con el único objetivo de entablar en esa danza sin sentido. Tu noviecillo le habría cogido un gusto particular. Era sencillamente hermosa para ser una gata de calle, tenía esa actitud traviesa que a él tanto le gusta en los animales, o al menos eso me has dicho, *Mía*.

Entonces, cuando por fin la pude tomar en mis manos comenzó a chillar, reclamando algo con tanta fiereza que parecía de esos grandes felinos del otro lado del Ecuador. Alimento, eso quería la pequeña criatura que ahora tenía la suerte —la pensaba suerte— de tener en mis manos. Comida, eso quería y lo clamaba como si fuera mi único propósito en la existencia el dárselo; para su pequeño entender, yo solo era un mono gigante el cual la alimentaría, para mí, en ese momento se convertiría en

una hija. Una un poco más peluda que para el gusto de mi madre, pero una al finalizar el día. Me importa lo que digan mis contemporáneos.

Sabrás bien, que no es usual para alguien sin mascotas el tenerles un almuerzo servido para cuando se les place hacer visita. Así pues, me veía en un dilema: dejarla en mí y verme obligado a encontrar comida a tales horas donde los únicos lugares abiertos en la gran urbe son los bailaderos y bares de mala fama — estoy seguro de que no habría alimento allá para mi amiga de cuatro patas—, o dejarla a la suerte de la noche. Su pelaje se frotaba contra mis manos frías por la ventisca nocturna, me veía con sus perlas negras vacías, no entendía cosas tan humanas como los horarios aún si tuviera raciocinio; es solo natural de los animales el vivir, dormir y comer cuando se les plazca, ningún otro mal creado por el humano, como los horarios, son vitales para su existencia, o si quiera se les es de interés. Mi corazón se retorció al ver tal escenario. La tenía que servir, de alguna forma u otra.

Afortunadamente para mí y la gata, todavía existen hombres que escogen vivir de manera natural y eufórica, que se les puede ver atendiendo en sus pequeños bazares escondidos a altas horas de la noche, y conocía el lugar perfecto para ir a comprar. Bajé entonces las escaleras —un, dos, tres pisos— y salí a la calle aun con ella en brazos, sin importarme los amigos de lo ajeno que se pudieran ocultar en las sombras de una ciudad ya oscurecida. Mi compañera se estremecía entre mis brazos, soltando pequeños quejidos hambrientos. Me dirigí por la Antonio hasta llegar a la Mediterráneo, caminé unos cuantos pasos por la Abtao y saludé a la piba que atendía —en aquella tiendita que íbamos cuando nos quedábamos sin hierba— antes de pedirle un pequeño sobre de pienso. Supongo que el moro estaba fuera ese día, si me hubiera visto hubiese preguntado por ti, es así a veces. Costó cerca

de unos nueve euros, si mi memoria no me traiciona, lo cual parece poco pero lentamente la hormiga se vuelve hormiguero; pero, aun así, negarle comida a tal criatura hubiera sido imperdonable, consistiría en el pecado súbito entre la fe cristiana, ni siquiera perdonable ante el santo padre. Con la comida y gata en mano, hice el mismo camino de vuelta hacia el monoambiente — un, dos, tres pisos—; crucé el umbral, tropezando con las llaves mientras lo abría, y le serví su cena a mi compañía en un plato plástico.

La había dejado comiendo cuando me distraje con unos deberes que tenía para la semana siguiente. Me encontraba en tal delirio de letras cuando escuché un rasguido de tela; resulta pues, que los gatos son animales juguetones y para mi amiga resultó interesante el hecho de traerme un pedazo de tela borgoña de regalo. Atravesó los muebles que estaban entre nosotros con la tela en la boca para saber que aquella silla color tinto, que había comprado en un persa ya hace años, era meramente un recuerdo. Pequeña monstruo de la destrucción que es, vivilla como ella sola, vivilla como tú.

Así era nuestro acuerdo: ella se paseaba libremente, ocupaba mi cama mientras me ocupaba en asuntos humanos y yo le proveía de alimento y cariño. Un pacto civil un poco desequilibrado de mi parte, pero un pacto al final del día. Una vez, mientras ella dormía en mí misma cama, sentí como a medianoche la gata me sacudía, me llevaba de este plano hacia otro. Me despertaba, la seguía sin temor, me adentraba cada vez más en ese vacío. Me sacó del apartamento tal como un cordero dejándose pastorear; y entonces fuimos bajando las escaleras — un, dos, tres, cuatro pisos—, en este último solo había lo que parecía ser un estudio abandonado, similar al que tenías cuando te conocí. Al abrir la puerta, descubrí que no había pasillo ni cuarto, solo el negro vacío de la noche

que parecía cubrir donde estarían las paredes, el suelo y toda la esencia de un ambiente. Ahí, por alguna razón rara *Mar,* salté.

Cuando desperté, intenté no pensar mucho en el sueño, ¿Acaso usted no vive eventos irreales en los suyos? Yo sé que sí, me lo revelaste un día mientras tomábamos café por la Perón, un día después de mis clases en la facultad, me acuerdo pues esa fue la vez que perdí tu sombrilla favorita en una estación de metro. Espero que ya me hayas perdonado por ello. Pero algo me devolvía a él, un pensamiento indeleble que me devolvía a aquella planta; al gato guiándome; era un sueño, tan solo uno de esos simulatorios cerebrales para comprobar que no estamos huecos por dentro, que podemos sobrevivir otro día. Pero, aun así, me inquietaba, me entendés, *Marce*, ¿No? Aun así, intenté sobrellevar el pensamiento, es por eso que no te informé de esto hasta ahora, algo dentro de mí me decía que era paranoia, no tengo muy bien claro qué la haya ocasionado, pero no pensaba cuerdo, no podía estar pensando recto sobre ello. La gata vivía como si mi espacio fuera su reino, maullaba, comía; y yo, estaba en ese torbellino de pensamientos, una envidia le tenía. Eso pudo haberse quedado ahí, *Marta,* pero no, desgraciadamente no.

Ayer mismo ocurrió otra vez, dormía la gata en mi regazo cuando comencé a lentamente cerrar los ojos, el gris interior del letargo comenzó a ser reemplazado por humo blanco que opacaba la vista. Cuando pude ver, estaba la gata, me guiaba, me hacía bajar las escaleras — un, dos, tres, cuatro pisos —, se repetía el escenario anterior, otra vez el mismo estudio, seguía entonces la oscuridad y el salto ilógico de mi parte. Pero esta vez, no se acabó el sueño. Después de lo que pareció una eternidad de caída, sentí un leve golpe en mis hombros y piernas. El golpe contra el concreto me dejó saber que donde fuera que

estuviera era el medio de una gran vía. Además de eso, solo recuerdo levantarme y ver a la gata frente a mí antes de caer en un sueño oscuro.

Un sueño dentro del otro, algo simplemente mágico, *Myriam*. Parecería mentira si no conocieras los delirios en los que caigo regularmente. Cuando desperté de aquel letargo, la gata me acarició lentamente la mano, lamiéndome el corazón. Me levanté a mis rodillas después de eso, un humo blanquecino nos rodeaba y un leve galopar se escuchaba hacia la intemperie. Cuando mis ojos se lograron enfocar hacia delante, se abrió un camino de edificios colosales color gris, el único color que se podía salvar en ese esquema monocolor era el rojizo que dejaba mi cuerpo contra el asbesto.

A falta de mejores opciones, comencé a deambular entre sus calles. Reconocí el Pont de Arts parisino en donde debería estar el de Toledo, un poco más adelante el obelisco porteño donde deberían estar los pequeños de la glorieta de las Pirámides. Seguí caminando tras la gata hasta que llegamos a la estación de metro de las Acacias, me hizo bajar con ella y subirme en el único vagón abierto. Todo el tren estaba vacío, las únicas dos almas en aquella ciudad éramos nosotros dos. La gata, más callada de la costumbre, solo vigilaba cada paso que daba con sus ojos negros ovalados, moviendo la cabeza lentamente como la invitación a un vals del que no sabía si iba a salir con vida.

Ya el metro se estaba tomando bastante en abrir nuevamente sus puertas, deduje que deberíamos estar bajo el parque del casino o como sea que se llame esa zona pobre de juicio. Nos bajamos en lo que parecía ser el parque de la ópera y nos montamos en otro tren que quedaba convenientemente situado frente al nuestro. Lo que daría por tener estos viajes de metro, con el vagón

solo y con espacio para pensar en la vida. Salimos del subterráneo una media hora después cuando llegamos a la estación del Retiro. Aquel espacio se veía aún más tétrico que por la Toledo, cada vistazo parecía una competencia de miradas contra el vacío. Anduve por el mismo camino que hago a diario para volver a casa, y después de cruzar algunas calles llegué al edificio y me dispuse a subir las escaleras —un, dos, tres pisos— hasta que llegué a la puerta de mi piso. El rojizo carmesí que antes marcaba mis pisadas se había vuelto lentamente a un rojo parecido a tu labial. Cuando me dispuse a abrir la puerta, las escaleras colapsaron a mis pies y fui devuelto al espacio debajo del tercer piso. Ahí fue que desperté.

Mas, creo que eso ya no te importa, *Mar*. O como se escriba tu nombre ahora, sé que tienes mil nombres que cambian a las horas. Tú lo llamabas personalidad, todavía me acuerdo del escándalo que nos hiciste pasar en tal restaurante por el Manzanares cuando no aparecía la reserva. Capaz no se trate de eso, pero que intentábamos buscar un espacio que simplemente no teníamos en este mundo.

Y perdón que te lo diga así, pero siento una sensación de que este va a ser mi último día en el orbe. Disfruta el vino a medio tomar que te dejaré en el portón. Las llaves estarán debajo de tu tapete, esta carta en tu buzón y yo, si no me equivoco, debajo de las escaleras de la planta baja.

IV Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo

Categoría B

(19 a 25 años)

Cuento: Los pelos
Autora: Isabela Cardona Patiño
Primer Lugar.

Cuento: C4T
Autora: Isabella Romero Castaño
Segundo Lugar.

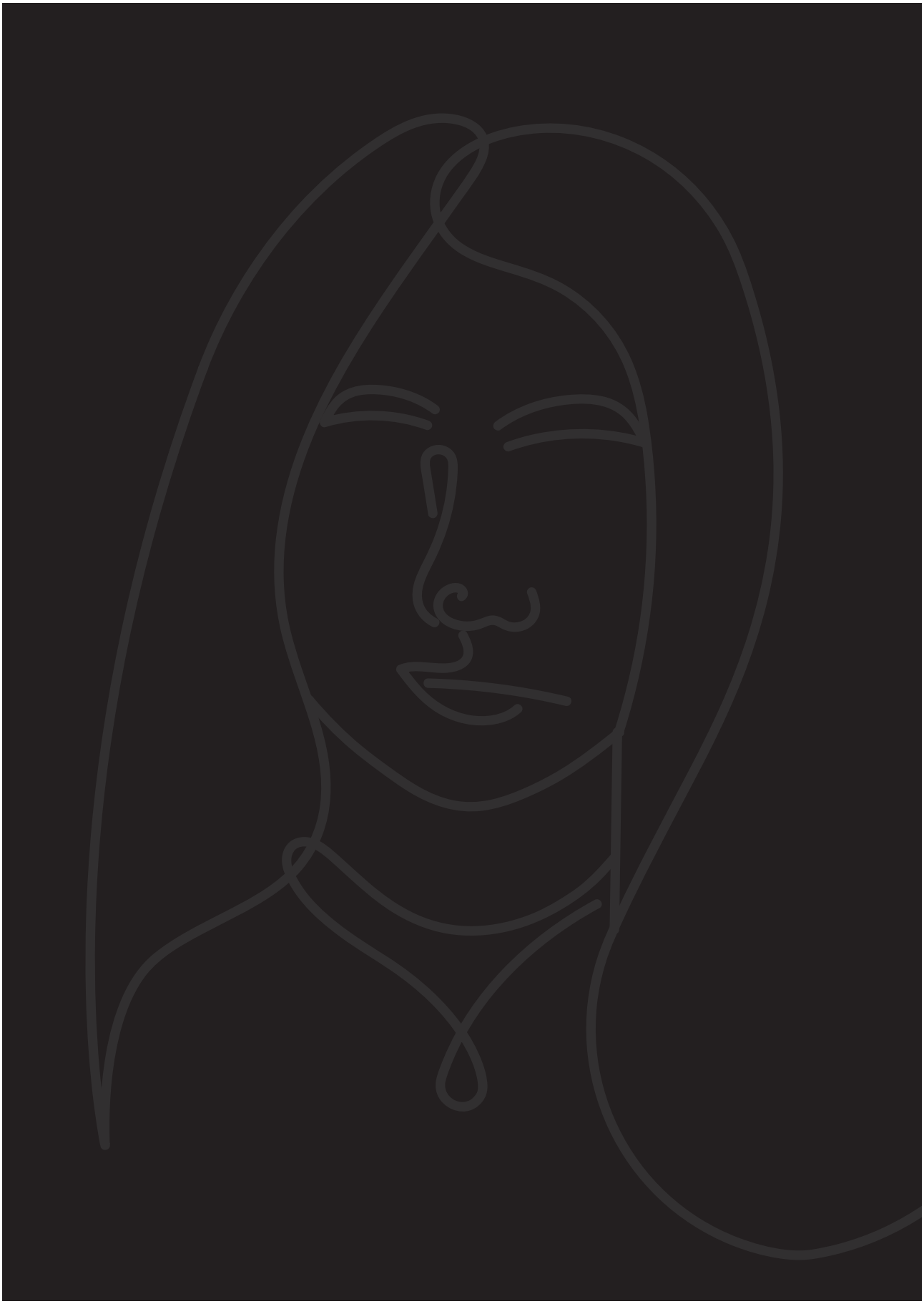
Cuento: Agua que cae
Autor: Daniel Daza Cuéllar
Tercer Lugar.

Cuento: Beto
Autor: Miguel Ángel Vidal
Finalista

Cuento: Desaparecida
Autora: Gabriela Enríquez
Finalista

Cuento: Ella es una delicia de ver
Autora: Laura Vidarte
Finalista

Cuento: Hojas al viento
Autora: Saric Loraine Díaz Blanco
Finalista



Los Pelos

Autora: Isabela Cardona Patiño
Medellín, Antioquia

Primer lugar

Los pelos es un relato que apuesta por la crudeza y lo visceral. Tiene profundidad, mantiene la tensión emocional de modo admirable y explora los matices sutiles de la relación abusiva que causa el declive mental y físico de la narradora, terminando con lo que podría ser el principio. Quien lo escribió tiene una vocación clarísima para la escritura. Sabe empezar y terminar.

Los Pelos

Isabela Cardona Patiño

Negros. Grises. Cafés. Rubios. Largos. Cortos. Medianos. Durante un tiempo los encontraba en la comida, como un castigo divino del cual yo no podía escapar. Mi garganta se cerraba al visualizarlos; con mis dedos, como pinzas dactilares, los sacaba uno por uno. El plato a medio comer se me presentaba luego. Visualizaba el pelo entre mis manos; quise guardarlos como una colección de mi desgracia, de mi mala suerte. Nunca pude hacerlo. El asco lo impedía.

Pensaba mucho en las cosas que me desagradaban por esos días, que me provocaban arcadas y náuseas: los pelos sobre la comida, el olor a tabaco, los hombres, el acné de las personas, mi propio acné a los quince años cuando tenía la cara destrozada, el vómito, las heces, los orines, la ropa sucia, las úlceras, el bazuco, los cartones mugrientos del centro de la ciudad, las ratas grandes y grises, las cucarachas, el olor a perfume cítrico, el líquido que se formaba en las bolsas de basura, la comida mojada que se quedaba en la boquilla del fregadero luego de lavar los platos, la escupa espumosa, las alcantarillas, las jeringas sucias, la verdura de la minorista, las palomas, el río Medellín, los carros de basura, los olores corporales.

Asco.

El asco me perseguía durante esa época, como si pudiera personificarse por completo. Me parecía sorprendente que la gente hubiera nombrado aquel sentimiento que se me formaba en la boca del estómago como un vacío, como un nudo. Cada vez que pensaba en el asco me

imaginaba la maraña de pelos que debía sacar de la rejilla del baño luego de lavarme el pelo. Sentía que los tenía dentro, haciéndose una pelusa enorme, creciendo como una semilla. Cada vez que veía a mi gato lamerse, pensaba en las bolas de pelo que tendría igual que él.

Dejé de comer durante varias semanas. Había encontrado en el ayuno un escape para esos pensamientos obsesivos que crecían cada vez que comía. Sin embargo, me permitía tener ciertas excepciones: la mayoría, alimentos empaquetados para evitar la visión de un pelo casero y grasiento en medio de la comida.

Las semanas se convirtieron en meses. Para ese entonces ya había bajado diez kilos. A veces me pillaba observándome a mí misma, reconociendo cómo la carne se iba pegando a mis huesos y cómo perdía el color habitual de alguien sano. Quería comer. Ansiaba comer. Sentía el vacío en la boca del estómago, sentía que mi organismo consumía la poca grasa que tenía, aunque el asco siempre ganaba. Tragar se me hacía imposible. La imagen mental que se me formaba era la de una bola de pelos enredados que pasaba por mi garganta y se instalaba en mi intestino. Los pelos se me pegaban a las paredes del estómago.

Mi abuela fue la primera que lo notó: la palidez y la delgadez extrema. Me dijo que parecía una muerta viviente, una calavera.

Las palabras se me alojaron en los bordes del cerebro igual que los pelos en las paredes del estómago.

En el aniversario de la muerte de mi abuelo fui a comer a su casa. Decidí ponerme ropa holgada para que no comentara sobre mi peso y me maquillé para disimular la palidez de mi cara. Pero ella, que me conocía de toda la vida y notaba cada cambio que ocurría en mí —interno y

externo—, me interrogó al respecto. Pensé que si le decía la verdadera razón iba a creer que estaba loca.

—Contame, mija, ¿usted por qué no está comiendo?

—Abuela, yo sí estoy comiendo. Lo que pasa es que la nutricionista me puso a dieta.

—¿Dieta? ¿Y usted para qué necesita una dieta? ¿Es por ese noviecito suyo, cierto? Deje de pensar tanto en ese hombre y en las cosas que dice o no dice. Desde que usted se fue a vivir con él, todo en su vida ha ido para atrás.

Tomás. Tomás. Tomás.

Todos mis problemas parecían pertenecerle. Él era más bien una sombra negra y distante que yo conocía, o creía conocer, lo suficientemente bien como para llamarlo pareja. A veces me preguntaba si lo amaba, con esa pasión desfogada con la que había amado a muchos de mis novios en la adolescencia, entregándome plena y puramente a ese amor.

A veces me preguntaba si él me amaba. Tal vez estaba conmigo por costumbre, como si la simple idea de encontrar a otra persona le molestara, lo predispusiera. Me hacía esa pregunta constantemente luego de la recriminación de mi abuela.

Tomás veía lo que yo misma miraba cada día delante del espejo: mi cuerpo desnudo. ¿Acaso no le preocupaba? ¿Acaso lo notaba? ¿Acaso yo era un cuerpo inerte debajo de su cuerpo inerte? ¿Era consciente de que yo era otro ser? ¿Con quién me acostaba? ¿Me acostaba con un desconocido que decía amarme?

Una noche, dándole la espalda, fingiendo que dormía —porque por esos meses solo podía soñar con el asco, ese asco que parecía padecer como una enfermedad—, lo sentí acariciarme la columna vertebral. El contacto de su piel fría con mi piel caliente me hizo moverme un poco.

Él siguió acariciando, luego palpó las costillas, los huesos que sobresalían de los hombros. Sus manos exploraban mis huesos.

Aunque sus caricias eran casi imperceptibles, las notaba vívidamente. Fue la única vez que sentí que me amaba, al menos de verdad; que amaba esa parte repugnante que existía dentro de mí y que no le asustaba. Yo sabía que él sabía que algo no estaba bien. Me tuve que convencer de que era cierto, para no deprimirme. Para no morirme de dolor. Para no matarme.

Yo conocía a Tomás; cualquiera que me conociera sabría que no habría hecho esa declaración si no fuera consciente, de una forma abismal, de que lo hacía. Reconocía su sombra en cualquier lugar. Sabía su rutina íntima, la que no le contaba a nadie, la que uno solo llega a conocer si duerme en la misma cama con él: el cepillo de dientes mal colocado, el desodorante en gel que compraba —el único que le gustaba—, la cicatriz que se había hecho a los quince años jugando con su hermano en el mentón.

Sabía la historia de sus huesos rotos, reconocía la forma en la que dormía y en la que fingía dormir, la hora natural en la que se despertaba, su cerveza favorita para cada ocasión, su pasión por el fútbol —que solo permanecía como un recuerdo de que alguna vez su padre existió y de que eso fue lo único que los unió por un tiempo—.

Yo sabía de la sensación escalofriante que padeció cuando le dijeron que su papá se había muerto; lo que hizo las horas siguientes, lo que dejó de hacer los años posteriores.

Yo conocía a Tomás y, a la vez, sentía que nunca lo iba a conocer del todo. Una vez mi mejor amiga me había dicho que por eso seguía con él: porque creía conocerlo y, a la vez, había una parte de su ser que no podía alcanzar. Que era un vicio absurdo. Que eso no era amor.

Porque si hubiera sido amor, habría reconocido mi asco.

El asco repercutió en cada esfera de mi vida por esa época, haciéndose inmenso. El acto sexual parecía una diligencia, algo que yo hacía por entregarle a Tomás una satisfacción que no le podía dar de ninguna otra forma. Dejé que se acostara conmigo, una y otra vez.

Lo notaba encima mío como un animal rabioso, saliendo y adentrándose en mí. Yo permanecía quieta, y los pelos se me empezaban a amontonar en la cabeza: los pelos de las ratas, de mi gato, los pelos púbicos, los pelos microscópicos que debían de haber en esa misma cama donde estábamos teniendo sexo, los pelos de las vacas, los pelos ásperos, los pelos sucios, los pelos del pecho de Tomás —que no se afeitaba, aunque yo los odiara—.

Ahí estaban, todos esos pelos, mirándome fijamente.

Acostarme con Tomás era como un pelo largo y negro encima de mi comida. Luego de un tiempo dejé de pensar cuando lo hacíamos; trataba de vaciar mi mente, fingir que yo no era la que estaba ahí, sino otra. Otra. Otra. Otra. Una y otra vez, era como tragarme miles de pelos púbicos cuando lo hacíamos.

Saborear vómito.

Sabía, de igual forma, que no era realmente difícil fingir placer cuando sientes asco. Interpretar es, en general, demasiado fácil si eres una mujer.

Solo una vez no pude contenerme: las náuseas fueron más fuertes que el deseo de que él sintiera placer, y tuve que vomitar en la papelera de la habitación.

Tomás no me volvió a tocar. Su molestia era peor que el asco que yo sentía. Intenté reparar de todos los modos posibles la relación, pero su deseo se convirtió en rechazo.

Y el mío se había convertido, desde hacía muchos meses, en desagrado.

Los días consiguientes a ese hecho fueron los más dolorosos de mi vida. No por su falta de amor, ni por su ausencia, ni por su rechazo: era su tranquilidad. Su serenidad me intranquilizaba.

Su exceso de sueño, su apetito voraz, su risa, sus ojos sin ningún disturbio, ningún temor, ningún dolor. Él me parecía un ser indolente, vacío, impávido. Parecía existir sin un rastro de culpa, de miedo, de angustia o de desagrado. Parecía estar exento de todas las cosas que yo padecía.

Y me empezó a dar asco todo aquello que antes amaba de él o creía amar: su voz ronca por las mañanas cuando apenas estaba abriendo los ojos y yo apenas los estaba cerrando; cómo me preguntaba si había dormido bien; su risa al contarme un hecho tonto que parecía abstracto; su manera de tocarme sin tocarme; sus ojos entreabiertos que parecían mirarme, pero sabía que no lo hacían; sus manos frías dentro de mis manos calientes; su obsesión por el café y sus miradas desaprobatorias cuando abría una botella de vino.

Su falta de higiene me causaba repudio. O tal vez era mi obsesión por aniquilar cada parte que pudiera contener algún vello. Afeitarme se me había convertido en un vicio: la cuchilla subía y bajaba, aniquilando cada espacio que me atormentaba.

Nunca había sentido esa necesidad de mutilar cada parte de mí: los brazos, las piernas, la vagina, las axilas. Todo debía quedar limpio. Todo debía permanecer lampiño.

Tomás, por el contrario, era una fuente de pelos que iba creciendo, como un virus que nadie aniquilaba, porque a él no le importaba. Nunca le había importado.

Nuestra relación empezó a distanciarse con el silencio creciente de nuestro asco. Desde que nos habíamos mudado juntos, a los diecinueve, yo creía conocer su distancia, pero ese puente que se había formado entre nosotros parecía imposible de traspasar.

Sabía que, de un modo u otro, aún me amaba. Trataba de que comiera sin preguntar en exceso por qué ya no lo hacía. Me preparaba mis comidas favoritas, intentaba que no pensara mientras lo hacía. Me acariciaba el pelo enredado, y cuando sentía que estaba a punto de vomitar, me agarraba el pelo largo y negro que había sido mi orgullo y lo que más me gustaba de mí misma desde que tenía uso de razón.

Sentía sus manos calientes sobre mi espalda esquelética, los nudillos acariciando mis hombros, sus dedos moviéndose lentamente entre mi clavícula y mi pecho cuando no podía dejar de mirar el techo en la oscuridad creciente de nuestra habitación y de mi vida.

Creo que uno se enamora de ciertas cuestiones a lo largo de su vida. Una de ellas, para mí, fue la ausencia. Me encapriché con la ausencia de las personas desde que mi padre me abandonó.

Decía mi abuela que a las mujeres como yo los hombres con los que nos chocábamos nos enseñaban a amar. Nunca comprendí qué suponía eso. Las mujeres como yo... ¿cómo eran las mujeres como yo?

Después entendí que, en el fondo, los hombres de los que hablaba mi abuela eran los hombres como mi padre.

Yo me enamoré de la ausencia que proyectaban los ojos de Tomás: la incapacidad y la facilidad con la que me leía, un cuadro de contradicciones, una probabilidad que podía o no consumarse, un azar que yo debía jugar cada día.

Una cara de moneda que sacaba cada día.

Asumí su rabia desde que lo conocí. Lo amé porque yo nunca tuve esa capacidad para sacarla de mi organismo. La dejaba atorada, para que me consumiera.

Supe entonces de su necesidad por la adrenalina, por las peleas a machete y a pecho descubierto; su mirada de toro hambriento, su postura de mendigo y de animal herido. Conocí la sangre entre sus uñas, su grito desgarrado, sus dedos pálidos al apretar la piel.

Mis amigas me preguntaban por qué seguía con él. A veces las miraba con esos ojos dubitativos tratando de decirles que yo no estaba con él, estaba con una sensación. Esa sensación que me perseguía a cada instante.

Sin embargo, nunca supe cómo explicárselos concretamente. Había algo en Tomás que me hacía nunca dejarlo. Por ese tiempo, los pelos tampoco lo hacían.

Tomás contaba los días de la semana; yo no. Por ello me recordaba concretamente cuándo había hecho tal cosa que yo no recordaba haber hecho.

La primera fue raparme, en un impulso devorador del cuerpo. Tomás había encontrado la maraña de pelos negros y largos en la basurera del baño. Nunca me regañó; más bien, supo por qué lo hacía. Actuaba de la misma forma regular con la que yo lo hacía. Puede que nunca le haya importado; lo único que importaba, para mí, era que se hubiera quedado.

Después fueron las cejas. Tampoco dijo mucho. Acariciaba mi cara en silencio por las noches. En el fondo me gustaba que lo hiciera, que tocara la piel lampiña e imaginar su lástima y su asco recorrer su cuerpo.

No recordaba con exactitud cuándo comencé a arrancarme las pestañas, pero la imagen mental de la primera pestaña caída sigue fresca y precisa en mi memoria.

Había guardado las pestañas en un cofrecito café que me había regalado mi mejor amiga cuando cumplí veinte años, cuando todo era común, ordinario y puede que insulso.

Mis dedos arrancaban cualquier tipo de pelo a la vista, por el asco común al cual estaba sometida.

Creo que Tomás no se alarmó hasta que rapé a Limón, nuestro gato peludo y negro de tres años. Fue la única vez que miré en sus ojos cierta duda, cierto pánico, cierto dolor. Pero que no se apoderaba de él.

Ninguna emoción se apoderaba de él del todo, al menos no una que no fuera la rabia. Y desde hacía tiempo yo era un ente que ni siquiera provocaba rabia. Tal vez molestia, compasión, inquietud, preocupación. Sin embargo, sabía que mi estado no lo hacía perder los cabales.

Nunca entendí por qué.

No supe en concreto cuánto tiempo había pasado desde que había encontrado el primer pelo en la comida hasta los episodios siguientes. Un comentario insignificante de Tomás me hizo darme cuenta de que habían pasado cinco meses y de que pronto sería mi cumpleaños.

Cuatro meses desde que había perdido mi trabajo. Tres meses desde que Tomás había dejado de tener sexo conmigo. Dos meses desde que me había rapado. Y así empecé a tener conciencia del paso del tiempo sobre mi cuerpo esquelético, mi mente desabrida, mi tristeza, mis ansias y mi asco.

Cuando cumplí quince había imaginado un sinfín de cosas para mi vida. Había planeado casarme a los veintinueve, tener hijos a los treinta, viajar, enamorarme, emborracharme, salir de fiesta. Los veinte se suponía que iban a ser los mejores años de mi vida.

Para mi cumpleaños número veintitrés había imaginado cierto tipo de cosas que quería tener, conseguir o ser. Pero

para ese entonces, a dos semanas de mi cumpleaños, me había dado cuenta de que no era ni tenía lo que tanto había soñado.

El día de mi cumpleaños todo sucedió con una absurda "normalidad". Tomás me cantó el cumpleaños antes de irse a trabajar. Me hizo el único desayuno que yo recibía por ese entonces: un batido de fresas y unas galletas en un sobre. Me compró una cámara, la que tanto le había pedido años atrás, y me besó por toda la cara.

Por un momento pensé que todo podía mejorar, que podía salir del estado en el que me encontraba. Aunque para mí no era un "estado", era mi vida.

Mi mamá no me había visitado desde hacía unos meses, cuando todo estaba, al menos, medianamente bien. Nadie de mi familia me había visto. Sabía que no habían insistido en buscarme porque era normal que yo desapareciera de vez en cuando. Lo había hecho desde que me mudé sola con Tomás.

Desaparecía y reaparecía, y todo estaría bien.

Cuando mamá cruzó la puerta ese día con un pastel de cumpleaños y una enorme sonrisa, supe que había algo extremadamente mal en mí. Su rostro reflejaba sorpresa y, de un modo u otro, repugnancia.

—¿A vos cómo se te ocurre? —fue lo único que dijo.

Lo siguiente fue una sucesión de actos humanos en los que mi mamá me veía como una obra de caridad. Es fácil hacerlo cuando estás enferma física y mentalmente.

Recuerdo que me bañó. Me imaginé mis pechos al descubierto, la perspectiva de mi madre viendo los huesos de mis costillas, de mi columna, de mis piernas, de mi cara. Sus dedos, igual de largos que los míos, se ocuparon de la mugre y del asco.

Mi mamá no paró de hablar, aunque no recuerdo con exactitud qué era lo que tanto me explicaba. La fiesta se había cancelado. Mi mamá había llamado a emergencias en el momento en que me encontró de esa forma en el salón de mi apartamento.

Escuchaba los gritos de Tomás y de mi mamá; el tono de las voces se iba apagando y encendiendo con el recuerdo.

Yo sé que era con el recuerdo: de parte de mi mamá, con la memoria de la piel pegada a mis huesos; de parte de Tomás, con el recuerdo de mi boca masticando el desayuno de esa mañana.

La negligencia y el cuidado de ambos me contraían el corazón.

"¿Por qué?", me había preguntado Tomás las semanas anteriores, cuando creía que yo dormía. Esa pregunta deambulaba constantemente por mi cerebro. Era un rechazo inevitable a la vida y yo no sabía cómo deshacerme de él.

La sala de espera del hospital era lúgubre, aunque higiénica, al menos. Completamente blanca.

Los espejos me perseguían. Me obsesionaba ese reflejo: me horrorizaba, me entristecía y, por alguna razón, me tranquilizaba.

La gente me miraba al pasar como si fuera un bicho raro: sin pestañas, ni cejas, ni cabello. No había ningún pelo alrededor que les dijera que era una persona normal. Pero yo no era una persona normal.

Una persona normal no haría eso. Una persona normal no la habrían internado. Una persona normal no se habría autoflagelado. Una persona normal no se mataría de hambre lentamente por asco. Una persona normal no tendría esa náusea atragantada.

Yo sí.

Los siguientes meses pasaron despacio, advirtiendo la nueva dieta que me suministraban. El tratamiento psiquiátrico eran unas pequeñas cápsulas que me obligaban a la presencia no distorsionada.

El pelo empezó a crecer, incluso desproporcionadamente, ya que no nos daban cuchillas de afeitar. Nunca quise molestarme en decir que yo no me iba a suicidar, incluso cuando tenía la certeza de que no lo haría. Quería acostumbrarme de nuevo a esos minúsculos pelos que crecían como selva en mi cuerpo.

No volví a encontrar pelos en mi comida.

Prefería aquello, aunque la comida fuera insípida.

Tomás me visitaba casi todas las semanas. Hablaba con él como cuando no nos conocíamos y no se nos era permitido tocarnos —al menos así lo pensábamos—, para que el otro no se asustara demasiado con la cercanía.

Cada vez que lo miraba tenía esta especie de convicción de que me amaba. Me amaba.

Cuando conoces el delirio entiendes lo que significa verdaderamente la incondicionalidad, el amor y la repulsión. Tomás me amaba en esa repulsión con una incondicionalidad permanente.

Me dieron de alta el 1 de octubre de ese año. Me vi en el espejo del coche de Tomás: había reconocido las pestañas, las cejas y el cabello medianamente largo. Tragué saliva. Quería creer que todo estaría bien, que nada malo sucedería, que la repugnancia no estaría encima de mí, que ya me había recuperado por completo.

A los diez días supe que era mentira.

Había sentido un pelo largo en mi boca cuando estaba comiendo. El simple reconocimiento de ello me hizo vomitar la comida que mi mamá me había preparado en un intento por ayudarme.

Sentía las cosquillas en mi garganta, las arcadas, los ojos vidriosos, todo el asco palpitando dentro de mí.

Los días pasaron y me obligué a comer, a fingir que estaba bien. Yo no estaba bien. No sabía si algún día lo volvería a estar.

Lo supe con seguridad en nuestro cuarto aniversario, en el cual Tomás había decidido prepararme una cena. Se había empeñado en que todo quedara perfecto y fuera de mi gusto. Sabía que Tomás quería que las cosas volvieran a ser como eran antes; sin embargo, no sabía si esa versión de mí misma todavía existía.

Pero quería dársela. Cuando amas a alguien con esa insistencia, quieres darle todo lo que desea.

El plato enfrente se me presentó: pasta carbonara cremosa, mi favorita, con vino. Los cubiertos al lado del plato, la sonrisa alineada de mi novio, perfecta por la genética perfecta que le habían heredado sus padres.

Cogí el tenedor y lo hundí en la pasta mientras tragaba saliva. Imaginé todos los pelos que podría haber en ese simple bocado.

Tomás hablaba y decidí enfocarme en el sonido de su voz, en la historia que me contaba con una felicidad exorbitante.

La comida disminuía en su plato, y en el mío seguía casi intacta. Me forzaba a tragar, una y otra vez, hasta que no pude hacerlo más.

Tomás preguntó si no quería comer más. Yo le dije que no.

Por algún motivo supe que, si continuaba comiendo, terminaría por vomitarlo todo, y no quería llegar a ese estado de nuevo.

De igual forma, supe que Tomás se había enojado. Había aprendido a reconocer el ligero cambio de actitud cuando quería que no lo notara.

Le agradecí por la cena. Le dije que yo lavaría los platos y arreglaría la cocina.

Entendía que su ira aún no lo consumía. Me precipité hacia él, besándolo con una fuerza desmedida, con una pasión desfogada. Lo deseaba como nunca lo había deseado.

Sabía que había tenido sexo con otras desde que me internaron. Los pelos rubios en el inodoro del baño eran una clara señal de que lo había hecho.

Pero no me preocupaba aquello. Creo que me preocupaba más el hecho de no volver a ser suficiente para él, de no volver a satisfacerlo.

Quería probarle —y probarme a mí misma— que era mentira, que sí podía hacerlo.

La imagen volvió a recobrar fuerza en el instante en que me penetraba: los vellos en mi comida, en mi estómago.

La náusea era más fuerte, impuesta, decidida.

Al momento siguiente corrí desnuda hasta el baño, donde expulsé con desesperación la cena de nuestro aniversario.

Las rodillas pegadas al piso helado del baño me producían una sensación de estabilidad en un mundo donde todo daba vueltas.

Podía sentir las cosas externas a mi alrededor, viéndolas sin ver.

Tomás se acercó a mí. Al principio, sus movimientos eran suaves, con una calidez insoportable; cada gesto era una pequeña caricia, hasta que ya no lo fue.

Cuando dejé de vomitar, el peso de su cuerpo se apoyó en el mío, apresándolo contra el inodoro. Sus manos grandes y fuertes cogieron mi cara con violencia. Sentí un sabor metálico inmediatamente en los costados de la boca.

Volteó mi cara hacia la suya. Sus ojos, completamente negros, contenían una rabia que nunca había conocido, ni siquiera en sus peores días.

En esos ojos encendidos con una distancia impermeable era capaz de reconocer mi rostro con miedo y, a la vez, con un cansancio impuesto, sin sorpresa.

Sus dedos abrieron mi boca. No intenté forcejear. Con la mano izquierda agarró la papelera del baño.

Trataba de zafarme, cada vez con más desesperación, en el momento en que vi la bola de pelos enmarañados acercándose hacia la entrada de mi boca y el comienzo de mi garganta.

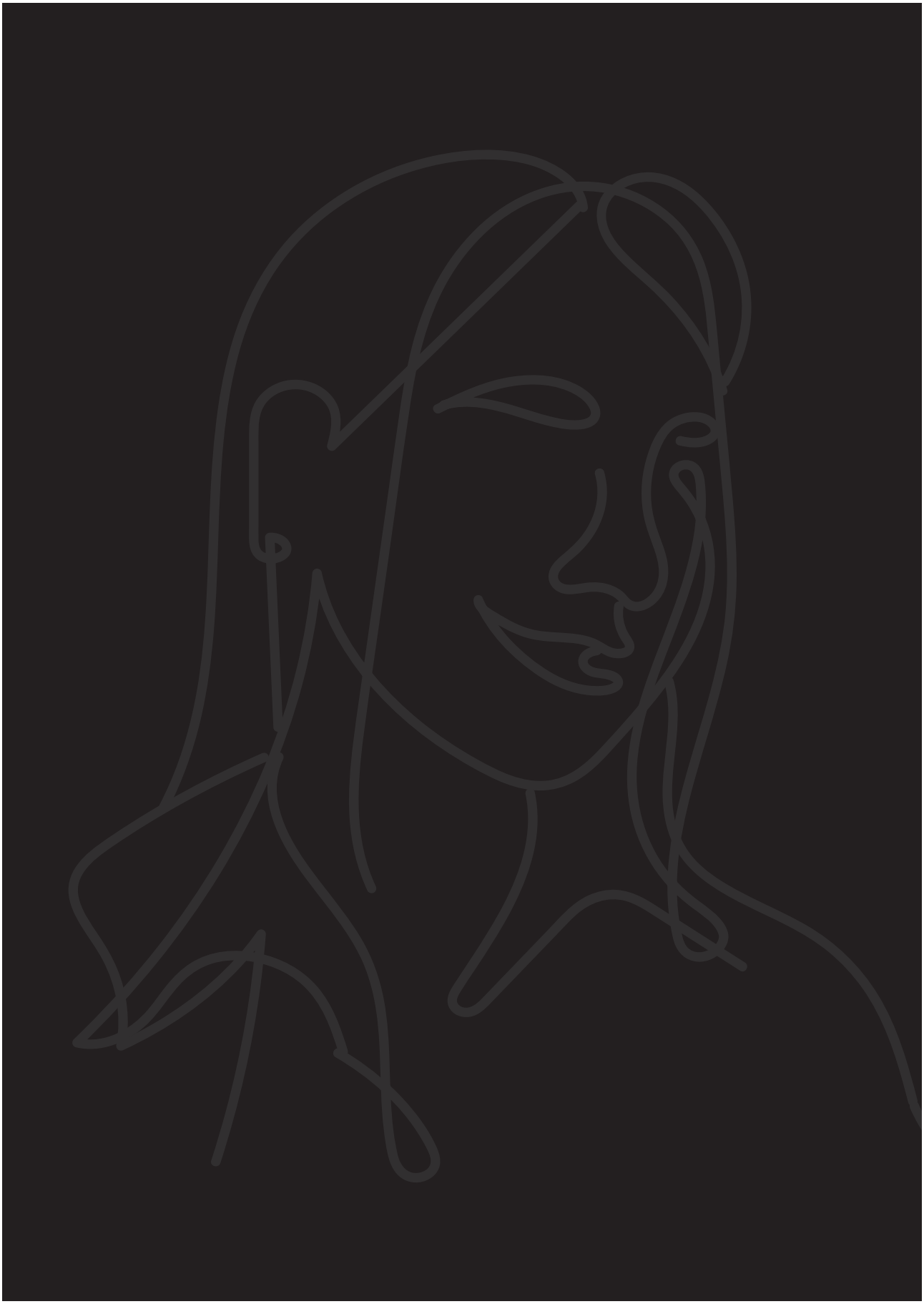
Los pelos se enredaban en mi lengua y en mi paladar; sentía su textura en la boca, nítidamente.

Necesitaba escapar. Sin embargo, la energía de su cuerpo era absoluta en comparación con la mía. Acaparaba cada parte de mí sin esfuerzo, mental y físicamente.

Había algo de cinismo en su rostro, de maldad pura. Debía divertirle saber cuánto me torturaba.

En ese instante, en el que su piel tibia, desnuda y sudorosa por el sexo se juntaba con la mía, con sudores fríos por las náuseas, él sabía que me estaba lastimando de una forma en la que nunca lo había hecho.

Ahí, en el piso helado del baño, con un amor —o tal vez con un asco contrariado—, tragué.



C4T

Autora: Isabella Romero Castaño
Cali, Valle del Cauca

Segundo lugar

C4T es una historia muy bien lograda desde el punto de vista del conflicto narrativo. Es semidistópico, quizás se adelante solo un poco a lo que nos depara la robótica. Tiene unos apartes francamente brillantes. Quien lo escribió tiene vocación genuina para la escritura. No se alarga adrede, cosa que se agradece. Sabe culminar una narración con tino.

C4T

Isabella Romero Castaño

Comenzó uno de esos domingos en que ninguno de los dos tuvo escapatoria. Mi mujer y yo fingíamos ver una película de la que no recuerdo el nombre. Hacía tiempo que los poscréditos llenaban la pantalla oscura, pero ni ella ni yo intentamos apagar la TV, darle replay o al menos decir: "¿Estuvo buena, no?", para que el otro respondiera con un quejido y pudiéramos dar por terminado nuestro día.

Mientras mirábamos la larga lista de productores, un golpe que provenía de nuestro cuarto nos obligó a ponernos de pie. Al abrir la puerta, el robot doméstico que hacía poco habíamos comprado salió disparado, tropezando contra mis pies. Intentó girar y seguir otra ruta, pero antes de lograrlo lo levanté del suelo y revisé los cepillos, la batería, la conexión a internet: no había ningún error.

Mi mujer dijo que requería de atención, así que nos encerramos en el cuarto y lo observamos hacer su trabajo. La acción se repitió: ni siquiera terminaba de asear debajo de la cama y ya salía corriendo a estrellarse contra la puerta. Intentamos reiniciarlo. Le dimos algunos golpes. Encender y apagar tres veces. Cuatro. Lo golpeé un poco más. Nada funcionó. Alegué sobre estafas, la acusé por sus malas inversiones —¡como si necesitáramos algo así en esta casa!—. Ella me recordó que fui yo quien lo compró.

Después de quedarnos un rato en silencio, mirando como tontos al robot, señaló:

—¿Y si es un caso de aislamiento? Siempre está solo en el cuarto.

—¿Un robot? ¿De verdad?

—Las máquinas son muy sofisticadas hoy en día. Quizá si le dejamos la puerta abierta se sienta más tranquilo.

Comenzamos a monitorearlo. En las mañanas, mientras ella hacía el desayuno, yo encendía su base y abría la puerta del cuarto. Él se demoraba en iniciar el sistema y aún más en arrancar la ruta de limpieza, así que yo le daba sus buenos golpes para que echara a andar.

Entendido el mensaje, el robot aspiraba los bordes sin nunca despegarse de la pared. Luego escogía un recuadro de cerámica, se guiaba de las ranuras para avanzar y al final pasaba el resto del día debajo de la cama, en vez de regresar a su base.

—Ya se le pasará —decía ella mientras retomaba la limpieza por quinta enésima vez del mismo plato de flores azules.

No sabía si creerle. El comportamiento del robot era extraño. ¿Por qué, si le abrimos la puerta como mi mujer dijo, no buscó chocarse de nuevo? ¿O seguir derecho? La máquina estaba atrofiada: ¿cómo era posible que, una vez frente a la puerta, decidiera retirarse, limpiar y luego esconderse debajo de la cama hasta agotar su batería?

—Primero peleas porque se pega y ahora porque duerme. ¿Quién te entiende?

Aunque tenía razón, muchas veces me pregunté por qué habíamos comprado el robot y si, para ella, su presencia significó un nuevo tiempo libre que, en vez de darle espacio al ocio, al descubrimiento de un hobby o amistades diferentes, la hacía pensar y pensar sobre lo

mismo. Era tan evidente que no valía la pena ni hablarlo. Su comportamiento se tornaba predecible; casi no hablaba, salvo para mencionar las mismas cinco historias de siempre. Creo que, si los platos pudieran desteñirse, hace mucho habríamos comprado otra vajilla.

Un día llegué a casa por fuera de mi horario habitual. La encontré enfrente de la puerta de nuestro cuarto.

—Ven, tú puedes. Solo es un paso.

El robot, en vez de estar debajo de la cama, se había acercado a la puerta, justo en la línea divisoria entre la entrada a la pieza y el inicio del pasillo. Le pregunté qué hacía y el robot giró sobre sí mismo y se escondió de nuevo, parecido a un niño asustado.

—Es inteligente. Creo que de alguna manera identifica quiénes somos y qué queremos. Él sabe que…

—¿Qué quieres que haga? Dilo.

—Deseo que esté siempre con nosotros —dijo, y en su cara pude ver una mirada distinta, de interés, como quien se emociona ante lo nuevo: la mirada de una promesa.

No lo pensé mucho. Después de algunas búsquedas en internet pude acceder al mapa mental del equipo. Le di un nuevo plano de la casa con las zonas comunes y las más importantes dentro de la limpieza. Su actividad mejoró.

A pesar de ser un robot pequeño, de pobre depósito, sus esfuerzos eran incomparables. Ya no tardaba en comenzar sus quehaceres y el cuarto quedaba listo en menos de diez minutos. Pero, aunque ya no se escondía debajo de la cama, sí permanecía estático sobre la línea divisoria entre el cuarto y la sala, mirándonos a través de su pantalla gris. ¿Qué tanto pensaba?

—Esa máquina está descompuesta —alegué. Ella se quedó varios días pensativa, yendo de nuestro cuarto al pasillo, intentando animar al robot para que la siguiera. A veces mi mujer parecía una loca y, aunque eso me gustaba, no sé si se pasaba de la raya.

—Lo que le falta es un nombre —soltó mientras estaba en mi turno del monitoreo matutino. Hice caso omiso a su comentario y continué con mi método eficaz para arreglar cualquier tecnología: los golpes.

De nuevo, nada funcionaba. Internet no tenía respuestas. Al parecer, con solo la configuración del mapa era suficiente. Le propuse a mi mujer devolverlo a la empresa y que nos dieran un reembolso.

—Si quieres pedimos otro, pero este ya no fue —dije, y ella me abrazó.

—Un nombre, eso es todo lo que necesita, por favor.

Desistí de la lucha y respondí con los últimos dígitos de la serie de referencia que traía en la caja de fábrica.

—C4T.

Contra todo pronóstico, al par de días el problema se solucionó. Bastó con que cada mañana mi mujer dijera: “Hola, mi C4T” para que el robot por fin siguiera el mapa de la casa. Sin dar mucho crédito al inicio, comencé también a llamarlo así para complacerla a ella. Pero había algo en él que se iluminaba cuando venía hacia mí, tanto que al poco tiempo me pareció tierno y divertido. Una forma extraña de cariño, digamos, como si tropezarse pudiera ser una caricia.

Poco a poco, los ruiditos que hacía al iniciarse o al retornar a su base se fueron alargando. La secuencia de chillidos metálicos asemejaba onomatopeyas o, en su defecto, los balbuceos de un bebé.

Una noche, mi mujer se acostó temprano dizque para enseñarle una rutina de descanso.

—Luego no nos deja dormir, hay que enseñar estas cosas a tiempo.

¿A tiempo para qué? —pensé mientras miraba por enésima vez la repetición del mejor partido de la Tricolor.

La rutina de sueño fue solo para ella, pues, de repente, C4T chocó con la hilera de cervezas que había dejado en el suelo. No sabría cómo describirlo, pero el chillido que hizo me paralizó. Creí entender mal.

Él redireccionó sus rueditas y, con toda la velocidad de la que era capaz, fue a chocar contra mis pies. Al alzarlo para llevarlo de nuevo a su base y apagarlo, volvió a hacerlo: emitió dos sonidos breves, dos sílabas separadas apenas por un par de segundos.

Mi mujer tenía razón: nos reconocía. Sabía lo que deseábamos. Interpretaba quién era él dentro de nosotros y actuaba en consecuencia.

No pasó mucho tiempo hasta que desarrolló una especie de lenguaje único. Tampoco era sofisticado: más bien se trataba de un señalamiento para conseguir las cosas que deseaba.

Fue así como comprendimos que quería un depósito más grande. Entendí que de esta forma él seguiría su labor y nunca tendríamos que volver a barrer o incluso trapear.

Mejoré sus equipos, hice nuevos ajustes en los mapas de la casa para que accediera a sitios más profundos, incluso le permití entrar al cuarto que teníamos abandonado, así mi mujer no tendría excusa para permanecer allí.

Él estaba feliz: los dos puntos verdes que eran sus ojos brillaban en la pantalla led. Incluso aprendió a cotillear con ella en la cocina.

Mi mujer le contaba lo mismo de siempre, de sus tres únicas amigas de las que se había alejado, de cómo todas estaban embarazadas, aunque la verdad era que sus hijos ya tenían un año. Ella omitía esta parte; sabrá Dios por qué. Son cosas que jamás entenderé.

Lo que sí hay que decir es que, en algún momento, C4T comenzó a chillar cada vez que hablaban del tema. Quería conocer más de la historia, al parecer. Ella guardó silencio.

—No más detalles.

Escuché que dijo un día desde la cocina y después sonó un estruendo: los platos con flores azules estallando contra el piso, C4T llorando sin parar mientras corría al cuarto a esconderse debajo de la cama.

Biip. Biip. Biip. Biip.

Esperé a que dejara de lanzar los platos; sabía que si me movía, el siguiente iría contra mí. Fui lo más paciente que pude, pero el llanto era cada vez más intenso, hasta que finalmente lo escuché: dos sonidos graves y separados. Me llamaba. Ella también lo debió de entender, porque los ojos se le encharcaron y bajó el plato que estaba a punto de lanzar.

Al entrar, levanté a C4T en brazos. Revisé cada compartimento: si bien tenía un rayón en su cabeza negra mate, era algo que podíamos solucionar. Le dije que estuviera tranquilo y me quedé meciéndolo mientras su llanto se apaciguaba.

Biip.

Y luego, más tarde, otro biip bajito, hasta que su pantalla se oscureció y pude dejarlo en su base. Mientras tanto, mi mujer recogía los trozos quebrados de los platos de flores azules.

Aunque C4T estaba bien, por precaución le prohibí volver a entrar a la cocina.

—No estás lista. Se acabó.

Fue lo único que le dije, y al otro día compré una nueva vajilla.

A la hora de la cena, era su turno conmigo. Descubrí que le gustaba el fútbol, porque chillaba cuando yo gritaba por un gol. Sentado a mi lado a la hora del partido, comentábamos estrategias de partida. Él comenzó a predecir, no sé con qué algoritmo, las probabilidades de que ganara o perdiera tal equipo.

Equipo rojo, ganar, eran dos biip.

Salir de la B, cinco biip.

Y a mí me parecía que cinco era un sobreesfuerzo, como si en el fondo no creyera que fuera posible. Luego pensaba que todo hijo bien portado se muestra serio y respetuoso con el equipo favorito de su padre. No había otra manera.

Comencé a apostar con lo que decía C4T. Le prometí que si ganábamos le compraría extensiones útiles. Algunas veces su predicción fue exacta. Otras, un engaño amoroso.

Con el dinero recaudado le compré más espacio en la nube, actualización de software, acceso a inteligencias artificiales, etc. El tipo que me lo vendió dijo que no era posible que un robot así tuviera acceso. Yo respondí que nadie nos diría qué se podía y qué no.

“Véndalo y ya”, dije.

En otro tiempo, mi mujer nos hubiera mirado con decepción. Diría que era demasiada libertad, que lo mejor serían juguetes sencillos para entretenerlo: más lectura y menos vicios.

Ahora que C4T no entraba a la cocina, la casa entera disfrutaba de su silencio. Ella estaba tan concentrada lavando la nueva vajilla, murmurando cosas sin sentido.

Perdimos a C4T en la misma época en la que a mi mujer se le caía el cabello por montones. Decía que era el estrés, pero creerle a estas alturas era difícil: siempre, en el mismo momento del año, pasaba algo semejante. Si no era el cabello, eran las uñas, los atracones de comida, la anorexia momentánea, etc.

Con tanto cabello por la casa, nuestro C4T se atragantaba; se movía lento, como si estuviera enfermo. No importaba cuántas veces vaciara su caja, siempre estaba llena de pelo.

—Es la rabia —dijo una vez ella, y luego agregó—: ya está en ese momento, quiere libertad.

—¿Libertad? ¿Y por qué a mí no me ha dicho nada?

—Son cosas que solo las madres entendemos.

Según ella, C4T le había pedido que sacáramos su base del cuarto y la pusiéramos fuera de casa. Como no le dio permiso, él comenzó a comerse su pelo: una forma de protesta.

Yo la acusé:

—Él no sabe lo que hay en el suelo, solo lo come y ya.

—Ya no está pequeño, y no todo se lo lleva a la boca, lo sabes.

Era verdad: muchas veces C4T solo pasaba por encima del mugre, sin recogerlo. Otra cosa del desarrollo, supongo. Se ponen tan pesados.

Cuando le pregunté a él el porqué, su pantalla se apagó. No quería hablar.

—Le dije que no estás de acuerdo, pero no entiende. Te odia.

Estuve muy triste. Le pedí varias veces a ella que me explicara. Desconocía si era una de esas fases de rebeldía. Al final logró convencerme de que una casa no era suficiente espacio para nadie, menos cuando no se conoce el resto del mundo.

—Nuestro deber es ayudarlo a crecer.

Pusimos su base fuera del apartamento. Instalé varios conectores cerca para que pudiera cargarse y, además, le compré una cámara que se conectaba a mi computador.

—Libertad sí, pero seguridad también —les dije, y ambos torcieron los ojos a su manera.

Eran tan parecidos mi mujer y C4T. Tan misteriosos. No se podía hablar con ellos.

Aunque siempre quise saber por qué tanto alboroto con la independización de la casa, ella daba largas y el otro se escondía —ya no debajo de la cama, sino en su base, fuera del apartamento—. Supuse que era algo normal, que en algún momento tenía que pasar, que era una de esas cosas que solo él podía hablar con mi mujer; cosas que yo no entendería por mi apego.

De todas formas, hay que decir que tampoco quería mucho la respuesta: tenía miedo de escucharla. Así que lo permití, siempre y cuando fueran solo unas cuantas horas al día.

—No te hace falta más, hijo.

Hubo un día, en la mañana, en que C4T no había querido barrer las sobras de la cocina y andaba pegado al borde de las paredes. Lo vi entre triste y molesto.

Después del trabajo paré en una tienda de tecnología y le compré un cepillo nuevo, con cerdas de primera calidad y un software que permitía conectarlo al televisor; así él podría cambiar los canales y distraerse mientras yo estaba ausente.

Al llegar a casa después de la compra, no lo encontré en la entrada esperándome. Saludé y nadie respondió. Dejé la maleta y los regalos en la sala. Escuché el ruido de las rueditas de C4T: el sonido provenía del cuarto del fondo, al que hacía mucho que no entrábamos, si no era para la limpieza.

Al acercarme, encontré a mi mujer sentada, abrazada a sus rodillas, con la cabeza metida bajo los brazos. El cabello revuelto, los espacios vacíos llenos de costras, como si ella misma se hubiese arrancado los mechones. Su espalda temblaba.

C4T estaba atascado con un calcetín diminuto que le impedía el paso. No sé cuánto tiempo tendría así, porque sus ojos verdes volvieron a ser solo una pantalla gris.

Lo cargué entre mis brazos para tranquilizarlo. Le dije que todo estaba bien, que ya había llegado a casa y lo solucionaría. Le saqué el calcetín azul y lo tiré al suelo.

Una vez me aseguré de que estuviera bien en su base de carga, volví por mi mujer. Ella me miró fijamente, con rabia. Hacía mucho que no la miraba a la cara: tenía más arrugas, hasta el pelo de las cejas se le había comenzado a caer también. Su cuerpo estaba más flaco de lo que recordaba.

Tenía la piel llena de morados. Las estrellas luminiscentes que alguna vez pusimos en el techo la hacían ver verde y fea.

Sin dejar de mirarme, comenzó a balancearse, el pulgar metido en la boca. No esperé a que me quitara la mirada de encima cuando cerré la puerta con llave y fui a la cocina por algo de comer.

—¿No tienes nada que decir? —le pregunté varias horas después, cuando por fin tocó la puerta desde el otro lado para que la abriera. Siempre era así.

—Dijiste que no lo intentaríamos de nuevo, pero allí está tu C4T.

Me conocía su discurso, así que callé y mejor la ayudé a cambiarse de ropa. Tenía los ojos hinchados, las ojeras de varias noches acumuladas. Apagué la luz y ambos nos acostamos dándonos la espalda.

Para cuando me quedé dormido, ella seguía despierta mirando un punto fijo en el techo, conteniendo la respiración, los puños cerrados y apretados.

Habrá pasado una semana, acaso dos.

Desconocemos cómo pasó; solo que, al día siguiente, al abrir la puerta para que entrara a casa, no estaba.

Revisé la casa por completo, intenté ver su ubicación, salí a recorrer la unidad, pregunté a los vecinos: nadie sabía nada.

Pensamos que podría haberse escondido o estaría enojado por cualquier cosa, lo típico. Mi mujer me convenció de que volvería.

—Dale un tiempo.

Sin embargo, dos días después seguía la ausencia al llegar del trabajo. Busqué de nuevo en cada esquina de la casa y no lo encontré.

Los partidos se hicieron largos, mi mujer murmuraba en la cocina, aunque ya no se arrancaba el cabello.

Yo pasaba las horas con las manos en la panza. Trataba de consolarnos.

—La batería que le compré es mejor, tiene que durarle.

Él es inteligente: seguro se quedará quieto, ahorrando carga, esperando a que lo encontremos o hasta hallar la ruta de regreso a casa.

Ella asentía, lavaba los platos, entraba al cuarto y organizaba los juguetes, la cuna. Se acostaba en el piso, mirando las constelaciones verdes. Parecía extrañamente tranquila, repitiendo su rutina de calma después del pico de locura.

—¿Y si no vuelve, qué hacemos? —le pregunté una tarde mientras miraba fijamente el balón borroso moviéndose en un campo verde en la TV. Ella no respondió.

Decidí redactar el anuncio de Se busca, sabiendo que ya no se trataba de un capricho, sino de una situación peligrosa. Ofrecí una gran recompensa.

Pensar que C4T podría estar en otra casa limpiando las porquerías de un desconocido me hacía enfurecer. Imaginar que lo desmantelaban tornillo a tornillo, luego una cerda, el cepillo entero, sin dientes para aspirar, una ruedita se pierde, queda cojo de un lado…

¿Qué haría nuestro C4T si se encuentra un escalón? Aunque fuera de dos o cuatro centímetros, sería imposible para él: tan pequeño, tan frágil y solo en el mundo. Carente de pies derechos, izquierdos, sin brazos para balancear su pequeñez, para coordinar su imperfección robótica.

A pesar de todos mis esfuerzos, nadie pudo darme respuesta por C4T. He intentado mirar la cámara para obtener pistas de su paradero, pero la última imagen que proyecta es la de mi mujer cargándolo antes de apagarse.

No sé cuándo he comprendido que mi hijo no volverá.

Hace mucho no duermo. Salgo de cama a la madrugada y me encuentro con mi mujer en el cuarto abandonado.

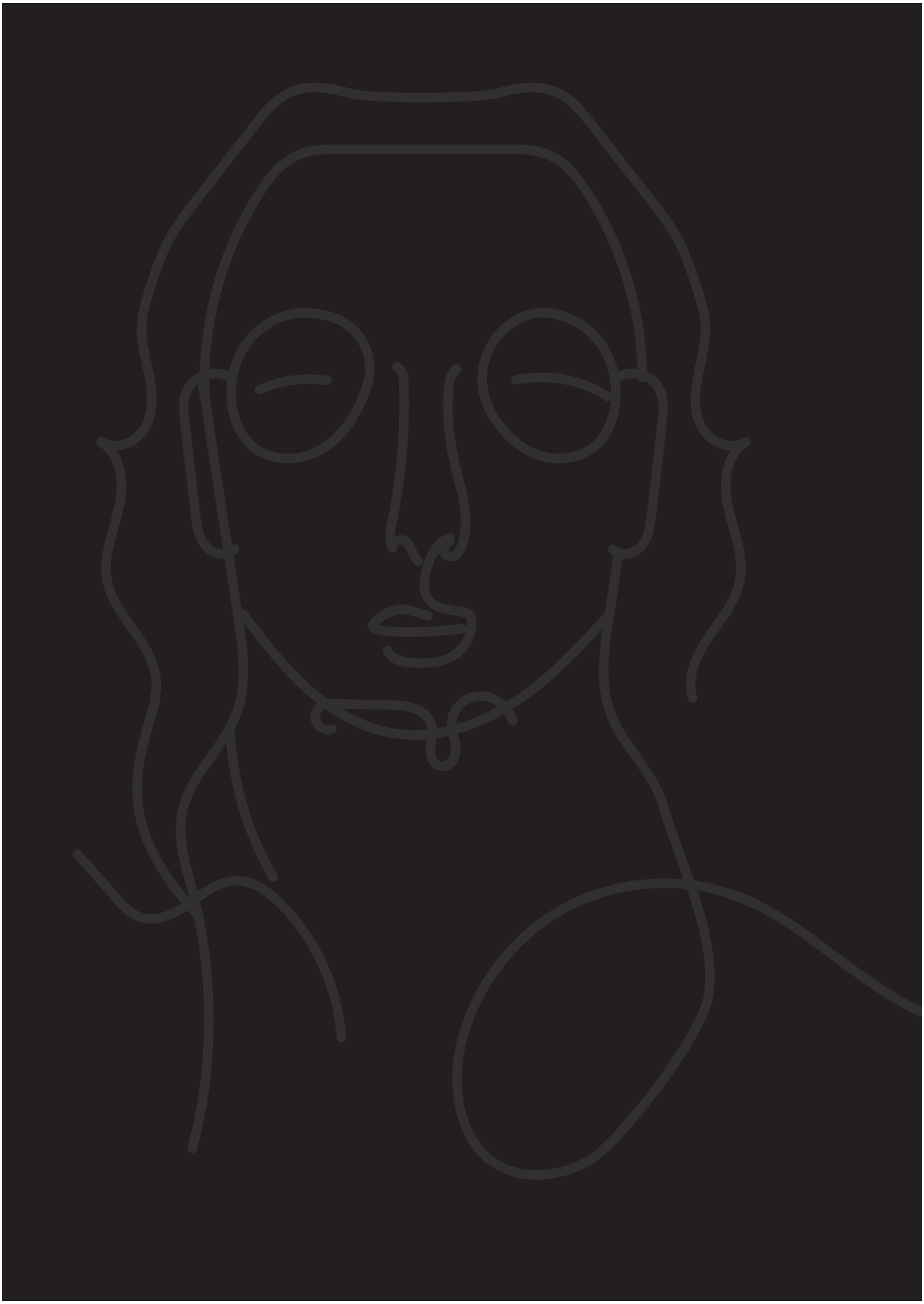
Apenas siente mis pasos, su cuerpo se tensa, pero no levanta la mirada. Yo tampoco la miro.

Me acuesto a su lado y veo las constelaciones brillando, el sonajero en mi mano. Me pregunto si esta luz verde me hará ver igual de enfermo y patético que ella.

Murmuro y ella se queda en silencio. Luego ella murmura y yo me callo. Así pasamos las noches. Ninguno entiende lo que dice el otro.

Ella aprieta contra su pecho un conejo de peluche.

A veces tiro cosas, rompo la cuna, compro otra y vuelvo y la armo. En esos momentos, ella se levanta, cierra la puerta con llave y espera hasta que yo toque del otro lado para abrir.



Agua que cae

Autor: Daniel Daza Cuéllar
Popayán, Cauca

Tercer lugar

La voz narrativa convence. Está bien narrado. Es un relato conmovedor y maduro que destaca por la fuerza de sus imágenes.

Agua que cae

Daniel Daza Cuéllar

Cuando las ves pasar, te emocionas. Me miras por el retrovisor y gritas desde el asiento trasero: «¡Las brujas, las brujas!». A mí me toca explicarte que, en realidad, son plantas. Tú, que eres terco, bajas el vidrio y sacas la cabeza para verlas más de cerca, porque crees que la distancia es una ilusión óptica y que basta con tratar —tan solo tratar— de acercarse a lo que ves para estar donde quieres. Y tú quieres estar junto a las brujas. Pero si entendieras qué son los frailejones, de pronto no sacarías más la cabeza y dejarías de ignorar los pinchazos fríos que te propina el viento del páramo.

Lo que pasa es que no eres frágil, y eso me preocupa. Tu hermano era igualito.

—Podemos parar —dice tu abuela, con la mirada fija en la carretera y una mano apoyada en la palanca de cambios—. ¿Qué te parece?

Naciste para ser querido, y tu abuela siempre halla la manera de recordártelo, porque a ti también te consta. Lo que no sabes es que ella te ve tan quebradizo como una cerámica fina. Se empeña en que no lo sepas, porque no quiere que te sientas igual de aislado que su hijo a tu edad.

Pero tu papá era distinto. Una cosa es lo que tú eres y otra lo que los demás piensan de ti. Para ellos, la palabra que te corresponde en esta vida es «delicado». Todos temen tocarte y que te rompas, porque creen que en el mundo no hubo un niño más vulnerable que tu hermano.

Todos, menos yo.

A veces pienso que fui la única en saber que él era, en realidad, lo contrario. No había nada que le hiciera un daño real. No conocía de primera mano la enfermedad. Nunca se afiebró ni se agripó hasta ese día. No necesitó gafas ni tratamientos. Hasta parecía que las vacunas estuvieron de más. El padecimiento era para él un mundo absolutamente ajeno y, en consecuencia, atractivo.

Si los deseos se forman a partir de las carencias, entonces esa fue la suya, y ese, su deseo: el de enfermar.

Como tu abuela te ve frágil, piensa que es necesario hacerte fuerte. Como yo sé que no lo eres, pienso que es mejor que no lo descubras. Que no te hartes del bienestar, aunque te toque estar aburrido. Que no te atraiga lo desconocido. Que no caigas en el embrujo de lo incierto.

Pero tampoco quiero que tengas miedo. Tan solo un poco.

Tu abuela no me consulta y se detiene unos metros más adelante, por donde se adivina un caminito al lado de una cuneta que podría acercarlos a los frailejones.

Yo no discuto con tu abuela, porque parte de mí espera que ella tenga razón. Ahora le dejo que te enseñe tus brujas para que así entiendas la diferencia entre la verdad y la apariencia.

La verdad es que tengo miedo, pero aparento que tirito de frío y nada más. Es posible que más tarde lo comprendas y me descubras. Me llamarás mentirosa y me dirás que soy igual a tus brujas.

Pero ahora soy tu mamá, y te calzas tus botitas de caucho mientras yo te pongo un buzo encima del abrigo que llevas puesto sobre el saco. Es importante que creas que corres uno o varios riesgos.

Pero veo en tus ojos la emoción que te da bajarte aquí. Imagino que no puedes creer que una imagen así sea posible, porque tu paisaje siempre ha sido otro. Cuando no son edificios, son lotes vacíos en los que rara vez pasta una cabra. Nunca has visto estas formas del verde. Seguro hasta te sorprende la claridad de los riachuelos.

Lo sé porque te gusta el río de agua café que parte nuestra ciudad. Cuando pasamos sobre él, siempre me preguntas de dónde viene tanta agua. Yo lo miro y te digo que de la montaña. Pones cara de incrédulo. No me preguntas para dónde va.

Esa sí te la podría responder, y de seguro te gustaría saberlo. Te enseñaría el significado de la palabra «desembocar» y te describiría todo lo que ante el mar se vuelve fronterizo: lo pequeño frente a lo enorme, y lo dulce que se mezcla con lo salado.

En cambio, me dices que quieres o quisieras caminar sobre el puente. Y yo te prometo que algún día lo haremos. Que te tomaré de la mano y veremos el agua desde arriba, de pie. Pero eso que te digo es apenas un bálsamo.

Yo no te cumplo mis promesas, y me pregunto si tú ya te habrás dado cuenta. No eres frágil; tampoco eres tonto. En esto último te pareces a tu abuela.

Ella te espera. Sabe que yo no me les pienso unir. También que ha cruzado una frontera de la cual no habíamos hecho consciencia hasta que detuvo el carro. Pero yo la comprendo. Sé lo que se siente dejar de ser madre.

Yo tampoco me he acostumbrado a la ausencia de mi hijo, ni a la del suyo. Ella sabe mucho sobre mí. Casi tanto como yo de ti, con la salvedad de que me conoce desde hace más de quince años, y tú solo tienes cinco.

Observa cómo te convenzo de ponerte un gorrito y adivino su sonrisa cuando tú me dices que estoy exagerando.

—No quiero, no me hace frío.

Te pones esquivo, y solo tu abuela celebra que seas caprichoso. Será porque no tiene que negociar contigo a diario.

—¿No ves que está venteando? —digo, mientras me acomodo frente a tu puerta para evitar que saltes a la acera.

—Es feo —concluyes—. No me gusta.

Pero si la cuestión es competir por quién de los dos es el más obstinado, ya deberías saber que, sin excepciones, la ganadora soy yo.

—Igual te lo pones.

Cedes. Me aparto y sales disparado a donde tu abuela. Ella hace un gesto con la mano para que te empines y luego susurra algo a lo cual tú asientes. Supongo que te propone que te quites el gorro cuando yo los pierda de vista. Si no, no sonreirías con tanta picardía.

Si pudieras recordar a tu papá, te darías cuenta de todo el carácter que heredó de su mamá.

Avanzan por el camino destapado y desaparecen detrás de un arbusto crecido. Yo los espero afuera, apoyada contra la puerta.

Miro la carretera. Se nota que hubo un pasón, porque el asfalto está mojado.

No me gustan los charcos. A tu hermano le fascinaban. Les tiraba piedritas y, si lo descuidaba un instante, corría a saltar sobre ellos. Era un niño raro, y era un niño solo.

Acuático. Sin saberlo, tu papá y yo le habíamos puesto el nombre más adecuado: Mariano. Impredecible como las aguas. Fugaz como una ola.

Un día decidió enfermarse. Bebió a escondidas el agua mohosa de un bache afuera de su colegio. Tenía tu misma edad y no era frágil, pero tampoco era indestructible.

No sé qué pretendía. Aún me cuesta creer que así lo haya querido. Hay días en que lo recuerdo y me pregunto qué habré hecho mal. Hubo un tiempo en que pensé que él nunca moriría.

Una, como madre, piensa que sus hijos serán eternos. Que no conocerán la muerte porque no los veremos morir.

Pero entonces llegó Mariano a casa con náuseas y dolor en el abdomen. Lo llevamos al hospital, y hasta ahí lo arrastró la corriente.

¿En dónde desemboca el mar cuando ya no puede volver a ser río? Morir es como mezclarse. Perderse de vista. Revolverse con otras aguas.

No me gustan los charcos, el agua quieta, las jergas hospitalarias. No me gusta cómo en la vida no se pueda mantener un solo ritmo de paz y plenitud. No me gusta su oleaje. No me gustan tus secretos. No me gusta no saber.

Ustedes se tardan. Trato de no inquietarme y me fijo en un árbol mediano. El viento lo sacude con suavidad y de él se desprenden muchas gotas. Bajo el árbol sigue lloviendo cuando escampa. Así ha sido siempre. Sus hojas contienen el agua que falta por caer.

De repente, me llamas:

—¡Mamá, mamá! ¡Vení, vení!

Tu voz es un chasquido que se amplifica por el eco.

Me apuro. Resbalo y me estampo contra el camino enfangado. Desde el suelo te veo junto a tu abuela al pie de una cerca. Los frailejones se asoman del otro lado. Pero tú no los miras.

Te ríes de mí. No te preocupa que me haya caído. Será porque piensas que no soy tan frágil; que, de alguna manera, soy como tú.

—¡Mira esto! —dices, y me señalas un árbol como el que había junto a la carretera. En él hay colgadas muchas manillas, muchos collares y algunas mochilas, como si fueran ofrendas. Solo tejidos. No llevas puesto el gorro. El viento te sacude el cabello. Estás tan despelucado que pareces una de tus brujas.

Tu abuela se ha puesto a llorar.

Yo me levanto. Camino hacia ti. Cuido mis pasos. Me fijo en las piedras salidas, en las ramas quebradas. Me guío por las huellas que dejaste en el barro.

Y te veo tan cerca del árbol que es como si se te fuera a lanzar igual que un gato. Pero solo te caen las gotas que las hojas tenían reservadas para ti.

Llueve sobre tu carita enrojecida, llueve sobre tu cabello alborotado. Avanza la tarde, ondean los tejidos enredados en las ramas, y llueve, llueve pasito sobre Daniel.

Beto

Autor: Miguel Ángel Vidal Hernández
Cali, Valle del Cauca

Finalista

Beto

Miguel Ángel Vidal Hernández

Después de quince años pude volver al lugar donde desapareció, pero todavía tengo miedo de que él me esté esperando. Cuando tenía diez años, tenía un grupo reducido de amigos con el que jugaba casi a diario: Hernán, un chico robusto que conocía bien las calles, y Camilo, un escuálido lleno de energía. Jugábamos con otros niños del barrio, pero siempre fuimos esencialmente tres.

No obstante, había alguien más que nunca conté, porque él no era mi amigo y tampoco lo quería cerca. Beto era un niño grande que, por alguna razón, vivía en la casa de Camilo. Cuando nosotros salíamos, él nos observaba desde la ventana de su cuarto, que daba a la calle. Se aferraba a los barrotes como un preso. La estúpida mirada de Beto me perseguía y nunca pude escapar de ella. Ver la ventana era encontrarse con sus babosas fauces, su cara rosada y unos ojos parecidos a los de una vaca.

Cierto día le pregunté a Hernán si no le daba miedo que Beto nos mirara siempre que jugábamos en el andén.

—Más bien asco —respondió.

Detallé entonces la cara de Beto: el escaso cabello, el aceite que brotaba de sus poros. Sí, Beto también me daba asco.

En ese entonces nunca le había preguntado a Camilo por qué él vivía en su casa ni qué tipo de relación tenían. Me hacía una idea: un día que fui a buscarlo para salir a

jugar lo tenían castigado. No salió de su casa; me atendió desde el antejardín. Era porque se había tirado tres materias en el colegio. Hablamos un poquito más y su mamá empezó a gritar para que entrara; entonces, por la ventana, apareció el rostro idiota de Beto. La voz de la mamá de Camilo se intensificó y le decía que se entrara ya, porque estaba castigado.

Entonces Beto desapareció de la ventana, y el retumbar de sus pasos se acercaba a nosotros. Me alejé un poco de la reja hasta que lo vi: con ambos brazos agarró por detrás a Camilo y lo levantó para llevárselo.

—Pa'entro —pronunciaba con una nasalidad animálica.

Camilo se retorció todo lo que pudo, pero luchar contra ese niño gigante era imposible. Sí, a él también debía darle asco.

Una semana después, Camilo pudo salir a jugar de nuevo, con una condición: que Beto lo acompañara. Él no tenía la misma jovialidad de siempre; además, en las piernas tenía algunos moretones. Para decidir el juego del día nos reuníamos con el resto de los niños del barrio en la tienda de la esquina. Mientras comprábamos las chuspitas de bolis, Lorena, la niña más linda de la cuadra, propuso jugar a la lleva, y como a todos nos gustaba ella, dijimos que sí.

Quedé yo en la primera ronda y toqué a Hernán. Luego Hernán alcanzó a Lorena. Todos corríamos, pero Beto se quedaba inmóvil, riéndose de vez en cuando. A Lorena no se le habría ocurrido ni por asomo tocar a Beto, pues se habría impregnado de su idiotez. Fue entonces tras Camilo, y él se dejó tocar.

Él, que no pudo atrapar a nadie, se fijó en Beto, que se mantenía quieto y risueño. Antes de acercarse, Camilo se

notaba muy ansioso, hasta que le pegó la lleva a Beto con una palmada en la nuca que sonó como un latigazo. Camilo se alejó bastante, pero sin perderlo de vista. Beto paró de reírse; no entendía por qué le habían pegado. Pronto su cara pasó de rosado a rojo y comenzó a perseguir a todos por igual. Lorena fue la primera en correr tan lejos que ni siquiera supimos dónde se escondió. Hernán y Camilo, por el contrario, parecían disfrutar de esquivarlo y reírse de su torpeza. El resto de los niños también se reía, pues Beto podía ser muy grande, pero no podía atrapar a nadie que estuviera atento.

Fui entonces a comprar otro bolis en la tienda. Estaba distraído chupándolo, y al salir sentí cómo una inmensa masa chocaba contra mí y me levantaba del piso. Beto me apretó contra su pecho. Me sacó tanto el aire que, según mis amigos, mis labios se veían azules. Hernán, en un intento de liberarme de Beto, arrojó una piedra que terminó encontrándose con mi cabeza. Desde ese punto no recuerdo más.

Cuando recuperé el conocimiento, me contaron que algunos vecinos vieron lo que estaba pasando y lograron que Beto me soltara. Desperté en el hospital con puntos de sutura en la frente. Mi madre, enojadísima con lo que pasó, le propuso a la mamá de Camilo amarrar a Beto en el patio durante el día para que no pudiera lastimar a los niños del barrio. Ellas, que eran amigas, no se volvieron a hablar desde entonces.

Cuando salí del hospital ya era agosto. Una tarde calurosa planeé con Hernán ir al parque a elevar una vieja cometa que tenía. Compramos cáñamo y un poco de cinta para pegar el papel roto. Mientras caminábamos, Hernán se disculpó por la pedrada que me dio. Le respondí que todo estaba bien, que igual me iba a desmayar por la falta de aire.

Le pregunté qué había pasado después.

—Nada —respondió—. Solo se llevaron a Beto del brazo para la casa. Con vos estuvimos un rato tratando de que abrieras los ojos, pero pensábamos que te habías muerto. Después llegó la ambulancia.

Tragué saliva, intentando dimensionar el acto de morir. Aunque probablemente se sintiera igual que estar inconsciente.

Llegamos al parque del barrio, pero Hernán me dijo que siguiéramos caminando a uno más allá. Pasamos por dos gasolineras. Los pies me palpitaban de tanto caminar, hasta que pude ver a lo lejos un parque frondoso y algo alejado de las casas. En él había dos figuras borrosas, pero al acercarnos pude ver que se trataba de Camilo y Beto.

Me paralicé al ver otra vez esos ojos vacunos y la sonrisa estúpida. Tenía mucho miedo de esta vez sí morirme. No obstante, Hernán me dio unas palmadas en la espalda, prometiendo que esta vez sería distinto.

Camilo nos preguntó si habíamos traído la cinta. Yo la saqué del bolsillo y se la pasé. Beto estaba sentado, recostado al tronco de un árbol. Tomé la cometa y le señalé a Camilo los puntos que debía reforzar con cinta; él me dijo que la dejara en el suelo. Hernán soltó la cuerda del cáñamo y me dio la punta.

—Tenga con fuerza —ordenó.

Hernán entonces tiró el cáñamo al pasto y corrió en círculos varias veces alrededor del árbol donde Beto estaba sentado. Cuando él se dio cuenta de lo que pasaba, ya sus manos estaban inmóviles. Gritó, pero rápidamente Camilo envolvió su boca con cinta.

La cara de Beto, otra vez roja de ira, me dejó helado unos segundos, pero al ver que no podía hacer nada, me mordí ambos labios y le solté un puntapié en el estómago. Beto

se retorció y solo pudo expulsar mugidos amordazados. Hernán recogió algunas piedras y se las pegaba en la cabeza; sin embargo, la cabeza del animal era mucho más dura que la mía. Lógico: de no usarse, se atrofia y se entumece.

Camilo, que pensamos que tenía cierta compasión por Beto, solo nos miraba mientras bebía de una botella de agua. Pasamos un rato así, sin embargo, no sangraba. Su piel era áspera y no se rayaba ni con las piedras de Hernán. Me daba un poco de rabia pensar que solo una pedrada había bastado para dejarme inconsciente, mientras que Beto seguía con las mismas ganas de despedazarme, a pesar de las incontables piedras que le habían arrojado.

Lo miraba absorto y no noté que Hernán se había alejado hasta que escuché una botella rompiéndose. Giré la cabeza, y Hernán traía un trozo de vidrio en las manos. Si con eso no sangraba, confirmaríamos que eso no era humano. Antes de que Hernán pudiera agarrarle la cabeza para rajarlo, Camilo se levantó y le dijo:

—¡Espere!

Hernán y yo lo vimos mientras se acercaba. Una vez frente a Beto, Camilo se bajó la pantaloneta y lo bañó en orina.

—Listo —exclamó.

Antes de que pudiéramos dejarle la misma cicatriz que yo tenía en la frente, escuchamos a alguien gritando a lo lejos. Era un vagabundo que se acercaba corriendo. Había dejado tirado su costal para alcanzarnos rápido. Sin poder dar la estocada final, corrimos sin mirar atrás.

Nos metimos por muchas cuadras y ya no pudimos ubicar las gasolineras, pero como Hernán y Camilo conocían mucho más los barrios que yo, pudimos llegar a casa. Dos cuadras antes nos sentamos en el suelo a respirar. Mirábamos al piso sin decirnos nada hasta que Camilo tomó la palabra:

—Estábamos volando cometa hasta que un loquito nos empezó a perseguir. Nosotros salimos a correr y a Beto lo alcanzó ese señor.

Hernán asintió. Yo no pensé que la cosa fuera a escalar a tales instancias.

—¿Qué va a pasar cuando vuelva? —pregunté.

—Le vamos a echar la culpa al vagabundo, claro —respondió Camilo—. Al fin y al cabo, Beto no sabe decir más que palabras sueltas, como un loro.

Eso me tranquilizó. Me hizo pensar que Beto aparecería en cualquier momento y negaríamos todo. Incluso si el vagabundo nos hubiera visto, ¿a quiénes les iban a creer?

Aproveché el momento y le pregunté a Camilo por qué Beto vivía en su casa.

—Es el hijo de mi mamá —contestó sin vacilar.

—Entonces… es tu hermano —comenté.

Camilo me dio un puño en el brazo. Luego continuó:

—No es mi hermano porque su papá es distinto. Por eso yo soy normal.

No quise decirle nada más. Llegamos a casa y sostuvimos la historia ante nuestras madres; nos creyeron.

Sin embargo, al llegar la noche, Beto no apareció. Creímos que él llegaría de nuevo, acompañado de la policía o del indigente, pero nada: silencio. Lo buscaron en el parque más allá de las dos gasolineras y no estaba allí.

Sugirieron entonces que se trató de un secuestro. Apareció en la televisión y en los periódicos domingueros. Ni a Hernán ni a Camilo los dejaban salir a jugar de nuevo, porque había el rumor de que los indigentes estaban secuestrando niños —que dizque para rituales, dizque para comérselos—. La gente habla mucho y nosotros nunca dijimos nada.

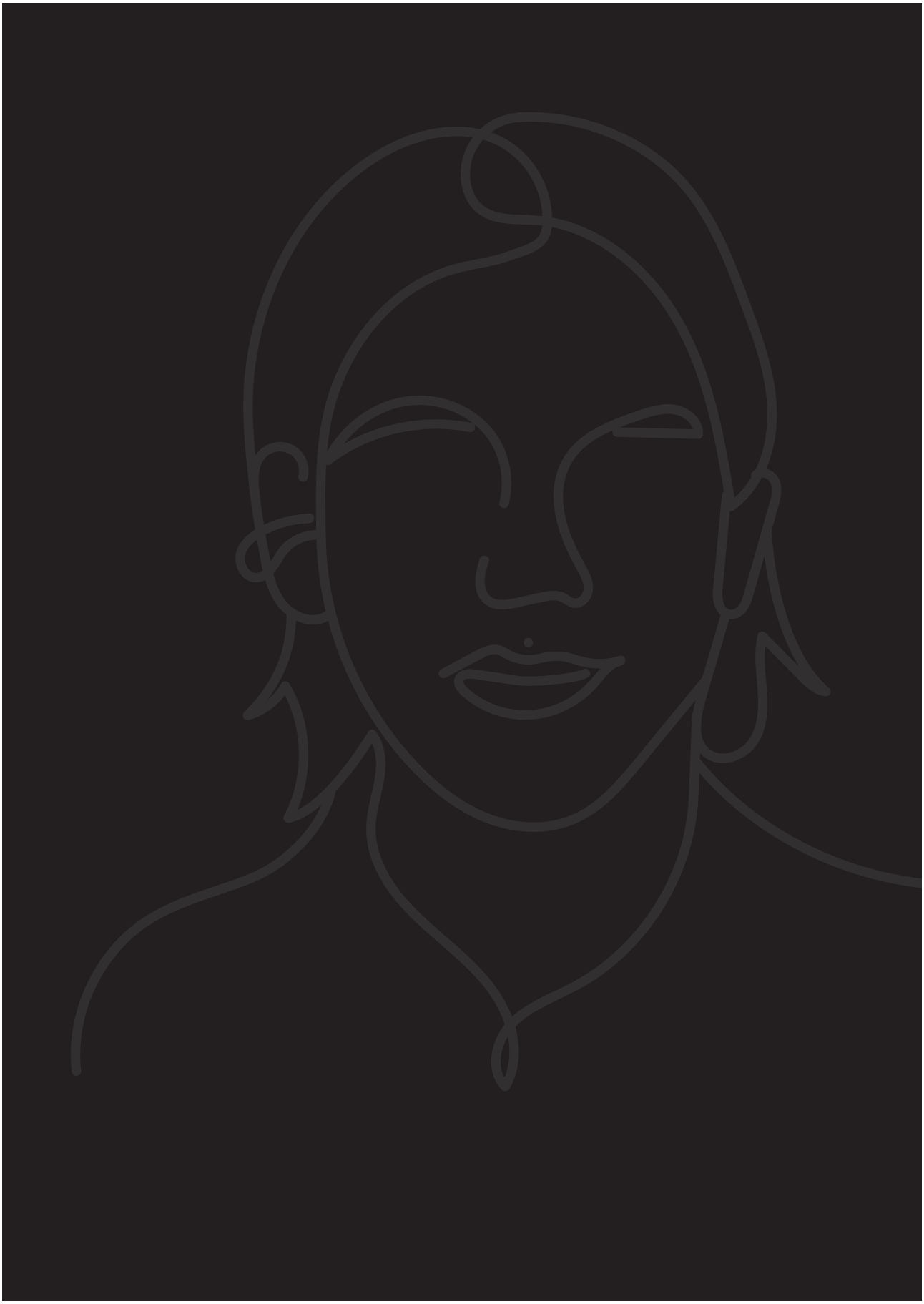
Mi madre llevó su miedo al extremo y nos fuimos a vivir a una ciudad más alta y fría. Nunca nos volvimos a encontrar. Una lástima, pues quedé con las ganas de jugar en la calle sin que la mirada de Beto nos persiguiera con envidia.

Hace poco llegué de nuevo a la ciudad donde todo pasó. En un pequeño desvío pasamos por una calle principal. A los lados había parques y parques. Vino a mi mente, como un destello, aquel camino que recorrí con Hernán hasta el parque donde nos encontramos con Camilo y Beto. En el carro pasamos una gasolinera, luego la otra, y le pedí al conductor que parara. Le pagué y me advirtió que no era una zona segura. Solo asentí y le hice saber que me había criado en la zona.

El camino era más fácil de recorrer porque mis piernas ahora son largas. Las gasolineras no quedaban tan lejos una de la otra. Mis pies no estaban fatigados, pero aun así me temblaban.

Al llegar al parque pude ver que habían talado algunos árboles, pero no ese: el árbol donde amarramos a Beto. Me acerqué y no había ni rastro de la tortura a la que sometimos a ese pobre animal. El parque no guardó ni las piedras de Hernán ni la orina de Camilo; sin embargo, sí guardó el pedazo de vidrio con el que íbamos a marcar a Beto. Lo recogí y me lo guardé en el bolsillo.

Antes de irme miré a mi alrededor, pues todavía guardo el miedo secreto de encontrarme de nuevo con sus babosas fauces, su cara rosada y sus ojos parecidos a los de una vaca. Miedo a que reconozca la cicatriz de mi frente, se enfurezca y me deje sin aire como la última vez. En esta ocasión, no tendría a Camilo ni a Hernán para defenderme.



Desaparecida

Autora: Gabriela Enríquez Gómez
Cali, Valle del Cauca

Finalista

Desaparecida

Gabriela Enríquez Gómez

Anoche me llegó la noticia de que asesinaron brutalmente a Pantera. Pensé que la mariconada sería puntero clave para la ausencia de mi amiga. Ella me enseñó a ser marica, a pasar de mi nombre Miguel Ángel a Angelita, a pasar por la delgada epidermis que tengo en las teticas una mezcla oleosa naranja que usa mi señora madre para fritar maduros, y así, que mis teticas sean la ensoñación de todas las maricas de mi barrio, por su jugosidad de limón despampanante, su salto voluminoso que me recuerda a Catalina, pero no a la que tenía las teticas protuberantes, sino a la que llegaba al paraíso antes de romper la epidermis.

La cosa es que yo ya rompí la mía, pero no la patrocinó ningún pseudo lavaperro de Valle del Lili, ni se me inflaron como pelotas de playa que veo en las series del televisor de mi hermano; se volvieron oleosas, no dejaron de ser teticas, pero ahora tengo miedo de que cada vez que haga sol, se me frite el corazón, porque dicen que él está en medio de las tetas.

A Pantera la conocí en una Cali nocturna del centro. Tenía escasos dieciséis años, a dos meses y algo de haber cumplido; era la edad en que los pelaos, dentro de la angustia de pensar en el porvenir, apaciguaban las emociones entre registros falsos, faenas adolescentes y dosis de marihuana constante. La primera vez que fumé fue por medio de una manzana; eso me lo enseñó Astrid, la amiga con quien me encontraba sumida en la

oscuridad de una luna creciente el veinte de noviembre de 2016.

A decir verdad, los recuerdos de esa zona pasan como fotogramas discordantes, sensaciones y vacíos de una existencia que no tiene un flujo constante, porque desde mi nacimiento fui un accidente, mi vida misma ya lo era: un hablar entre señalamientos, unos amigos que me conocieron en la preadolescencia íngrima, donde no era nada más que bosquejos, como esa noche.

Con Astrid llegamos a unas escaleras más grises que el asfalto de la 10, angostas, derruidas, fúnebres, que de fondo las acompañaba un sonido estridente y extasiante que me retumbaba el corazón. Lo cierto es que antes de llegar al lugar, nos habíamos encontrado unos amigos de Astrid que nos condujeron a un carro viejo, de esos que probablemente uno encuentra en los terminalitos haciendo viajes a dos lucas. De la boca de Astrid salía: "Confíe, manita, que a esos dos ya los conozco".

Nos subimos, y en eso ellos sacaron unos baretos muy grandes. Mi compañía empezó a fumar con tal alardeo como si su noche dependiera de ello, de la mujer que era y no de la niña que estaba a punto de graduarse de su bachillerato. Yo la seguí; no quería ser mojigata, ni estaba dispuesta a seguir escuchando la constante pulla mientras seguíamos de camino a esas escaleras.

Ya estando en las escaleras, mi cuerpo era ajeno a mi autonomía; mi sensibilidad se había disparado al punto de que mi corazón latía con el sonido. Al llegar a la puerta de aquella terraza, el estirar mi mano fue la independencia exacta de mis labios, mi corazón y mi cuerpo, que se encontraban separados, sin compañerismo aparente. Solo estaba ahí, buscando vociferar un "gracias", pero nunca llegó.

La cosa es que entré, tenía la manilla ya puesta, me encontraba en el paraíso, extasiada de sustancias, licor y personas en faenas interminables escuchando a Pato Batón de fondo, mientras me llegaban tragos amargos que corroían mi garganta y mi memoria.

Mi cuerpo ya no era mi cuerpo, y mis manos ya no eran mis manos; solo podía moverme como caracol en celo, mientras el sonido lo hacía mío, entraba desde la amígdala y se entrelazaba con mis caderas y mi pequeño culo, que pareciera ser tierra de siembra fértil.

Entre eso apareció un ángel, vestida de azul oscuro, con un jean que usaría Britney Spears en los 2000, marcando las dos líneas que llevaban al paraíso de una mujer incompleta. Ese ángel se me acerca como si estuviera en una ensoñación mordaz, lleva sus labios inyectados a mi oído, diciéndome:

"Mi reinita, tome este polvito, se va al baño e inhala fuerte, use esas uñitas tan bonitas que tiene, porque esos tipos me la están mirando mucho y de pronto me le pasa algo".

Sin saber por qué, en una oscuridad de madrugada sórdida, la tomé de la mano, recibí su encomienda y me fui camino al baño, a seguir paso a paso su consejo.

En ese momento, mi memoria, que iba en declive, se aceleró a pasos de gigante, y mi autonomía volvía pieza por pieza, desde mis pies hasta mis manos. Ese ángel era Pantera.

A Astrid no la volví a ver. Desapareció de mi mundo; tal vez se habrá vuelto hippie. Pero en la salida de Astrid apareció Pantera: una mujer de 23 años, que usaba minifaldas y vestía de ángel cada 31 de octubre. Ella me enseñó a pelear, a emberracarme cada vez que un hombre se quisiera pasar de intelectual con mi flor eréctil, a alzar la voz, a hacerla escuchar en casos de que una masculinidad se requiriera,

a ganarme la vida con clientes en estado de desasosiego, que lo único que quisieran fuera desahogar su tragedia con un cóctel de esperma.

Pantera era estilista de día y puta de noche. Tenía ínfulas de escritora en Facebook, y relataba sus vivencias y todo eso que le emputaba. Su peluquería quedaba en Ciudad del Campo, un lugar ajeno a Cali, ajeno a su estado, como ella misma: siempre ajena. Pensaba que su nombre venía de la banda de groove metal Pantera, ya que siempre la oía cantar I'm Broken, casi a sollozos:

> *I'm broken*

I wonder if we'll smile

In our coffins while loved ones mourn the day

The absence of our faces.

Su chuzito se llamaba igual que ella, o eso creería, porque todos decían: "Agendemos cita con Pantera, el marica sabe peluquear muy áspero". Yo quería ser como ella, que, a pesar de haber nacido en la subciudad de nadie, era alguien que reiteraba su identidad.

Cali es la ciudad de la modernidad; la pregunta por el ser es constante. En el colegio, una profesora —de las pocas que de verdad quise— me enseñó a Jattin, un poeta que hacía el amor entre hombres y costeño. Consistente, aludía a su yo narrativo en el mundo, pues él era un dios de su pueblo y de su valle, y entre tanta negligencia y abandono de lucidez, él ya se había resuelto. Pero yo no.

Una marica de Cali a la que siempre le lanzaron metralla, pero nunca lanzó una piedra. Por lo tanto, Andrés Caicedo estaba incompleto y yo vacía, como Angelita.

Pasado el año me enamoré de Pantera. Ella no era solo la imagen de lo aspiracional, sino la sevicia de ese amor casi

edipológico. Pero yo no era su hijo, y tampoco esperaba matar a mi madre, a menos que ella se me hiciera como Lola Jattin cada vez que no me diera veinte mil pesos y yo le gritara: "¿Por qué me odias, vieja hpta?", y ella nunca me dijera nada. Porque era su silencio el que otorgaba hojas a mi derrota.

La cosa es que me había enamorado de Pantera; le insistí tanto que en el encuentro de nosotras seríamos la identidad conjunta de lo que en accidente no fuimos. Pero ella solo se reía de mí y me decía: "Vos sí que hablas mierda, vaya estudie filosofía".

Pero yo de grande quería ser puta, porque pensar nunca me daría plata; no tenía imágenes de mujeres como yo logrando algo más allá de ser deseadas y ser una gran puta.

Ya por enterado sabía que mi vida sería corta, por eso quería consumar mi virgo eréctil en el culo de Pantera. Pero ella nunca me vio de esa manera. Pantera insistía en que yo era su hija callejera, y me quiso como tal madre que llevaba a putear a su hija.

A ella le escribí poesía:

> En la tierra de los vivos está, de cabellos azules,

océano mar, felina acechante que cuida de su presa,

y en sórdido vuelo llega y me dice: estás sola.

Y a ella le dedico mi recuerdo a través de la ausencia.

A las maricas de Cali no nos matan por venganza; nos matan por fetiche, por deseo, porque nunca llegamos a ser diosas del barrio sino cuerpos prestados al ajeno.

Anoche, 7 de septiembre, a las 6:30 p. m., supe de la desaparición de Pantera. Yo ya me hacía a la idea de su brutal muerte. Me vestí con mis mejores lentejuelas, me puse las extensiones rubias carmesí, que caían hasta la cintura como las plumas de gallina brava, me doblé el pene con cuidado, apretando hasta que no doliera, y salí pa'l Alameda, porque allá es donde están las putas de verdad.

Cada mirada al vacío era una búsqueda, ese ombligo de luna con pedrería negra que la adornaba, la ansia de hallarla, de pensar que entre las luces rojas, los olores a fritanga y gasolina, los gritos de los taxistas y los hombres que silban desde la ventana, Pantera iba a aparecer. Pero no. Y no quería aceptar que, con apenas 25 años, y yo con mi sol número 18, ella ya no estaría.

Entré en los brazos de hombres, la entrepierna que me ahogaba, el pujo de querer estar viva, brincar, correr, comerme el cabello, arrebatarme el tacón y perder la memoria. Pero sus manos no buscaban mi piel, sino arrancarme de ella. Sentí dedos ajenos en mi flor erecta, despojándome de la Angelita que me había inventado. Cada empujón era un recordatorio de que mi cuerpo no me pertenecía, que era un préstamo. Era estar a la vista de mi ángel, mi ángel muerto, que ya no estaría una noche para mi compañía.

Y mientras sus sombras me doblaban, me atravesaban y me dejaban sin aire, comprendí que lo que me arrebataban no era solo la carne, sino la posibilidad de ser alguien más allá de ese instante.

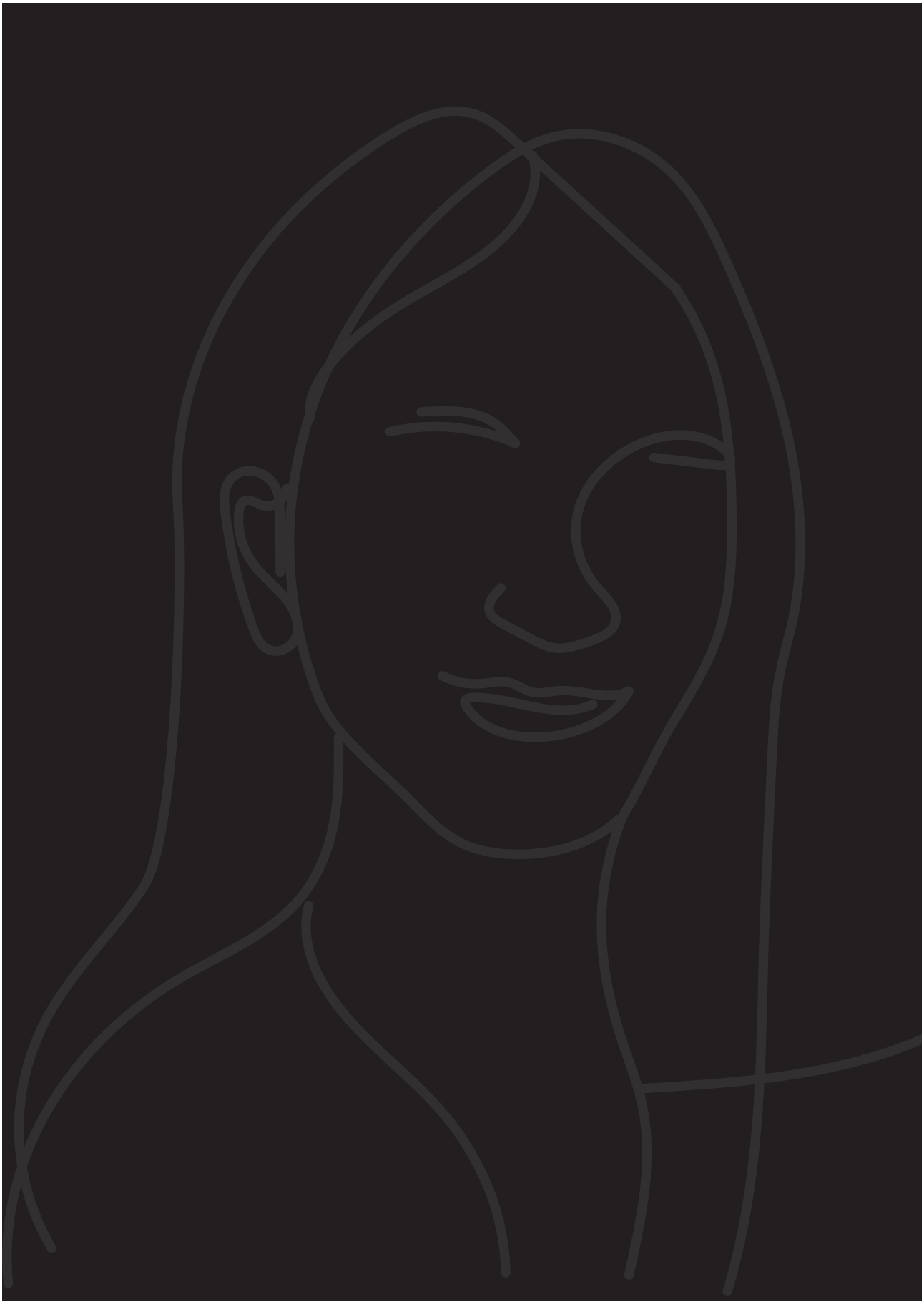
Era perderme entre la oscuridad del río Cali, mientras se me arrancaba hasta lo último que me quedaba de humanidad. Jadeé como más no pude, lancé el alarido de los olvidados, y nunca nadie llegó. Pues mi ángel estaba muerto.

Ahora me encuentro arreglándome el cabello, en una madrugada distante, bajo una luz disonante. Estoy en mi cuarto, frente al espejo, pero cuando me miro aún no logro ver a nadie.

Los muertos no tienen reflejo, y yo me he quedado sin el mío.

Miguel Ángel, conocido como Angelita, desaparecido desde el 07 de septiembre de 2018.

Última vez visto en el Alameda.



Ella es una Delicia de ver

Autora: Laura María Vidarte Gómez
Cali, Valle del Cauca

Finalista

Ella es una delicia de ver

Laura María Vidarte Gómez

I

El sobre carmesí con la amenaza de muerte terminó escondido bajo la sombra de los ramos de flores que habían llegado al camerino. Ninguno de los actores cayó en cuenta de su presencia. Estaban tan preocupados por cubrir su rostro con polvo blanco y pintar con escarcha sus párpados, que nadie vio ni cómo llegó al tocador, ni quién lo dejó ahí en primer lugar. Nadie tampoco se preguntó por su contenido. Si lo vieron ahí, ignoraron su existencia o supusieron que se habría resbalado de uno de los ramos.

A pesar de todo esto, el sobre —o el destino que este vaticinaba— se hizo sentir. El aire, lleno de una mixtura entre jazmín, lavanda y sudor, de repente se volvió pesado y denso, y todos, sin excepción, sintieron sus efectos.

Nunca se supo la razón de esto. La explicación racional mencionaba que fue por la concentración del calor que emanaban los secadores de pelo y las bombillas de luz amarillenta de los espejos, los cuales llevaban casi tres horas trabajando sin cesar. Sin embargo, la otra explicación —aquella que solo algunos creen al escuchar este relato— decía que algo más arcaico había ejercido su sempiterna voluntad en el recinto.

Aquella fatídica noche, eso había convertido el camerino del teatro en una olla de presión que, una hora más tarde, estallaría de manera espectacular.

II

Había cuatro edificios en la calle. El primero era una casa de dos pisos que escondía, tras su inocua portada del color de la piedra caliza, un burdel altamente cotizado y atendido. Le seguía un barato asadero de pollos que durante casi todo el día andaba vacío. Al final de la calle, cuando esta ya daba paso a un pequeño parque con máquinas de ejercicio, se encontraba la iglesia cristiana que cada sábado recibía tanto a decenas de feligreses que andaban a pie y en bus, como al lujoso Nissan blanco, propiedad del pastor que la dirigía.

Era justo entre esta y el asadero que se erigía el Teatro Tebano. La fachada de este era una copia casi idéntica de la del Orpheum Theatre que se encontraba en Los Ángeles. Tenía su cartelera exterior enmarcada por luces de colores que titilaban en diversos patrones —de arriba a abajo, de izquierda a derecha, una encendida y otra apagada— y, sobre esta, se anunciaban los horarios de las presentaciones próximas en tipografía en negrilla.

No era rara la inserción de esta arquitectura foránea en la ciudad: hasta los moteles anunciaban su presencia con réplicas de pagodas japonesas y estatuas de diosas griegas con sus extremidades extraviadas. Tampoco era extraño esta coexistencia de espacios tan aparentemente contrarios en todos los sentidos; después de todo, la ciudad también tenía esa naturaleza contradictoria forjada en su ser.

Salomé se rascó el talón con la punta de su pie mientras esperaba en las afueras del Tebano, lanzando furtivas miradas a ambos lados de la calle. Había sido la primera en llegar, dado que el bus la había dejado muy temprano en la estación debido a la poca cantidad de pasajeros. Esto no le hubiera fastidiado en lo absoluto, si no fuera por el hecho de que estaba sola y completamente a la vista de cualquiera.

Mientras esperaba, el viento matutino trazó caricias con sus invisibles dedos sobre la piel desnuda de sus brazos. Se contuvo de abrazarse a sí misma para calmar los escalofríos; sabía que, si lo hacía, tendría que contender con el rápido aleteo de su corazón, que no veía la hora de entrar en las fauces del teatro.

El sonido de un puntiagudo tacón que perforaba el asfalto con nociones rítmicas llamó su atención. A su derecha, divisó la esbelta figura de una mujer que parecía tener toda la intención de ir al teatro. La chica notó su presencia y le sonrió, revelando los ligeramente alargados caninos que poseía.

—Tú debes ser la nueva, ¿verdad? —preguntó la mujer cuando estuvo cerca.

—Salomé —respondió, extendiendo su mano en ofrenda—. Un gusto.

—Lo mismo digo. —Ella no le convidó a Salomé su nombre y simplemente sacó de su cartera un manojo de llaves de plata. Seleccionó una y se giró hacia una de las puertas cerca a la taquilla—. Siempre suelo ser la primera en llegar, así que el Maestro me ha dejado una copia de las llaves para que no tengamos que esperarlo.

—¿Él es el dueño del edificio también? —Salomé preguntó mientras seguía a la mujer hacia el interior.

Ambas fueron recibidas por la oscuridad que reinaba en el vestíbulo, pero, aun así, Salomé pudo divisar algunos pósteres de obras pasadas que habían sido enmarcadas y expuestas en las paredes.

—Sí. Hizo una pequeña fortuna cuando se fue a trabajar a Europa y, cuando volvió, utilizó todos sus ahorros para fundar el Tebano —respondió mientras buscaba el interruptor de las luces—. A ese hombre la suerte lo sigue a todos lados.

Se adentraron más, hasta llegar a una de las dos puertas que daban paso al auditorio. Filas de escuálidos asientos rojos llenaban de vida lo que resultó ser un espacio realmente lúgubre. Salomé se lo había imaginado distinto: con un candelabro de diamantes gigantes y frescos barrocos que vigilaban las escenas que se desenvolvían debajo de estos. En vez de eso, el candelabro era modesto en proporción y detalle; y, en vez de frescos, había un simple techo de madera.

La mujer le indicó que se sentara en las sillas del frente mientras esperaban al resto de actores y al Maestro. Salomé resolvió pasar el tiempo mirando su celular. Tenía varios mensajes de sus excompañeras de trabajo en el teatro municipal y del supermercado que le deseaban los mejores éxitos en esa nueva etapa de su vida.

Mientras leía cada uno, escuchaba cómo las puertas se abrían con un clic una y otra vez, cada intervención seguida por amistosos saludos entre actores. Salomé no se molestó en tratar de interrumpir su conversación o siquiera apartar la vista de su celular. Sabía que ella sería presentada por el Maestro eventualmente.

El celular vibró en su mano, indicando la llegada de un nuevo mensaje. Pensó que era otra de sus compañeras, pero la sonrisa que tenía previamente se desvaneció

cuando vio el nombre aparecer en la pantalla. Sus dedos se entumecieron y se tornaron fríos de golpe, congelándola. Incapaz de hacer cualquier otro movimiento, sus ojos miraban frenéticamente la pantalla de arriba abajo, a medida que aparecían más mensajes; todos bajo el mismo nombre maldito.

—Vaya, mi estrella está bastante fría en esta mañana.

Una mano grande y de dedos delicados se deslizó sobre su hombro. Salomé pestañeó rápidamente al registrar la presencia de esta y se giró, sabiendo ya quién la estaba esperando.

—¡Maestro!

El Maestro Diógenes le dedicó una sonrisa amplia al ver su aparente sorpresa. Llevaba un atuendo casi igual al que tenía el día que conoció a Salomé: camisa satinada con un estampado de piel de leopardo, pantalones de tela fina de color blanco, gafas de sol oscuras —incluso en la baja luz del auditorio—, y varios aretes y anillos de oro de motivos naturales que decoraban sus orejas y dedos.

En aquella velada, su cabello oscuro había sido recogido en una cola de caballo, pero aquel día caía en perfectos rizos alrededor de su cara de rasgos finos. A Salomé le recordó a la imagen de un león. La comparación no era gratuita: el Maestro poseía un aire de seguridad e imponencia que hacía difícil escapar del hechizo de su presencia y sus palabras.

Fue justo eso lo que atrajo a Salomé y la llevó a aceptar la propuesta del protagónico de su nueva producción, incluso cuando ya tenía un trabajo estable en uno de los teatros más importantes de la ciudad.

—¿Cómo has estado? —preguntó el Maestro. No había retirado la mano de su hombro y, de hecho, sus dedos se

hundían más en su piel, pero el calor que transmitía el hombre era bien recibido por ella, después de semejante incidente.

—Muy bien, Maestro.

—Me alegra. ¿Qué te pareció?

—¿El teatro? —Cuando el hombre asintió, se apresuró en agregar—: Es muy bello.

—Tienes razón. Ven, vamos a la tarima. Tus compañeros deben conocerte.

Salomé se incorporó y dejó que el Maestro la rodeara con su brazo. Se había puesto colonia de hiedra y cedro, un olor tan envolvente que ella tuvo el impulso de hundir su nariz en la tela de su camiseta para apreciarla más. Ya tenía sus fosas nasales a milímetros del satín cuando se retiró de golpe. Salomé intentó pedir disculpas, pero el Maestro las desestimó a medida que subían las escaleras de madera.

—No me molesta para nada. Es un instinto biológico —dijo el Maestro mientras se situaba bajo el reflector central—. Y ya sabes que de eso es que se trata todo esto.

Quería responder, pero el Maestro se adelantó a pedir la atención de sus actores, quienes se reunieron en las primeras filas como un enjambre de abejas alrededor de una rosa.

Mientras la presentaba y hablaba de lo emocionado que estaba por esta nueva producción, Salomé solo podía observar la forma en que cada uno de sus futuros colegas miraba al Maestro. Había algo hermoso en la manera en que sus miradas se suavizaban y sus rostros se retorcían en sonrisas al oírlo hablar. Era como si, más que respetar al Maestro, todos y cada uno de ellos parecieran reverenciarlo y adorarlo.

III

Esto después de un viaje de un mes a las profundidades del Amazonas. Había estado en conversación profunda con los chamanes jaguares de la cuenca del río Pirá Paraná; actividad que lo había llevado a la conclusión de que su próxima producción tendría como eje central la relación del humano con los animales.

El Maestro explicaba que, a lo largo de la historia, el hombre había intentado diferenciarse de la bestia debido a su supuesta capacidad intelectual, que le otorgaba primacía sobre las otras criaturas.

—Y, aun así —dijo en su discurso inaugural—, pareciese que no nos podemos apartar de ellos para explicar cómo otros humanos actúan.

Como consecuencia, Ánimas nació con la expresa intención de explorar todo esto. No había una historia concreta que el Maestro quisiese; al contrario, la obra se componía de distintas escenas que exploraban una variedad de aspectos propios de esta relación primordial.

—Humanos actuando como animales —dijo al cierre de su presentación—, o, mejor, humanos que se han quitado la máscara de la superioridad y reconocen que nunca han dejado de serlo.

Los ensayos comenzaron de inmediato, dada la fecha del estreno, que ocurriría en mes y medio. Salomé creía que era una locura hacer todo lo que el Maestro quería con tan poco tiempo, pero con cada ensayo que pasaba veía que el secreto del Maestro para preferir un período tan corto de preparación estaba en su forma de dirigir cada escena.

A diferencia de la estructura rígida de dirección a la cual ella estaba acostumbrada, al Maestro le gustaba improvisar. Se deleitaba en el caos que esta generaba en escena, para luego tomarlo y, como escultor, pulir detalles con cada repetición.

—Aquel gruñido podría ser más exagerado. Ese arco que forma la espalda puede ser más pronunciado. Más dientes, menos lengua —decía.

Ayudaba el hecho de que los actores acataban las órdenes del Maestro con rapidez, sin peros ni quejas. Así era como terminaban con cada escena montada casi a la perfección a las cinco de la tarde.

A diferencia de los otros actores, Salomé tenía lo que el Maestro consideraba el papel protagónico: el Conejo y el Zorro. Como Odette y Odile del ballet de Tchaikovsky, ambos roles eran, para el Maestro, caras opuestas de una diada supuestamente irreconciliable: la presa y el cazador.

Por ende, ambos personajes debían ser representados por la misma actriz. Su papel también requería de un conocimiento básico de danza, pues el Maestro había decidido jugar con las convenciones del cabaret y el vaudeville para captar la atención de la audiencia en momentos claves.

A Salomé el Maestro le había prometido conseguir unos leotardos de diamantes y lentejuelas, una esponjada cola de conejo y la máscara de zorro.

—Fue una de las razones por las que te ofrecí el papel esa noche —dijo una tarde en que él la había invitado a un puesto de comida rápida, a unas cuantas calles del Tebano.

Ella había pedido un sándwich del que se le salían los pepinillos de lo lleno que estaba. Él, por su parte, devoraba una salchicha jugosa, a pesar de que su pedido de que esta quedara algo cruda no se había logrado del todo.

—Vi que sabías moverte y exagerar tu actuación para darle ese toque de extrañeza a tu rostro, lo cual es importante para el rol.

—¿Eso no rompe la ilusión? Digo, el cambio tonal puede resultar raro para la audiencia.

—Déjalos que piensen eso —respondió—. El rol de un artista es incomodar. De hecho, eso que tú ves como algo malo, o como algo que rompe con la ilusión, yo realmente lo veo como una parte integral de lo que hace el actor.

Salomé dio otro mordisco al sándwich y, con la boca llena, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál es el punto de hacer una representación fidedigna de la realidad en un escenario? ¿Cuál sería el punto de actuar como un personaje, el que sea, si este se comporta de la misma forma que cualquier mortal indigno de ser inmortalizado en el escenario? —ante el silencio de Salomé, el Maestro continuó—.

En la antigua Atenas, el teatro venía acompañado de máscaras que los actores se ponían. Estas mostraban el rostro humano deformado en enojo y preocupación exageradísima. Búscalo en internet si no me crees, pero ahí está. En un escenario no estamos representando las cosas como son, sino que, de hecho, estamos viendo cómo podrían ser si estuvieran en su estado más exagerado. Más bello y sinuoso.

—¿Pero eso no termina siendo dañino? —replicó Salomé una vez terminó de tragar—. Eso que dices parece una carga muy grande para un actor. Deber aparentar algo que no eres una y otra vez, sumándole el peso de que debe ser bello y exagerado... puede hacer daño aquí —puso un dedo sobre la sien—, en la cabeza.

—Gajes del oficio. Hay una razón por la cual todos nosotros somos algo raritos al querer vivir en la ropa y la mente de otros. Además, súmale que todo actor apetece la atención y el amor del público. Creo que eso es razón suficiente para pagar ese precio.

Salomé no le respondió aquella noche. De hecho, cuando se fue a dormir, su mente masticó esa idea de la misma manera en que las ovejas rumian el infinito pasto de la pradera, tanto así que le dieron la una de la mañana y todavía no había dormido un solo ápice.

¡Claro que amaba la atención del público y sus miradas, que se llenaban de audacia y satisfacción al verla terminar cada movimiento! ¡Claro que cada aplauso era para ella un estruendoso tambor que repiqueteaba y martilleaba en su ser la confianza en las habilidades de su cuerpo!

¿Pero sacrificar su sanidad? ¿Por eso? ¿Por solo aplausos y ovaciones? ¿Por solo hacer algo bello? Eso de perder la cabeza por el arte le parecía como intercambiar zapatos por vino. Más aún, era tal vez peor la supuesta idea de que eso era parte del oficio del actor.

La incomodidad nunca se fue realmente. De hecho, con cada extenuante ensayo y cada noche que su celular la despertaba con más temibles mensajes de su igualmente aterrador mensajero, más crecía su molestia.

El espiral tragaba su disfrute de cada sesión y la engullía completamente.

Una tarde, cuando se disponía a regresar a casa, el Maestro le pidió una conversación. Otra vez fueron al puesto de comida rápida y, como de costumbre, fue él quien inició:

—Salomé, dime quién es Saúl.

Las palabras salieron de su boca como sentencias, casi en el mismo tono con el que dirigía su obra. Y, como el director de teatro que era, la realidad actuó en respuesta a sus demandas: los carros a su alrededor se alejaron, el dueño del restaurante se encuevó en su local con una llamada, el aceite dejó de fritar y las ranas que cantan por las noches se callaron.

Salomé sintió que su tráquea se cerraba y que sus fosas nasales le daban un portazo al oxígeno.

—¿Cómo lo sabe? —su voz salió afilada como la de un machete.

—El primer día. En la pantalla de tu celular —respondió—. Eso de decir que eres una puta desgraciada y que te vas a morir no es algo muy amable.

—Maestro, es un asunto privado.

—¿Lo es, si eso afecta tu desempeño en cada escena? —dijo, levantando una ceja acusativa.

No tenía derecho a saber. Él mismo lo había dicho: una cosa es el escenario y otra la casa. Una era la ficción y otra la realidad. No tenía sentido que ahora le estuviera pidiendo todo lo contrario. Pero las ganas de contarlo todo martilleaban su voluntad como submarinos estrellándose contra témpanos de hielo árticos.

El Maestro puso su mano sobre su hombro y su cuerpo fue invadido del mismo calor que había perdido con la pregunta. Para Salomé ya era rutinario que el Maestro fuera una criatura de sangre caliente, pero cada vez se convencía más de que el hombre era como el sol, capaz de aclarar todo malhumor y de iluminar todo secreto.

Finalmente, decidió ceder.

—Fuimos pareja. Y luego no lo fuimos —pensó dejarlo hasta ahí, por privacidad y por no querer ahondar más en los recuerdos, pero la lengua es un órgano traicionero y, como si fuera una alfombra, desenrolló y reveló todos los contenidos que pretendía esconder—. Él me perturbó completamente. Mi realidad no era la misma cuando estaba con él. Sus insultos eran halagos. Sus gritos eran dulces susurros. Sus golpes eran besos y caricias.

Los ojos de Saúl, salvajes como los de un lobo, destellaron en su mente. Salomé cerró los ojos, tratando de sumir el recuerdo en la oscuridad otra vez. Continuó su relato:

—Con él, el norte se volvió sur y el oeste se volvió este. Yo veía el mundo de cabeza y él me decía que todo estaba normal, que así debía lucir. A todo le puso máscaras y, por más que dolieran, yo las aceptaba porque era mejor que admitir lo que se asomaba detrás. Eso… hasta que dejó mi cara del color de la mora. Eso no lo ocultas con facilidad.

La presa que había construido rudimentariamente se desprendió de golpe con aquella última oración, y el torrente de emociones inundó tanto cada esquina de su ser que las lágrimas surgieron de sus ojos y los sollozos de su garganta, y no hubo poder humano o divino que interviniera.

Enunció cada maltrato, proclamó cada insulto infringido en su contra, cada recuerdo coronado en púas, cada maltrecho cariño que le había proferido a él. Llevaba tiempo intentando ahogarlos y esconderlos en sus profundidades como si fueran cadáveres envueltos en plástico negro que debían ser olvidados.

Pero los cuerpos eventualmente flotan, aunque tengan piedras atadas a sí, y el Maestro y su presencia calmante habían logrado revelar la identidad de estos.

Le aseguró que estaría bien. Se lamentó de que eso hubiera ocurrido en primer lugar y de que ahora ella estuviera siendo acosada por su maltratador. La atrajo hacia su pecho y ahí la dejó reposar, entre su calor y el olor de su colonia, esperando a que la presa quedara completamente vacía.

IV

Los ensayos de las escenas de Salomé se volvieron cada vez más recurrentes. El Maestro le había dicho que, aunque deseaba dejarla descansar, era imperativo que su papel quedara completamente delineado con mayor claridad.

Entonces, Salomé empezó a estar más seguido en el escenario. Con mayor frecuencia tenía que ponerse la cola de conejo, quitársela, para luego ponerse la máscara de zorro y repetir el proceso una vez más. Con mayor frecuencia tenía que dejar que su cuerpo recordara los pasos y patadas al ritmo de la música swing, como si fuera un autómata siguiendo su programación.

No pasó mucho hasta que su cuerpo, exhausto y confundido, se rindió y, una tarde, cuando ya estaba a punto de acabar su rutina, sus piernas cedieron y la dejaron en el piso, explayada como una marioneta. La mirada se le empañó, desdibujando así todos los contornos del mundo. Las luces artificiales la cubrieron con su manto y, por un brevísimo momento, pensó que había muerto, hasta que escuchó los frustrados alaridos del Maestro que la sacaron de ese trance tanático.

—¡Carajo! —bramó el hombre con los dientes apretados.

Salomé se incorporó poco a poco, tratando de comprender su reacción tan desproporcionada.

—Maestro... yo lo... lo lamento, en serio yo...

—¡Cállate! —ordenó con un ladrido. Su ceño se había fruncido, sus dientes estaban al descubierto, sus gestos eran vulgares; el elegante director de teatro había sido transformado en un perro infernal. Salomé no se lo podía creer.

Aún en el piso, Salomé puso su mano sobre su rostro:

—Maestro, solo estoy exhausta. Un poco de descanso me haría bien. No hace falta que grite.

—¡Yo veré si el grito hace falta o no! —respondió, otra vez invocando esa furia divina que lo había poseído. Salomé podía jurar que el marco de sus gafas oscuras castañeaba del pavor—. Si estás cansada o no, me vale mierda sinceramente. ¡Todos aquí lo estamos! ¡Yo lo estoy! La diferencia es que los demás no se quejan: solo vienen y hacen su trabajo bien. Hemos repetido esta vaina tantas veces porque no sos capaz de hacer bien un hijueputa movimiento de cintura sin tambalearte en esos tacones.

Eso era mentira. ¡En ningún momento eso había ocurrido! ¿No era la repetición parte de su modo de dirigir? ¡Ni siquiera había dicho nada al respecto para que ella pudiera corregirlo!

Salomé intentó abrir la boca, pero algo dentro de ella la forzó a mantenerla cerrada.

—Los artistas —comenzó a decir el Maestro con voz ofuscada; el lobo parecía listo para soplar, soplar, soplar y derribar lo que se le apareciese en frente—, somos perfeccionistas. Si la rodilla ha de doblarse a un ángulo agudo, se hace. Si la cabeza ha de tirarse para atrás, ¡pues se tira, maldita sea! ¡Si la mano ha de pegar el rostro propio, pues se hace, se hace, se hace hasta que salga bien!

El compromiso con el arte es completo o no se tiene, y si vos no querés hacerlo, sos muy bienvenida a largarte de mi teatro.

Se hizo silencio en el auditorio. Salomé solo podía mirar con desorbitados y anonadados ojos al Maestro. Ella estaba en el escenario, él en la audiencia, y aun así la presencia del Maestro se sentía demasiado grande. No parecía que ella tuviera la ventaja estratégica de la elevación.

Quería entender su comportamiento, pero su cabeza pareció llenarse de zumbidos de abejas que la desconcentraban, así que buscó en los rostros de sus compañeros actores una respuesta, a ver si ella no se había vuelto loca también.

En ellos no encontró nada más que una frialdad calculadora en sus ojos, una sombría evaluación de su carácter en sus cejas alzadas y un inexistente deseo por intervenir en el cerrar de sus bocas. Sus compañeros habían entendido bien la dinámica del actor: salir de la acción cuando se ha indicado, entrar cuando se le es pedido.

El Maestro no había indicado nada, así que no había razón para actuar en ellos.

En el pánico, Salomé comenzó a confundirlos; cada cara y su respectiva individualidad se empezó a mezclar en una sola, como si fueran una masa de clones igualmente entrenados. Habían entregado su voluntad y su actuar, y, al parecer, la única que no lo había entendido era Salomé.

Se paró. La música volvió a sonar. Acomodó sus gestos en una sonrisa e hizo bien el movimiento de cintura sin tambalearse.

Cuando acabó y el Maestro la despachó, no caminó hacia las cortinas para observar con los demás. Se bajó del escenario, tomó su cartera, subió las escaleras del auditorio que daban a la salida y se fue.

V

Una serpiente la mordió ese día. No en el sentido literal, pero casi se sentía como si el traicionero reptil en serio hubiera hundido sus acanalados y puntiagudos dientes en su talón al salir del Tebano, inyectando en ella el veneno más fuerte de todos: la ansiedad.

La mataba poco a poco, la engullía en un espiral de preguntas: ¿debí dejar la obra tirada? ¿Será que el Maestro se arrepentirá de haberme contratado? ¿Será que todos los actores me odian? Cada hipotético escenario que daba como respuesta era más ensordecedor que el anterior. Tanto así que se tenía que quedar acurrucada en su cama, mirando las grietas de la pared, mientras la alarma del despertador de su celular se desgastaba esperando a que ella la apagara.

La fuerza de sus pensamientos la ataba a ese lugar como seda de araña: pegajosa y difícil de desenmarañar.

Se pasó los días siguientes a lo ocurrido en un estado de completa absorción catatónica. Los desayunos, almuerzos y cenas pasaban por ella como fantasmas, como si la comida fuera invisible e incapaz de despertar en ella alguna especie de aliento vital.

Solo salía del estupor momentáneamente cuando su teléfono le notificaba de otra cascada de insultos y amenazas proferidas por Saúl; cuando el horror dejaba de consumirla, volvía a quedar en su estado previo. Había sido completamente degradada al estatus de observante de su propia vida, bajada a la fuerza del escenario para ser obligada a sentarse con la audiencia.

Amaba ese escenario. Lo había amado desde la primera vez que, a los ocho años, hizo su debut como actriz en la

obra de su colegio como la flor número tres. Saúl había sido un amor de tantos, pero la actuación era realmente el amor de su vida.

Jamás la maltrató, jamás le hizo sentir que era tan pequeña como una oruga. Al contrario, sobre él se sentía capaz de toda locura que se atravesara por su mente. La crisálida de su vida cotidiana se rompía cada vez que ella se ponía bajo el reflector, convirtiéndola en una mariposa a los ojos de quien la viese.

El hechizo duraba poco, pero valía la pena. Los aplausos, los vítores, el sudor y todo lo demás hacían que valiera la pena.

Por eso, lo que había pasado le dolía más que un disparo en la barriga o ser desentrañada por la Inquisición. No había sido fácil para ella mantenerse cerca del escenario. Se había pasado años enteros por fuera de él solo para mantener a su mamá y a sus hermanas a flote.

Esa era su oportunidad de oro: la posibilidad de demostrar quién podía ser con algo más de protagonismo. Y la había perdido —o al menos eso creía—. Y, carajo, claro que quería agarrar la oportunidad otra vez.

Por eso, cuando el ramo de rosas apareció en la puerta de su casa, perfumadas con la loción de hiedra del Maestro, la discusión consigo misma no duró mucho. En su mente cansada y ansiosa, era como si alguna Moira le estuviera preguntando si quería tomar la lanzadera y pasarla por los hilos del telar.

La razón le pedía a gritos que se alejara del Tebano, pero el apetito —esas ganas de comerse al mundo— la llevaron a tomar su celular y marcar el número del Maestro para preguntarle en qué momento podían programar unos ensayos para retomar.

VI

La noche del estreno, Salomé poco o nada prestó atención a sus alrededores. Estaba muy concentrada poniendo piedritas blancas alrededor de sus ojos y probándose ambos leotardos de conejo y zorro.

Todas sus entrañas temblaban, impacientes a que llegase su momento, así que decidió no comer, por miedo a que el tiempo no le alcanzara para ir al baño, cambiarse al leotardo del zorro y salir a escena. No quería invocar la ira del Maestro de ninguna manera.

Así que, para olvidar cómo se sentía, se centró en repasar mentalmente su número: recordar cuándo sonreír, cuándo mover la cadera, cuándo interactuar con la audiencia; esas eran las cosas que le importaban.

Una alarma sonó en la habitación, indicando que quedaban cinco minutos. Estaba dando el último brochazo sobre sus labios cuando el Maestro apareció en el reflejo de su espejo. Sonreía con una calma total.

Salomé le devolvió el gesto.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —dijo él con un tono dulce—. Solo que te ves muy linda.

—Los conejos son lindos naturalmente —respondió ella con la mayor tranquilidad que podía suscitar ante aquel comentario—. Nada raro ahí.

El Maestro se rió en voz baja. Había suavizado su trato desde que ella volvió al Tebano: dejó de gritar y comenzó a dirigir no desde el desorden, sino desde la organización y la repetición de lo genuinamente importante.

Le costaba, eso ella lo sabía, pero también notaba su esfuerzo.

—Tú también lo eres —añadió él.

Ahora sí se ruborizó. Escondió su mirada en los diamantes que colgaban de sus piernas.

No te emociones, se dijo a sí misma. Ahí no hay nada. Por ahora.

—Salomé —la llamó él, y ella levantó la mirada ante su orden—, ¿me permites un último consejo?

—Por supuesto, Maestro.

Se acercó. Colocó ambas manos sobre sus hombros desnudos y acercó su cara a la parte trasera de su cabeza. Su aliento olía a vino de verano, mentas y algo ancestral.

Y con una voz entrampada en algo que rozaba lo etéreo, dijo:

—El truco está en recordar que eres mortal. Tu cuerpo viene del polvo y en polvo te convertirás, pero lo único que te acerca a los dioses es cada hazaña que hagas allá arriba. Así se consigue la inmortalidad. Disfruta a ese público como si fuera la última vez en la vida que te montaras al escenario.

Estaba haciendo un calor del demonio en ese camerino, pero sus palabras la helaron por completo. Quería investigar el porqué de dicho cambio, pero se contentó con asentir y sonreír.

Se quedó con ese gélido frío hasta que se acercó a las cortinas del escenario y se sentó a observar cómo las luces se atenuaban para dar comienzo a la obra.

Se hizo la oscuridad y el silencio. La audiencia se calló y quedó sumida en una quietud primordial. Así estuvo un buen rato, hasta que el sonido del goteo de agua

comenzó a crecer poco a poco, haciéndose más grande e inundando todo el recinto con su existencia.

Salomé había memorizado todas las entradas, salidas y movimientos para saber cómo asistir con la escenografía, pero por un breve momento se permitió olvidar toda esa estructura y presenciar la magia que estaba ocurriendo frente a sus ojos.

Actores cubiertos en telas blancuzcas y coronas de espinas, laureles y moras, entraron en escena, corriendo y danzando con la ligereza de las palomas. Procedieron a gatear, a correr. Eran los espíritus primordiales de las bestias que primero poblaron la tierra.

Entre todos convocaron una cacofonía de ladridos, gruñidos, berreos y mugidos; armoniosos, a pesar de su naturaleza discordante.

Y de entre ellos, una de las actrices —la misma que había recibido a Salomé ese primer día— se incorporó y retiró su corona de su cabellera. Tomó a cada uno de sus compañeros y los acomodó, sacándolos de su trance bestial y sumergiéndolos en un silencio doméstico.

Algunos se le escaparon, saliendo de escena con gritos horrorizados. Los que se quedaron esperaron a que el monólogo introductorio comenzara para poder salir gateando por las cortinas.

En la siguiente media hora se conformó un tapiz de escenas de distinta naturaleza: mujeres abeja con doradas manos construyeron un panal con celdas hexagonales que luego fue derribado por el hombre, generando una furia báquica entre las mujeres que las llevó a lanzarse sobre el infortunado; hombres con máscaras de toro se embistieron entre sí para luego perseguir a un actor que irrumpió en escena con un manto rojo carmesí; saltarines cervatillos vieron su juego interrumpido por los disparos

de una escopeta, uno de ellos no se salvó y entregó al hombre su cornamenta, su suave manto y sus zapatos.

Fue un carnaval de lanzadas y estocadas entre hombre y animal, ambas partes recibiendo y lanzando en igual medida.

Salomé se asomó para mirar al público: había rostros confundidos, otros exaltados, pero todos reflejaban asombro y curiosidad. Querían entender.

El Maestro se había posicionado en primera fila con su vaso de vino medio lleno. Lucía completamente satisfecho con los cuchicheos que escuchaba entre la multitud.

Cuando las luces se oscurecieron otra vez, Salomé se preparó. Era el momento de su primer número. El conejo no era su personaje favorito, pero al menos su traje era el más cómodo y su rostro estaba expuesto para todos.

Se acomodó los diamantes alrededor de sus brazos y sus piernas y fue en busca de sus siete velos, que estaban en la cajita de utilería.

El corazón se le agitó a medida que se preparaba. ¿Y si algo pasa?, preguntó una voz dentro de ella, desesperada y ahogada.

La fanfarria de las trompetas de su pieza comenzó a sonar desde los parlantes. ¡Que pase lo que tenga que pasar!, respondió otra voz que Salomé creyó ser la suya.

El redoble de los tambores le indicó su entrada, y no dudó. Avanzó con paso firme y se puso en posición.

Como una muñeca siendo llevada por la mano de una niña, entró Salomé en escena: segura y lista para ser iluminada por el reflector.

Su rostro se congeló en una sonrisa nerviosa, tal como la mirada de un conejo siendo expuesto a una multitud de personas ansiosas por tomarlo entre sus manos.

Recordó las instrucciones del Maestro: el nerviosismo es importante para el papel del conejo. Para él, su mundo se compone de amenazas por todas partes: serpientes, cazadores, zorros.

A pesar de esto, el conejo hace lo que puede.

Sus patas eran hábiles para mostrar esto. Daba brincos pequeños y repetitivos. El movimiento de sus brazos era delicado y rápido.

Se acercaba al frente del escenario para ver quiénes estaban y luego simulaba estar apenada por verse tan expuesta.

Cuando la música se aceleró, siguió las instrucciones de la letra.

Las dos rodillas juntas. Muévelas a la izquierda, luego a la derecha. Aplaude. Abre bien tus brazos. Aplaude otra vez. Gira, gira, gira hasta que te marees, vuelve a quedar al frente para que ellos te observen bien.

La música se calmó y quedó en un tempo lento, permitiendo que Salomé recuperara el aliento y pudiera estar frente a los rostros de su audiencia.

Había encanto, había apetito de más. Sonreían con todos sus dientes, listos para el siguiente plato.

Ella se sintió llena, contenta. Quería verlos expectantes y con ganas de más.

Sacó los velos y comenzó a mover su cadera, balanceándose como si fuera una copa de vidrio al borde de un precipicio.

El conejo era símbolo de ternura y pureza, sí; pero también había mutado para convertirse en símbolo de invitación lujuriosa cuando una mujer adoptaba su colita y orejas.

Liberó y dejó flotar en el aire sus brazos, dejando que los velos cayeran alrededor de ella como finas nieblas de escarlata y púrpura.

Se pavoneó por el escenario y dejó que la audiencia observara cada detalle de su leotardo, cada uno de los diamantes que caían como lágrimas por sus piernas, cada rastro de su piel morena descubierta.

Atrás había quedado la mirada nerviosa y la respiración temblorosa: solo había fuerza bruta y seductora en su movimiento de caderas.

Mírenme, pedía Salomé. Crean en todo esto.

Dejó su mano estirada arriba y realizó la pose final que indicaba el final de su interpretación, y se dejó bañar una última vez en el silencio primordial que se formó.

La audiencia la ovacionó. Cada ronda de aplausos era más vigorosa y más enérgica que la anterior. La piel le escurría de sudor, el estómago y la cabeza le dolían, pero no le importó.

Se enfocó en ellos, en los testigos del milagro que acababa de realizar. Este era el mundo, el único que importaba. Parecían perros ladrando en manada por el único hueso con algo de carne.

Una sensación calurosa se expandió en el pecho de Salomé. Era agradecimiento lo que se regaba en ella, pero también ganas de dar más.

¿Así se sentía ser inmortal?

Quería que ellos se llevaran esa imagen —su imagen— marcada con hierro indeleble.

Quería que la consumieran por completo y quería quedarse en ese instante para siempre, en ese éxtasis de adoración y protección.

El aire cambió. Un movimiento rápido en la multitud captó su atención brevemente, pero su boca fue más rápida que su mente.

Estaba a punto de gritar cuánto los amaba cuando divisó un familiar pelo rapado alzarse entre la multitud y escuchó el disparo que sonó al mismo instante.

VII

Por un momento, pensó que no había visto bien. Que el peinado de Saúl había sido una ilusión, producto del cansancio. Pero la mancha que se extendía en su barriga ornamentada, tiñendo todo de rojo carmesí, y el dolor, agudo como el alarido que había soltado, solo le indicó que todo eso era real.

El mundo se tambaleó y ella cayó sentada de cola.

¿Cómo? ¿Cómo la había localizado? ¿Dónde estaba su Moira en ese momento? ¿Por qué ella había ofrecido el arco y la flecha al hombre que la quería cazar?

Parecía todo un mal chiste. Seguía desasiéndose en hilos rojos cuando gritó:

—¡Ayuda, me mataron!

Pero su audiencia no reaccionó con horror, ni tampoco sus compañeros. Los habían puesto en pausa. Hechizados, o al menos eso parecían. Saúl seguía de pie, una mancha especialmente pálida entre la oscuridad. Parecía más un cadáver, con su escuálido y huesudo rostro, que un vivo; y, aun así, ahora era ella la que se estaba muriendo.

Qué pena. No alcancé a actuar como el zorro.

El Tebano se volvió un horno a medida que el calor abandonaba su cuerpo.

¿Quién va a cuidar de mamá? ¿A mis hermanitas?

Le pareció ver que las paredes sudaban, que había empezado un incendio en alguna parte del teatro, pero era invisible para todos en la sala.

Ojalá mis amigas sepan que fue él.

Le pareció que tanto actores como público comenzaban a lucir más como hambrientos lobos que deseaban devorarla; sus fauces delineadas con hálitos de saliva.

O tal vez eran simplemente humanos hambrientos, confundiendo su sudor y su sangre con miel y leche para beber y comer.

No sabía qué comparación era peor: si el ser la presa o el ser alimento. Ambas indicaban que la muerte iría por ella pronto.

Salomé buscó con la mirada al único hombre que podía poner fin a esa locura. El mismo que era capaz de dirigir cualquier escena como Dios con la creación. Él restauraría el orden, él pondría a los perros a dormir.

El Maestro seguía sentado en primera fila sin mover un músculo. En su boca había una sonrisa: era una granada cortada con un cuchillo, tan cruel y puntiaguda.

Sus rizos, oscuros como racimos de uvas negras, lucían completamente salvajes. Ya no tenía puestos sus lentes de sol.

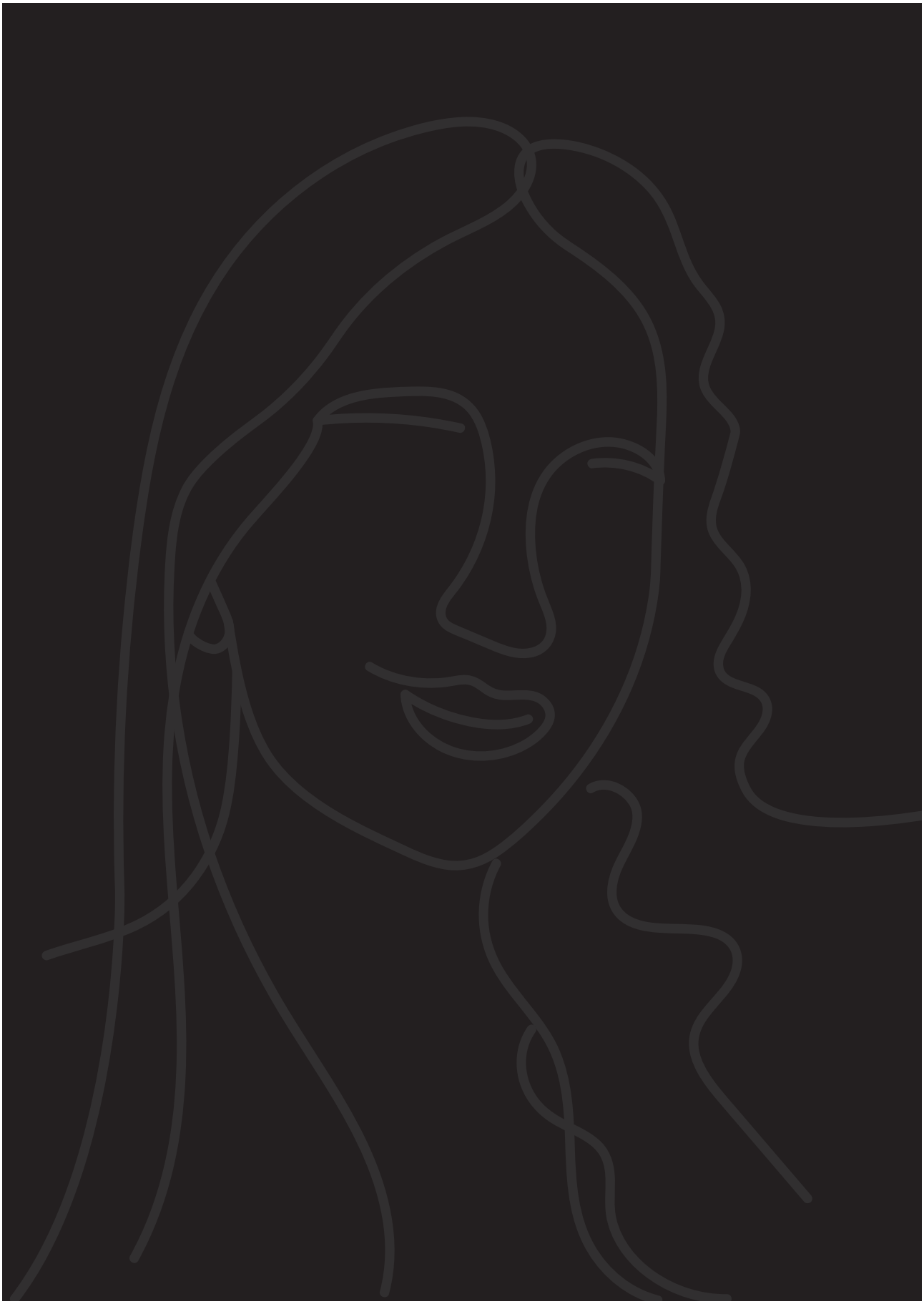
Su mirada encontró un par de ojos amarillentos como los de un leopardo: afilados, deseosos y poseedores de toda la verdad.

Y a Salomé la miraba altaneramente, con su lengua recorriendo los valles y montañas de sus labios golosamente.

A pesar de su consciencia que se desvanecía, comprendió entonces lo que estaba pasando, en un aterrador instante de claridad.

Pues él era realmente el rey de las bestias, el que comandaba a todas y cada una de ellas de la misma forma que comandaba un escenario.

Y, tal como un rey, la señaló con el dedo y dejó que las bestias saltaran de las butacas y salieran de las cortinas para ir al encuentro de su botín.



Hojas al Viento

Autora: Saric Loraine Díaz Blanco
Lorica, Córdoba

Finalista

Hojas al Viento

Saric Loraine Diaz Blanco

Por ahí se dice que uno nace con la suerte echada, pero carajo... yo siempre he creído que a veces la suerte se la echa uno mismo a perder. Eso pasaba con mi papá.

Él era un hombre de manos fuertes, curtidas de tanto tirar machete en el monte bajo el sol caliente, pero cada peso que ganaba con el sudor de la frente se le iba como agua entre los dedos. El vicio de las barajas lo tenía encadenado. Solía sentarse en las noches con los compadres a jugar cartas, a beber ñeque barato y a perder lo poquito que coronaba.

Mi mamá se quejaba bajito, sin gritos ni alboroto, porque ella era de esas mujeres que aguantaban todo. Yo la veía llegar cansada del río, con las manos arrugadas de tanto restregar ropa ajena en las piedras, y aun así con ánimo de prender el fogón de leña para echarnos, aunque fuera, un arroz clarito.

Vivíamos en una casita de bahareque, de esas que parecen de barro seco y varas mal amarradas. El techo se nos llovía cuando caía cualquier aguacero y las camas eran apenas catres maltrechos con esteras encima.

Yo dormía en mi cuartico, pegado al de mis padres, y escuchaba por las noches cómo mi mamá suspiraba, aparentemente decepcionada, mientras mi papá roncaba después de llegar de las partidas. A veces sentía rabia, porque yo sabía que con lo que él botaba en su vicio

podíamos comprar, aunque fuera, una manta nueva o zapatos que no me apretaran los dedos. Pero yo no podía decir nada, al fin y al cabo, no era más que una pelaíta de catorce años, sin estudios ni clase, ni nada de eso que tiene la gente decente. Eso no era opción para gente como yo; a eso solo tenían acceso los de plata.

Yo solo podía ayudar con los oficios de la casa y, de vez en cuando, acompañar a mi mamá a lavar la ropa de las familias que podían pagarle unas cuantas monedas.

Y como si toda nuestra miseria fuera poco, un día la vaina se puso color de hormiga.

Era de tardecita, entre claro y oscuro; estábamos mis papás y yo comiéndonos una mazamorra de maíz que mi mamá había preparado al mediodía, iluminados por la luz de una velita chiquitica que ya casi se apagaba, cuando escuchamos tremendo totazo en la puerta, seguido del griterío de un hombre.

Todos nos quedamos espantados, mirándonos sin entender nada.

De un brinco, mi papá se paró, todavía con la cuchara en la mano. Mi mamá también, limpiándose las manos en el delantal como pa' disimular el nerviosismo, y juntos fueron a ver quién carajos era el que estaba haciendo semejante escándalo.

Apenas corrieron el pasador y abrieron la puerta, a mí se me heló la sangre: aquel tipo estaba encendido de la rabia, con las venas del cuello brotadas y la mano recostada en el cinto, de donde se le asomaba la culata de una pistola.

No era cualquiera. Era Álvaro Berrocal, el terrateniente y ganadero más pesado de toda la redonda, hombre al que todo el mundo le tenía respeto... y miedo.

Yo, apenas lo reconocí, no aguanté más: me fui despacito pa' mi cuarto, con las piernas flojas, temblando como si me hubieran echado un baldado de agua fría.

Allá, en la penumbra, me arrodillé junto a la cama. Tenía los ojos pelados del susto y una camándula apretá entre los dedos, rezando bajitico pa' que ese hombre no fuera a sacar el fierro que cargaba en la cintura y le metiera un pepazo en la cabeza a mi papá.

Al rato, los gritos se fueron bajando, como cuando la brisa se calma después de un fuerte aguacero.

Mi papá y mi mamá entraron de nuevo a la casa, con las caras pálidas y serias. Cerraron la puerta de un golpe, como queriendo espantar la mala hora.

Por la rendija de la ventana alcancé a ver al tipo montando en su caballo. Agarró las riendas con rabia y salió de allí como alma que lleva el diablo, levantando polvo por todo el camino.

Resulta que mi papá le debía un platal a ese hombre, por la vaina del juego. Había apostado y perdido no sé cuántas veces, hasta que la cuenta se volvió más grande que cualquier jornal que pudiera ganarse en el monte.

Álvaro Berrocal quería su billete completo, no aceptaba cuentos, y como sabía que mis viejos no tenían ni dónde caerse muertos, vino a cobrárselas a su manera.

Nos amenazó sin rodeos: que, si en menos de quince días no le pagaban hasta el último centavo, iba a prenderle candela al ranchito, con nosotros adentro si era preciso. Y después, dijo, se encargaría de mi papá, de mi mamá y de mí, uno por uno.

Los días siguientes fueron un tormento.

Mi papá andaba de arriba a abajo, revolcando cielo y tierra, como queriendo que la plata le cayera de arriba, pero lo único que encontraba eran más deudas y más vergüenza. Eso era un hueco sin fondo.

Una noche, mientras nos comíamos un arrocito pelao con yuca, me llamaron pa' sentarme frente a ellos. Yo, de una, sentí que venía candela, como cuando sabes que algo malo va a pasar, porque el ambiente estaba más pesado que matrimonio a la fuerza.

Mi papá, con esa voz áspera de tanto beber ñeque, me dijo:

—El viejo Berrocal quiere que le pague su plata… pero también dijo otra cosa. Que si tú te casas con el hijo de él, la cuenta queda a paz y salvo.

A mí no sé ni qué me dio cuando escuché eso. Me quedé mirándolo, esperando que dijera que lo que acababa de decir era mentira. Volteé a ver a mi mamá, buscando, aunque fuera, un gesto, una palabra… pero na'. Bajó los ojos, se estrujó el delantal con las manos y se quedó callá, como siempre.

Mi papá, sin mirarme mucho, como quien habla de cualquier negocio, terminó diciendo:

—Ya le dije que sí. Tú vas a ser la mujer del hijo de Berrocal y así nos quitamos esta

desgracia de encima.

¡Yo apenas era una pelaíta de catorce años! Y ya me estaban entregando como si fuera un animal pa' pagar la deuda de un vicio ajeno. Mi papá, ciego con sus barajas, me vendió sin pensarlo, y mi mamá, con su silencio, me dejó sola.

La boda fue un sueño un tanto raro, de esos que uno nunca llega a saber si son buenos o malos. Todo lo pagó ese señor, por supuesto, porque mi papá ni para comprarme unas medias viejas tenía.

La iglesia del pueblo nunca había estado tan bonita ni tan adornada: había flores por todos lados, los bancos tenían cintas doradas y hasta un coro de niñitos que cantaban como pajaritos.

A mí me tenían encerrada desde tempranito, en la finca del viejo Berrocal. Las mujeres de esa casa me bañaron, me peinaron y me embadurnaron en perfumes que yo nunca había olido. Después sacaron un vestido larguísimo, blanco, con encajes —se veía muy fino, aparentemente valía más que mi vida— y un velo que me llegaba a los pies.

Cuando me lo pusieron, me paré frente al espejo y no me reconocía. Ellas, muertas de la risa, me decían que me veía como una muñequita. Pero yo ni sabía qué era eso de muñeca. Nunca había tenido una. A mí lo único que me daban eran tapitas de botella pa' jugar en el patio, o una totumita vacía pa' hacer que era mi cocina. Eso de muñecas era pa' las niñas ricas, pa' las hijas de los comerciantes y de los ganaderos, no pa' una pelaíta de río como yo.

Yo no sabía con quién me iba a casar. Lo poquito que me habían dicho era que el hijo de Berrocal se la había pasado toda la vida en la capital, que allá había estudiado en colegios finos y hasta en la universidad, rodeado de gente con plata. Ni siquiera lo había visto en persona; apenas oía su nombre como quien oye hablar de un extraño, como si me fueran a entregar a un fantasma.

De repente, la puerta del cuarto se abrió despacito y entraron mis papás. También estaban arregla'os, con ropa fina que yo nunca les había visto puesta. Mi mamá llevaba un vestido rojo que seguro no era de ella, se lo habían prestao pa' la ocasión, pensé yo. Y mi papá, ay, Dios... mi papá tenía puesto un traje negro y una corbata apretándole el cuello, como si se estuviera ahorcando solo.

Cuando lo vi, quise llorar. Sentí unas ganas enormes de gritarle en la cara que era un desgraciao, que por su vicio me estaba entregando como si yo fuera una vaca más. Pero las palabras se me quedaron en la garganta, como un nudo que no me dejaba ni respirar.

Él me miró de reojo, apenas un instante, y enseguida apartó la vista, como quien sabe que ha hecho una barbaridad y no tiene cómo sostener la mirada.

Mi mamá, en cambio, me acomodó el velo y, con los ojos encharcados, me dijo:

—Te ves bonita, mija…

Yo apenas la miré, sin saber si llorar o maldecirla también. Bonita, decía… bonita pa' venderme, bonita pa' pagar la deuda de un hombre que nunca supo ser papá.

Al rato entraron unos peones, emperfumados y peinaítos, diciendo que ya era hora, que la ceremonia iba a comenzar. Me agarraron y me subieron a una carreta adornada con un pocotón de flores blancas, halada por unos caballos que guiaba un hombre serio, sin decir ni pío.

Yo, mientras iba ahí sentada, solo miraba el horizonte, los árboles y ese sol caliente que me encandilaba dejándome casi ciega. Por dentro, lo único que quería en ese momento era tirarme de esa carreta, o que me pasara algo de una vez pa' no llegar nunca a esa iglesia. Tenía un nudo atravesao en el estómago; no sabía si ponerme a llorar o gritar, y ni eso podía hacer.

Al laíto iban mis papás, y yo tragándome las lágrimas, porque no podía llorar como una pelaíta chiquita, aunque eso era lo único que en verdad era: una niña.

Cuando la carreta se fue arrimando a la iglesia, vi que aquello estaba lleno de un gentío. Me bajaron y mi papá me agarró del brazo sin soltar una sola palabra. De

repente, el murmullo de la gente se apagó, todo quedó en silencio, y los niños, en coro, comenzaron a cantar junticos, como canarios recién soltaos.

Entramos por la puerta grande, caminando despacito, y a lo lejos alcancé a distinguir a un hombre altísimo y delgado, de al menos un metro noventa.

Ese tipo era José Ignacio, el que en unos instantes se convertiría en mi marido. Lo vi primero de espaldas, quietecito como estatua, y cuando yo estaba cerquitica de llegar al altar, se volteó.

¡Madre mía! Casi me da un patatús. Ese hombre era blanco como la harina, tenía unos ojazos tan negros como cielo de madrugada. La cara fina, la quijada bien marcada y el pelo peinao pa' atrás, reluciente como si se hubiera echao un poco de manteca pa' domarlo.

Finalmente llegué al altar. Sentí eternos los cuarenta y nueve pasos que di para llegar hasta allí. Mi corazón latía con una fuerza descomunal; sentía que en cualquier momento se me podía salir del pecho, porque muy adentro de mí sabía que había llegado el momento de firmar mi sentencia.

El sacerdote, un viejo ya bastante mayor, con gafas gruesas, comenzó a leer con voz bajitica y relajada, como pa' que los dos entendiéramos en qué nos estábamos metiendo. Pero yo, más que prestar atención a lo que él pronunciaba, estaba perdida entre mis pensamientos, y no vine a tener noción del tiempo sino cuando me tocó decir las palabras mágicas:

—Yo, Mariela... te acepto...

Él también repitió sus votos con voz temblorosa. Cuando llegó el momento del beso, se inclinó suavemente hacia mí y medio me tocó el cachete, con un beso pequeñito.

Por un momento casi me desestabilizó. Ya nos habíamos convertido en “marido y mujer”.

Los aplausos —que parecían que nos iban a dejar a todos sordos— no tardaron en llegar, inundando todo el lugar. Los invitados se comenzaron a parar de sus asientos para felicitarnos, darnos sus buenos deseos, larga vida y feliz matrimonio, llamándome “señora Berrocal”.

Después de la ceremonia, nos llevaron a los recién casados al lugar de la celebración: una de las tantas propiedades del señor Berrocal, una finca bastante grande y bonita, a decir verdad, a las afueras del pueblo.

¡Ombe!, eso parecía como de otro mundo, completamente diferente al que yo había visto y estaba acostumbrada desde niña.

¡Nunca había visto tanta comida junta en mi vida!: sancocho, asado, arroz de coco frito y un pocotón de dulces de todas las clases que uno se pudiera imaginar.

A mitad de la noche, el señor Berrocal, mi suegro, se paró en medio de la multitud con una copa en la mano:

—¡Por los novios! —exclamó, levantando la copa—. Que esta unión sea larga, próspera, y que nunca les falte na’ en la vida. ¡Salud!

Todos alzaron sus copas y brindaron sonrientes, con la chapa pela.

Y yo me quedé como palo de escoba, paralizada.

José Ignacio y yo estábamos sentaítos los dos en la mesa que nos habían dado solo pa’ los recién casados, toda adorná con flores blancas, la torta más grande que yo y velas.

Tenía las manos sudadas como pescado en río al mediodía, y el vestido pesado me pegaba al cuerpo.

De repente, llega un mesero de los que habían contratáo pa' la fiesta, caminando bien elegante. Traía dos copas de vino.

—Señores, su vinito —dijo, dejándolas delante de nosotros.

Yo lo miré, sin entender. A lo mucho había probado agua de panela en mi vida; esto era otra cosa totalmente diferente, un agua oscura que olía fuertísimo y que solo de mirar ya me mareaba un poquito.

José Ignacio agarró la suya con toda la calma del mundo y me sonrió:

—Prueba —me dijo.

Yo dudé, miré la copa y di un sorbito chiquito.

¡Ay, ombe! Eso me dio como un golpe, caliente, fuerte, diferente a todo lo que había probado. Tosí un poquito y José

Ignacio me pasó un pañuelo, burlándose bajito mientras nadie parecía darse cuenta.

Yo cogí ese berraco pañuelo y me limpié la boca, con la cara caliente todavía y un fogaje raro que me quemaba la garganta.

Miré a José Ignacio, que parecía lo más de tranquilo, y me extrañé, pues parecía que tomar trago fuese de lo más normal pa' él.

Yo me quedé ahí, muriéndome de la pena.

Me daba tremenda vergüenza hacer el ridículo frente a tanta gente elegante, todos con sus ropitas finas y bonitas, hablando bajito, con un aire de clase.

Y yo apenas era una pelaíta humilde, sin apellido de renombre, y lo peor era que ni entendía por qué el viejo Berrocal me había casado con su único hijo.

¡Si ese bellaco pelao era un boyazo, podía conquistar a cualquier mujer de por acá o de la capital!, de esas con estilo, que hablan bonito y educadamente.

Y aquí estaba yo, una pelaíta sin nombre, sentá frente a todos, sintiéndome como pescao fuera del agua.

Después de todo el alboroto de la fiesta, los invitados comenzaron a irse a sus casas, uno a uno, tambaleándose con los ojos vidriosos como charco de agua cuando le pega el sol. También hubo otros perniciosos, como mi papá, que se emborracharon tanto que quedaron tiraos en el suelo como muñeco de año viejo.

José Ignacio me agarró del brazo y me llevó al cuarto donde íbamos a dormir.

Yo iba detrás de él con el corazón a mil, porque mi mamá, antes de casarme, me había explicado que después de la boda los novios "consuman el matrimonio" y un montón de cosas de gente grande.

José Ignacio abrió la puerta del sipote cuarto —más grande que la casita de mis papás—.

Él me dejó entrar primero y yo, bien asustada, me senté al borde de la cama, apretando el vestido y con la mirada abajo.

—¿Y... qué vamos a hacer ahora? —pregunté bajito, con la voz temblorosa, sin atreverme a levantar la mirada.

Él se rió suavecito y me miró de reojo:

—Tranquila, mija —dijo—, yo no voy a dormir acá... voy a dormir en el cuarto de al lado.

Enseguida sentí como mi alma volvió a mi cuerpo. Pude respirar con tranquilidad y me tiré en la cama.

Él salió del cuarto casi que muriéndose de la risa.

Yo me quedé quietecita y, lentamente, mis ojos se fueron cerrando hasta quedarme completamente dormida.

día siguiente me desperté porque la bulla de la puerta abriéndose me asustó. Al frente de mí estaba una mujer, con el delantal limpio, mirándome fijamente, como quien dice: "alístate de una vez".

—Levántate, mijita —me dijo—, ya son las diez de la mañana. Váyase a bañar y después venga a comer.

Yo espabilé un par de veces, todavía medio dormida, sin entender muy bien quién era esa señora, pero más veloz que chisme en pueblo chiquito me paré de la cama y me alisté.

Salí del cuarto, siguiendo las voces que escuchaba a lo lejos, hasta que llegué a la sala.

Ahí estaban José Ignacio y su papá sentados en el comedor, desayunando.

La señora me señaló una silla y me dijo:

—Siéntese, mijita, que ya la comida está lista.

Y no me quedó más que obedecer. Me sirvió el desayuno: un plato de patacones con queso, casi que pa' mí sola. Bajitico dije:

—Carajo, esto es un montón de comida…

El señor Berrocal alcanzó a escuchar lo que dije y comentó:

—Coma, mija, coma, que usted necesita mucha energía.

Yo me quedé helá, porque entendí a lo que se refería. En ese instante, José Ignacio se atragantó con la comida, ahogándose y tosiendo mientras me lanzaba una mirada incomodísima. Clarito que el comentario había sido medio picante pa' la ocasión.

Yo me quedé ahí, con los ojos bien abiertos como plato, sin saber si reírme o salir corriendo, mientras él se sacudía la comida que le había caído en el pecho y el viejo nos miraba fijamente, como quien no se quiere perder ni un detalle.

Los siguientes días fueron raros, como cuando uno está esperando que pase algo pero no sabe qué.

José Ignacio se la pasaba en el patio, sentao debajo de un palo de mango leyendo unos libros grandotes, y yo me quedaba a lo lejos fingiendo que bordaba o haciendo cualquier maricada, pero en realidad me quedaba viéndolo a él.

Me llamaba la atención ver cómo movía los dedos pa' pasar las páginas, cómo arrugaba la cara cuando no entendía algo, y cómo, a veces, levantaba la mirada y se quedaba viendo pa' cualquier lado, perdido en sus pensamientos.

Yo me aguantaba la respiración cada vez que volteaba, pa' que no se diera cuenta de que lo estaba viendo, aunque nunca me mirara de verdad, y sentía un calor raro que me subía por el pecho y los cachetes.

Y así llegó el 17 de agosto de mil novecientos cuarenta. Yo cumplía quince años y ya habían pasao tres meses desde que me había casao.

José Ignacio ni su papá estaban en la casa; desde tempranito habían salío a ver unas vacas que iban a comprar en otro pueblo.

Yo estaba sola, caminando de un lado pa' otro, sintiéndome como hormiga en esa casota.

El reloj del salón daba tic-tac muy lento, como si también estuviera esperando que algo pasara.

Me levanté, caminé hasta la ventana y vi a lo lejos los árboles del camino por donde habían salío José Ignacio y su papá, y sentí un vacío raro.

Pasaban y pasaban las horas; a cada tanto escuchaba el ruido de los sirvientes trabajando en la cocina, el galope de algún caballo en el patio, y me paraba como bala a ver si era José Ignacio, pero nada: solo eran los peones acarreando el ganado.

Y sin darme cuenta, se me cerraron los ojitos de tanto esperar y de tanto caminar de un lado pa' otro; me quedé dormida en el cuarto, acurrucá en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada.

A las diez y cuarto me levanté de golpe, con el corazón brincándome en la garganta, porque sentí que alguien me estaba viendo.

Abrí los ojos despacito, y allí estaba él: José Ignacio, parado al pie de la cama, quieto como espanto, con los brazos cruzados y la mirada seria, clavá en mí.

Se fue arrimando lentamente, se sentó en el borde de la cama, me dio un beso suave en la frente y me abrazó.

Yo me quedé tiesa, sin saber qué hacer; él estaba demasiado cerquita y eso me hacía temblar, me descontrolaba por completo, mezclando miedo con algo que ni sabía cómo llamar.

Luego sacó un cofrecito largo y lo abrió: dentro había un collar bien bonito, con pepitas brillantes.

Me quedé mirándolo, con los ojos grandotes, y él me abrazó de nuevo, dándome a entender que sabía que era mi cumpleaños, porque había escuchado que yo se lo decía bajito a una de las sirvientas en la cocina.

Ese día, por primera vez, no se fue a dormir al otro cuarto; se quedó ahí conmigo, dormido al lado mío, y yo sentía cómo su cercanía me hacía un revoltijo de emociones.

Poquito a poquito nos fuimos acercando más, pero siempre de lejos, con cuidao, como quien juega con fuego sin queré quemarse.

Yo lo miraba en el patio, acomodando el caballo, pasando las páginas de un libro grandote que parecía pesar más que un saco de arroz, o hablando bajito con algún peón, y sentía un calorcito que me subía al pecho y me dejaba sin aire.

Él, José Ignacio, tenía veinte años, todo un hombre pa' la edad que tenía, y a veces me miraba de reojo, me sonreía bajito, sin decir na', pero dejándome claro que algo estaba naciendo entre los dos, ombe, que me tenía toda confundida y a la vez feliz.

Los días se volvieron rutina: yo bordaba cerquita de la ventana mientras él caminaba por el patio, o me encontraba en la cocina ayudando a preparar algo, y él aparecía tranquilo, preguntando cómo estaba, cómo me sentía.

Yo le contaba cualquier cosita y él me

escuchaba con esa paciencia, como si yo fuera lo más importante del mundo.

Se fue volviendo alguien en quien podía confiar, alguien cuya presencia ya no me daba miedo, sino que me daba un calorcito en el pecho que no se lo podía quitar nadie.

Nos contábamos cosas pequeñitas, secretos de niños grandotes: qué le daba miedo en la finca, cuál fruta le gustaba más, cómo había sido su infancia en la capital.

Yo lo escuchaba y me sorprendía de lo distinto que era su mundo, pero a la vez sentía que un hilo invisible nos iba uniendo, casi sin querer.

Cada gesto suyo me dolía y me alegraba a la vez, y aunque todavía no entendía del todo qué era eso que sentía, ya no podía negarlo: me estaba empezando a enamorar de aquel hombre de veinte años que, hasta hacía poco, me parecía un desconocido.

Pero la felicidad, por lo que veo, es como la brisa fresca: llega cuando uno menos la espera y se va cuando más la necesita.

Una tarde, mientras yo le bordaba una sabanita al bebé que venía en camino, llegó mi mamá a visitarme. Venía cansá, con los ojos rojos como si hubiera llorao todo el camino.

—Mariela, mija —me dijo, agarrándome las manos—, tu papá se murió anoche.

El mundo se me vino encima como pared mal construida. Por más que mi papá hubiera sido un borracho y un jugador, seguía siendo mi papá.

José Ignacio me abrazó fuerte mientras yo lloraba como Magdalena y me prometió que íbamos a ir al velorio.

Pero cuando llegamos a mi casa, lo que vimos no era na' normal. Mi papá no había muerto de viejo ni de enfermo… tenía un tiro en la cabeza.

Apenas lo vi, sentí que las piernas me fallaron, me dejaron de funcionar o algo así, porque me caí casi al suelo.

José Ignacio, asustao, corrió a pararme, pues ya yo estaba barrigona y él sabía que cualquier golpe podía hacerle daño al pelao.

Me abrazó fuerte, con los brazos como muelles, y yo solo podía soltar lamentos y decir su nombre entrecortao:

—Papá… papá…

José Ignacio me apretó más, como si con eso pudiera arrancarme el miedo:

—Tranquila, tranquila… que aquí estoy yo.

Pero yo no podía tranquilizarme. Sentía un calor raro en la barriga, y el pelo del cuello se me erizaba con cada detalle que veía.

La sangre de mi papá manchaba el suelo; el tiro había hecho un charco que olía a hierro y polvo.

Las lágrimas se me mezclaban con la rabia, y el miedo me hacía sentir pequeña, diminuta, como hormiga pa' un gigante.

Por un instante quise gritar, salir corriendo, hundirme en el suelo y no volver a salir.

El día del entierro fue peor. El cielo amaneció nublao, como si el firmamento estuviera llorando con mi mamá y conmigo.

Los vecinos iban llegando de a montoncitos al cementerio; algunos nos miraban con pena y otros con lástima, pero yo sentía que las miradas estaban puestas en mí, en mi barriguita.

Cuando bajaron el cajón al hueco, José Ignacio me tuvo que agarrar duro, porque yo solté un grito tan fuerte que hasta los pájaros salieron volando.

Yo sentía que el alma se me partía en dos y que mi vida se salía lentamente del cuerpo, dejando solo un cascarón vacío.

Cuando por fin todo acabó, regresamos a casa, y un aguacero —de esos que parecen que el cielo se fuera a caer a pedazos— comenzó a caer.

Yo me encontraba acostá en la cama, pegá a José Ignacio, con el cuerpo todavía temblando del día que habíamos pasao, cuando de repente empecé a sentir un dolor intenso en el vientre.

Eso era señal de que el pelao ya quería salir.

José Ignacio salió casi que volando del cuarto a llamar a las sirvientas pa' que me vinieran a ayudar a parir, mientras yo me retorcía en la cama del dolor.

Las sirvientas llegaron corriendo como rayo, con toallas y agua caliente.

Me acomodaron en la cama, mojándome un tantico con agua tibia pa' aliviar el calor del dolor, mientras José Ignacio no me soltaba la mano ni un segundo.

Yo solo podía gritar, retorcerme y agarrarme de él; empujaba, con el cuerpo cansao, pero con toda la fuerza que me quedaba, hasta que de repente escuché a lo lejos —casi que desmayándome— un llanto pequeñito, finito, como pajarito recién nacido.

Un varoncito había salido de mi cuerpo.

Las sirvientas pusieron en mi pecho, empapao de sudor, a aquel cuerpecito chiquitico.

Lo agarré con cuidado, temblando todavía, sintiendo su calorcito pegado a mi pecho.

José Ignacio me miraba con los ojos aguados, y yo sentí algo raro, algo bonito que me hacía olvidar por un ratico toda la amargura que viví desde niña.

El llanto del pelao llenaba la habitación y parecía que hasta la tormenta afuera se calmaba un poquito.

En ese momento entendí que, aunque la vida nos había pegado duro, todavía había cosas que valían la pena.

Miré a José Ignacio y sonreí bajito, con los ojos húmedos.

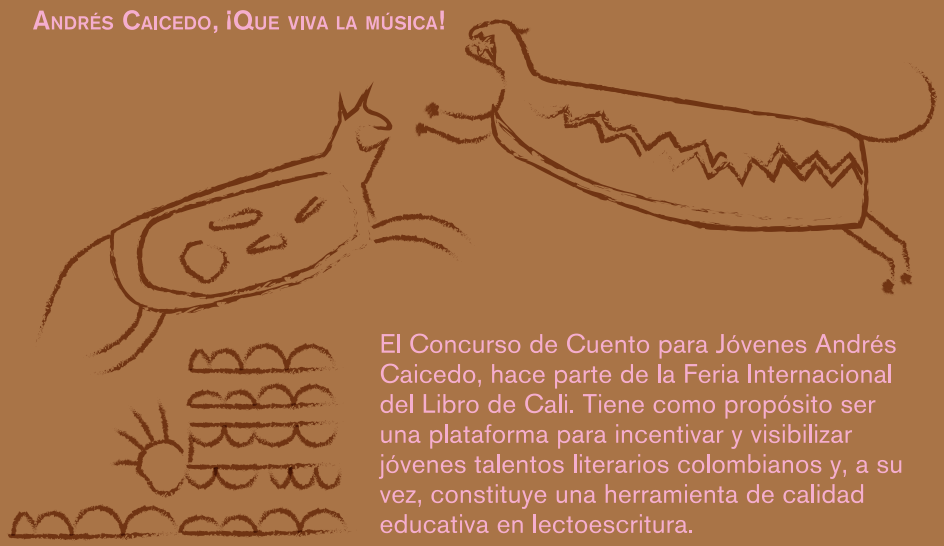
Comprendí que la vida puede ser dura y a veces injusta, pero siempre deja pequeños momentos de alegría que nos hacen seguir...

como hojas al viento.

ISBN 978-958-619-226-2

"Gigantesca luna
y un viento de las montañas,
profundo, acompañó
la comprensión del momento:
que todo en esta vida
son letras."

Andrés Caicedo, ¡Que viva la música!



El Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo, hace parte de la Feria Internacional del Libro de Cali. Tiene como propósito ser una plataforma para incentivar y visibilizar jóvenes talentos literarios colombianos y, a su vez, constituye una herramienta de calidad educativa en lectoescritura.

@geupcolombia @fil_cali @califerialibro @califerialibro @fil_cali @FIL_Cali

GEUP Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico
uao Universidad Autónoma de Occidente
UAN Universidad Antonio Nariño
Pontificia Universidad Javeriana Cali